

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

DIRECTORES :

César E. Arroyo
Augusto Arias
Alfredo Martínez

Quito, Ecuador. S. A.

1931

ADIFEMA

GRUPO AMERICA

Augusto Arias

Alfredo Martínez

Antonio Montalvo

César E. Arroyo

Gonzalo Zaldumbide

Gonzalo Escudero

Hipatia Cárdenas de Bustamante

Hugo Moncayo

Isaac J. Barrera

J. M. Velasco Ibarra

Luis Bossano

Manuel María Sánchez

Miguel Angel Albornoz

Oscar Efrén Reyes



AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

CONTENIDO:

NUESTRAS PALABRAS. — **MONTALVO**
CENTENARIO: Augusto Arias. — **MON-**
TALVO: José Enrique Rodó. — **ALOCU-**
CION: Gonzalo Zaldumbide. — **LA IDEOLO-**
GIA DE MONTALVO, compilación de Al-
redo Martínez. — **EL CORREO DE UL-**
TRAMAR: Hugo Moncayo. — **NOTAS.** — **NO**

AÑO VI

Nº 43



BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

El Grupo América está empeñado en formar una biblioteca de obras de autores hispánicos con el propósito de establecer un nuevo centro de lectura.

El conocimiento de nuestra producción científica o literaria—decimos nuestra, porque el Continente Hispanoamericano es uno por su lengua y su porvenir—, es una necesidad urgente y de indiscutible trascendencia.

Si como una razón podemos imprimir esta frase simbólica: "POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU", justo es que nos conozcamos a nosotros mismos antes de conocer a los demás...

La edición próxima de esta revista iniciará la nómina de las obras que entren a formar la Biblioteca, para cuyo incremento, se invita a los escritores americanos.

NUESTRAS PALABRAS

América

Un paso más en el campo de la cultura universal no significará mucho; pero si a él acompañamos la fe de los ideales, el vigor de la juventud, el prodigio de la voluntad, es posible creer en su eficacia. ¿No es seguro el paso que se da por el triunfo de un ideal o el bienestar de los hombres?

Al continuar en nuestra sincera labor iniciada hace más de medio lustro, nos hemos fijado el mismo norte del comienzo: llevar a los países hermanos nuestra voz de concordia y esperanza, nuestro sentimiento de belleza y de arte: propósitos nobles y buenos para el bien de nuestro mundo americano.

Hemos formado el GRUPO AMERICA con el fin de aunar energías, vigorizar conceptos, asegurar propósitos, cristalizar ideas y, sobre todo, para conservar nuestro espíritu optimista cerca de la diáfania de los horizontes en que ha fincado América su porvenir y grandeza.

Apreciamos la sagrada misión de los hijos de Hispanoamérica, y trabajamos por ella, tratando de ennoblecer ideas, acrecentar esfuerzos, contribuir en modesto contingente a la preocupación esencial de que se distinga y se revele el alma americana.

Si hasta hoy el fruto no es opimo, hemos de confiar en la promesa, en la esperanza. La semilla está en el surco.

Creemos con Masferrer que América es el Continente destinado por la Providencia y la Naturaleza para ensayar y realizar "nuevas formas de vida" que la humanidad necesita y quiere; que todo lo que los hombres han soñado y anhelado para establecer una "nueva vida", puede y debe realizarse en América.

El camino está abierto para toda planta. El que no sigue la ruta de su destino, el que no riega en el surco vivo el agua del trabajo, desconoce su misión.

Si es larga la vía, seguiremos confiados y optimistas. Si nosotros no llegamos, llegarán nuestra voluntad, nuestro anhelo, siquiera como augurio de la obra triunfadora que lleven a cima los que nos sigan en el tiempo y se adelanten a nosotros en la realización.

* * *

Generosos amigos, valiosos en el mundo de las letras, han querido estimularnos con su apoyo. A esa espontánea y gentil llegada obedece la formación del GRUPO AMERICA.

Entre nuestros propósitos del comienzo, señalamos el de trabajar por la difusión de la obra de Montalvo, símbolo claro del alma del Nuevo Mundo, por el estudio de sus libros, por el aprecio de sus ideas.

Invitamos a nuestros amigos, los escritores de España y América, para que nos envíen el fruto de sus estudios de la obra montalvina. Nuestros anhelos se verán colmados si logramos reunir, en el tomo de este año, algo así como una antología de los escritores de la Raza, en torno al recuerdo de Montalvo.

MONTALVO CENTENARIO

Augusto Arias

DE AYER Y DE HOY

En el trece de abril de mil novecientos treinta y dos, Juan Montalvo cumple cien años. Nos parece, sin embargo, que hubiera existido en más luengo decurso. Pero, ¿no viene acaso de un largo paseo a la diestra de los griegos, de una visión de las clásicas bellezas, de un encuentro con el castellano Cervantes, de una experiencia, a veces como heredada, como acopiada en observaciones personales en otras, de los mas ilustres países, de las mejores épocas, de las ideas más duraderas, de los combates más recios, de los amores más sabios y, por lo mismo, silenciosos? Se nos antoja héroe plutarqueano, de perfiles severos y firmes y queremos observarle con la fijeza de mirada a que nos obligaron siempre las **Vidas Paralelas**, pero habla de pronto, ya no con sus frases de mesurado aticismo, ni con los giros redondos de sus **Tratados** y si más bien con la gracia de caústicas alusiones de sus **Catilinarias** y el paisaje criollo, cobra nuevo valor, la política del tiempo recupera sus formas acerbas o cómicas, parte el ginete de **posta** causando alarma entre el silencio de los maizales y pensamos descubrir a Montalvo, triste paseante a la vera de los jardines del Tungurahua, puliendo frente al horizonte la prosa de sus golpes verbales, ciceroniana en un ápice, y por su tendencia a la caricatura como retrato deformado, casi diríamos aristofanesca. De ayer y de hoy es don Juan, como lo fueron los hombres del Renacimiento, los de la Enciclopedia, como habrán de serlo aquellos que consiguen evadirse de la temporalidad, que no darán su polvo mortal a la gota desesperante de la clepsidra y que rompieron sus versos de la primera hora, para no recordar en octosilabos. Tal vez hay quienes piensan en la caducidad de las ideas de don Juan y puede que tengan razón. Pero nosotros convenimos en que hasta varias de sus anotaciones de revista y de periódico que figuran en **El Cosmopolita**, en **El Espectador**, en **El Regenerador**, han de vol-

ver en cada primavera mental por el soplo que las anima, y es que don Juan supo poner alas de pensamiento a la noticia, infundir alma en el dato. Viene de muy lejos, y por lo mismo, suyos son el valor y la alegría de viajar. Todavía circula por el mundo. Se aleja y retorna, y el equilibrio que en él nos sugiere y mueve nuestra simpatía es el goce integral de comprender y amar que tan justamente fue descrito por la Pardo Bazán que halló en la virtud del Cosmopolita un alma religiosa y un pensamiento heterodoxo. No se burla de sus semejantes. Los fustiga más bien. Su piedad es cristiana. La imperfección suscita en su gran espíritu un sentimiento de tristeza o condolencia. El orgullo le subleva y la humillación le enclende. Su responsabilidad es de inigualada estructuración de cristal. Firme y transparente. No habría podido ser anonimista. Su nombre, como un dardo sobrio, Juan Montalvo, voló hasta en la mínima hoja suelta y se clavó quizá, rematando la carta amorosa, en el corazón de las mujeres. Mitologista y buceador de las perlas divinas de Homero, alma templada para visitar el Averno y corazón de goces prístinos para embebecerse del ambiente de los Campos Eliseos, en el pórtico del Renacimiento, mirando del vértice de la ciudad al campo de la égloga, como el pastor de Garcilaso, con enternecido pero varonil reclamo, habría llamado a una pastora ambateña, **dulce y sabrosa, más que la fruta del cercado ajeno**, y en hora actual, hubiera cedido a la tentación múltiple del ensayo, a la viva recreación de la biografía, y, don Juan de vanguardia, para celebrar la metáfora difícil del verso nuevo, hubiera llevado a su prosa, como miniatura de esmalte, el paisaje de detalle pero de brevedad, de realismo y de espíritu, de límite y de ilimitación, que logran con tan repentina seriedad o con sonrisa tan fácil los poetas de hoy o que se frustra también bajo los repetidos lápices del calco y el vano artificio.

Un día invitó a Platón al banquete de los filósofos y con él se puso a discutir acerca de la suerte de la República. Se nos objetará que Montalvo no fué un filósofo y estaremos de acuerdo en reconocerle más bien como a un meditador. Pero la meditación nos acerca a la filosofía y place mejor el viaje por el gran Seminario socrático o por los jardines epicúreos, la estancia en el museo de las alegrías contorsionadas de Nietzsche, la gira por las simbolistas curvas de Bergson, el arranque de dinámica nueva en el motor del Conde Keyserling, que la elaboración de la propia filosofía, gris como el camino arenoso de los hombres o de los colores varios con que nos miente el cielo, al alejarnos su Paraíso, en la remotanza de las tardes.

Por eso vive y perdura. Sus meditaciones, como las espirales de la columna salomónica, sirven para que por allí trepen las nuestras. Don Juan es voluntad de columna en la estética múltiple, superpuesta, de motivos varios, como la del barroco, que tratamos de descubrir y fijar en nuestras letras. Columna, sin que se acuse de trunca, porque a poco que la miremos, ya florecen sobre ella los caprichos del friso, la composición arquitectural que se dijera vitalizada porque carece de los perfiles fríos de la regular y se insinúa en las curvas o en los contornos de la espontánea y audaz.

Columna por su grávida conciencia y por su fortaleza. Ella también de imagen antigua, de raíz cósmica, como la de los árboles, las primeras columnas que formaron las naves de los templos paganos, del templum, del bosquecillo, en donde veneraban los griegos a sus dioses mayores, de belleza limpia y quieta, de simbolismos delicados o terribles, de leyendas heroicas, pero francos en su bien o en su crueldad, sensibles al voto como no lo fueron los humanos.

Los filósofos, encerrados en su gravedad, no quisieran escucharnos. Les oíríamos, llevándonos su fenómeno o su teoría a nuestros laboratorio de silencio o de música, para analizarlos o comprenderlos. Los meditadores pueden ser nuestros amigos con más segura fortuna. Su voz se parece más a la de la confidencia que a la del precepto. Conversan con nosotros y no preceptúan la vida. No espían los rincones de la existencia como algunos de los moralistas y pasan, más bien, sin demostrarnos su reparo de lo deforme o lo incompleto, porque saben comprender que en medio de la desarmonía de los otros, ha de alzarse su ritmo, como una fortaleza o un madrigal.

Se puede hablar de las moralidades de don Juan, pero, ¡cuán distintas de la de los espejos de fija edificación! En esa, la imagen refleja su contorno asombrado, desaparece con el azogue, se quiebra con el golpe de la prueba. En las de don Juan la vida sigue su curso variable, se forma en la discusión de los tratados, sigue las líneas o las curvas de la Geometría, es el Padre Lachaise, la nobleza, el genio, los filósofos, los héroes de América, el Quijote.

Don Juan centenario vuelve—¿pero se ha marchado alguna vez?— como si de su lagar de experiencia nos trajera un vino templado, arcalco y nuevo. Al ofrecérnoslo, no le vemos en la actitud de soberbia indómita en la que le observaron sus contemporáneos. El tiempo abuecó el impetu de sus palabras. Ya no viven los hombres de su escenario con existencia sensible, pero la prosa montalvina modeló de tal forma sus figuras que ya las vemos pasar, desprendiéndose del volumen que

nos mira con el ojo dorado de su título. Veintimilla por el nuevo Montiel de sus Capítulos de textura cervantesca... Monseñor Ordóñez dolido de la acerbidad de la Mercurial.

EL ANUNCIADOR

Montalvo es el amigo. La relectura de sus libros mueve en nosotros el placer de las anotaciones. Su *Cosmopolita* es el mapa iniciador. Allí está el Montalvo de los primeros años, con gracia parecida a la que se extiende por su frente tranquila tal como lo ha visto el artista Villacrés en uno de sus últimos lienzos. Vuelve del paseo de meditación a través del pintoresco laberinto de la capuliceda. Ha conocido ya el encanto de los ríos originarios, de aquellos que invitaron, con su frescura grata, al ascenso de las civilizaciones. Un atisbo del fulgor espiritual del ciudadano del mundo brilla en sus cuartillas de las Cartas del Padre Joven. Ya quebrará los endecasílabos profanos en su prosa magnífica. Don Juan no ha de perservar en el verso. Le reclama el ritmo libre de la cláusula. Ya golpea el estilo sobre la tablilla de la forma. Su punzón es greco romano por el ancestro del ingenio y castellano por la seguridad con que dibuja los caracteres.

Amigo por la destreza con que remueve las ideas que no envejecen, hiende el camino con su arado de luz y forma el cauce para que por allí circulen y lleguen las aguas limpias de los géneros contemporáneos. Montaigne es el padre del ensayo: visión múltiple, enlace sagaz, unidad para relacionar lo aparentemente dispar, vuelos de armonioso conjunto en lo externamente disconforme. Pero la nueva inicial idéntica se levanta en el frontispicio de otros siete libros: Los Tratados... Así, con parecido vaivén, penetran los modernos en el insinuante palacete del ensayo. Recuerdan y borran. Aspiran a grabar, en la estancia mejor, un medallón clásico. Bordan frisos de historia y fijan detalles de leyenda, animan el contorno de una figura, gozándose en el aura vivificadora del ambiente y, tal como lo quería Gómez de Baquero, interpretan, con nueva agilidad, el deseo horaciano.

No fué otra la visión de uno de sus libros póstumos, el octavo tratado, digamos el primer ensayo. Un tanto pitagórico, un algo platónico, logró armonizar el trazo elemental del geómetra con las contemplaciones de la Moral y hombres de las letras y de las artes hallaron su línea y su figura, su triángulo y su parábola, su estancia circular o su punto finito. Quizá faltaron dos cuartillas: la recomposición de la Geometría que hubiera podido inventar Juan de Flor para el espacio

de sus pensamientos. Tal vez el volumen. Acaso la espiral que se complace en libertar al círculo de su perfección de constante regreso y de vuelta infinita... Ya le revelaba **El Cosmopolita**. Y si Addison le prestó el nombre para una de sus revistas unipersonales, **El Espectador**, las anotaciones marcadas con el lápiz de Cronos, son originariamente suyas. Crítica, crónica, divagación, esbozo de novela, cuento, rasgo costumbrista, retrato, comentario, juicio, poema en prosa, política, glosario... Todo lo que constituye el mundo del periodista fué familiar para Montalvo. Sólo que sus artículos no han de perecer como los del cotidianismo telegráfico. Formados sobre el tiempo, el mismo se ha encargado de abrillantarlos como a singular metal de resistencia. Varios y completos, sensibles como el diapason, detallistas como el paisaje, carecen de la superficialidad del horario, cuyos dos brazos, como esclavos del tiempo, apenas si saltan, imperceptibles, ante la mirada estática.

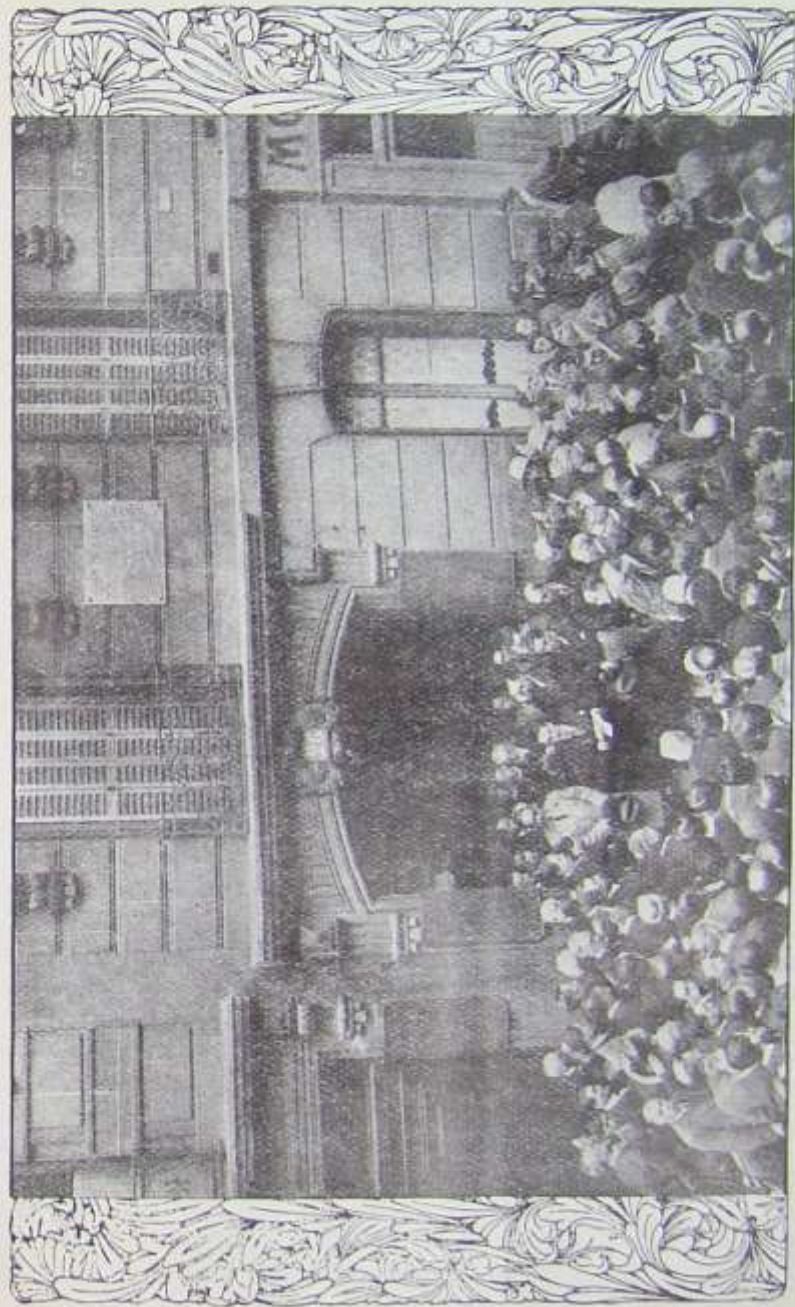
EL DOCUMENTO VIVO

Don Juan centenario, ¿podrá repasar, por nuestros campos, con apostura idéntica a la de sus días de **El Cosmopolita**? La biografía reclama, con insistencia, su airosa figura y su valor esencial. El Montalvo accionante y vivo no conoce aún el libro que nos lo traiga en espíritu y en forma humana. Aparte de los datos ordenados por Yerovi, en la biografía cronológica, el primer códice de su vida y de su obra, el soberbio medallón de Rodó, esculpido con golpes magistrales, ha fijado para siempre las líneas de su fisonomía... Cierto que el prosador uruguayo penetra en la fronda de sus concepciones estéticas con visión cariñosa e iluminada. Cierto que descubre vuelos de su alma y de su genio en el solar de Ambato, en cuya descripción se afana, sin conocer a la ciudad con los ojos terrenos, pero adivinándola con raros aciertos, como si la hubiera soñado en tangible presencia. La verdad que se adelanta, por el acopio de los documentos vivos, a la biografía que hoy adquiere singulares milagros de plástica por el arte urgido y emocional que estudia por análisis y recompone por síntesis, ensayando la parábola de Dios al soplar con sus labios creadores en el barro de la forma adánica. Mas, el retrato rodoniano, de seguridad y de ambiente, espiritual y físico, histórico y estético, no es el de la viviente figura, como lo quiere el re-paso centenario. Digno de la magestad del Proteo, relaciónase más bien con el bronce que salió perfectísimo de las manos de Plutarco o con el alabastro heroico que pulió Carlyle..

Rodó, el autor de *Montalvo*, también quiso modelar, con su grave sapiencia, un magnífico *Bolívar*. De aquel ensayo, con encantadoras proporciones, surge el Libertador, esbozándose en sus líneas de la más pura epopeya. Al conocerlo en las páginas de Rodó se nos ha vuelto inolvidable. Esa es la figura magra, ese el vencedor alientó, esa la diestra que dió vida al rayo, esa la voz de la proclama, ese el gínete de la vanguardia que no halló difíciles los Andes para su galope.

De la tierra colombiana, el escritor Fernando González, llamado a espléndida fortuna en el mundo de las letras, despachó a su amigo y filósofo, a la mitad gandhiana y quieta de su movable alma de Nietzsche, a su Lucas Ochoa, para que viajara en busca de los datos íntimos de Bolívar. No los encontró en la Patria de Santander, a lo menos en la potencia que busca su empeño, siquiera como átomo de su propia vida. Ochoa visitará el Ecuador, en las orillas de Paíta querrá en vano remover las cenizas de Mannelita... iráse a Venezuela, aunque sus compatriotas se burlen de su pasión andariega y le reprochen su desamor a la casta... Pasaráse largas horas en el patio de la casa de los Bolívar, y sin encontrar el aro que echó a rodar Simón, romperá el barril del agua nueva, para tenerlo a imagen y semejanza del antiguo... Enternecido por la reconstrucción, pensará que la Hipólita, ese "lacrinatorio de basalto" le cuenta, como a Simoncito, la historia de la mula coscoja y otras fábulas extrañas para el alma del niño varonil... Marchárase hacia el Orinoco, se desmayará sumergido en sus aguas, como en la noche pálida de Casacoima. Trotará en mula por los llanos...

Nosotros también hubiéramos querido que nuestro Lucas Ochoa emprenda viaje parecido por las rutas montalvinas. Que se detenga en Baños y repare en la piedra multicolor que fué pedestal de su cansancio. Que sorprenda su diálogo mudo con el Pastaza. Que adivine como frente a los milagros de la Naturaleza comprendió la belleza de los clásicos, sin modelo antiguo; como hubo de sujetar a su Prometeo a la roca imposible; como decurrió por en medio de tanta belleza diseminada y virgen, a través del sub-trópico, resbalando en los senderos que orillan al tributario del Amazonas, como en nueva Odisea, pero esta sí solitaria y meditativa... Como, en la roca, negra, desnuda, de corte profundo, advirtió cierta tiniebla del Averno y bajo el cielo azul de ese otro valle, extendido como para el eterno descanso, dijo quizá, dando libertad al suspiro: ¡El Eliseo!... Como se bañó en la Juventud de la Virgen de Agua Santa o quiso probar del Leteo amazónico.



Gráfica de la ceremonia realizada en París el 17 de Julio de 1925, en la colocación de la lápida en la casa que murió Montalvo. El comité respectivo se organizó por iniciativa del señor don Gonzalo Zaldumbide y lo integraron: Una muno, el Marqués de Peralta, Martinenche, Walleffe, Miomandre y Dupuy.

Que acompañe a Montalvo en su paseo vespertino por el Ficoa. Que, cerca de los libros amados, espante al sueño que se filtraba en su vigilia de lectura y pensamiento. Que le siga, observando sus rasgos de pluma sobre los cuadernillos albos, de hojas regulares y de costura igual... Que le sorprenda en su fácil invitación al arcaísmo, en él como de habitual parlamento. Que le descubra en su desazón de tachar la frase imperfecta. Que le contemple en su rápida memoria de la etimología. Que le siga en sus recuerdos enlazados y prodigiosos de tanta lectura, lejos de los libros, de cara al sol, en su mediodía de producción... Que mire, en su rostro, la onda momentánea de rubor, frente a la mujer amada, raro contraste de aquel espíritu que pudo decir de un privilegiado valor y un férreo brazo: Mi pluma lo mató... Que le admire en su lento sorbo del vino pascual que nunca prendió en su pecho la llama ascendente de la embriaguez. Que le siga a París, en sus veinte y cinco años ilusionados, y más tarde en su dura expatriación, que viva con él en Ipiiales, que oiga su plática con Lamartine, que le acompañe a las Bibliotecas y a los Museos de Francia, que sienta con él el garfio del hambre y el duro acero de la soledad.

ALGUNOS DE LOS AMIGOS DE MONTALVO

... Parece que no es un venero el Montalvo anecdótico. Sin embargo, su amigo y Secretario preferido, Celiano Monge, ha escrito esos recuerdos, picantes e íntimos, que tanto descubren el verdadero carácter y que sirven, por sí solos, más que una profunda y lenta penetración de exégesis. Gonzalo Zaldumbide, con la justeza pernasiana de sus juicios, nos ha dicho algo de Montalvo joven. Congregó a la **élite** del pensamiento francés, frente a la casa mortuoria de Montalvo, en la rue Cardinet de París y en exámenes sagaces, completos, artísticos, ha revelado nuevas condiciones del estilo de Montalvo, de la elaboración de **El Cosmopolita**, de **El Espectador**, de los **Siete Tratados**. Isaac J. Barrera buscó, en la inagotable vena del Cervantes de América, la vocación investigadora del crítico y su perspicacia analizadora se detuvo también en el epistolario de Montalvo. Oscar Efrén Reyes, con firmeza parecida a la de sus relatos de la Historia de la República, trazó, en las páginas de la Monografía del Tungurahua, la vida de don Juan, en esquema que, por su mismo laconismo, despierta el anhelo de penetrar en el detalle. César E. Arroyo ha bordado su emoción de castellana loanza en varios de los capítulos de Montalvo y de Rodó, y estudiará al Montalvo cervantino. Benjamín Carrión nos

ha ofrecido un libro de la vida y de la obra del Cosmopolita, entre los muchos que anuncia y que vendrán, copiosos y floridos. Manuel Eli-cio Flor, en el Salón del Ateneo Dominicano, cedió a la simpatía que le inspiraba el santo laico, ofreciéndole un voto de su elocuencia. Ale-jandro Andrade Coello comentó la obra del Cosmopolita en sus "Motivos Nacionales", junto a los estudios acerca del Sabio Maldonado, del ora-dor quiteño José Mejía y del épico Olmedo. Julio P. Mera nos contará el camino armónico de su letra, en la prensa ambateña, en las hojas pe-riodísticas, fecundadas en hora de lucha, en la simiente que hubo de afirmar, en la candela que prendió en compañía de Juan B. Vela, en la primicia, en fin, de la dicción límpida y combativa que no fué raro es-cuchar, más tarde, en la frase de sus Epígonos: Aparicio Ortega, Ma-nuel J. Calle...

EL LIBRO DE LA VIDA

Se ha creído que la biografía moderna puede presentar dos faces en su estructura viva y completa. La primera, reclamada por los de-votos de la Historia, se cuidará de que predomine la verdad en las lí-neas del retrato y en el ambiente que le sirva de fondo o de cielo. No han de falsearse las condiciones éticas del biografiado. Se penetrará sagazmente en el estudio de su carácter. Integro e imparcial el apre-cio de la obra. Toda pasión se volverá falsedad, absoluta o relativa, en ese relato de la vida, ejemplar o armoniosa, heroica o lúcida, artís-tica o poderosa, que debe ser la biografía. La segunda se ofrece a va-rias consideraciones. La vida que ha logrado impresionarse en nues-tro pensamiento admirativo, que al fin nos conquista y nos obliga a interpretar y describirla, puede salir del marco de la historia. No vamos a relatar escuetamente. Nos sentimos estéticamente apa-sionados. Interpretamos un gesto de nuestro héroe. Queremos hallar, en el fondo de esa insinuante frase, algo más que un enlace sintáxico, que una imagen de Retórica, que una coherencia de Lógica. Somos los buzos de un alma— mejor si hemos revuelto su tranquila superficie— y vamos hacia el fondo en donde se retraen las perlas, los corales y las esponjas. Por el comienzo:—la vida exterior, la que se refleja en los documentos, la que muestra su semblante en las biografías cronológi-cas—, hemos querido llegar a la vida esotérica, a la que se guarda en la tersura de una página, a la que no se puede ocultar en una confe-sión, buscada y oculta en la voz de otro tiempo verbal, o surgida de

pronto, como en el escape de los suspiros, como en la ingenua efusión de las lágrimas, como en los actos primos.

Así ¿desnaturalizaremos la biografía, recargaremos los tonos, nos volveremos líricos o hiperbólicos, iluminaremos el retrato hasta lo indecible?

Siempre volveremos al eclecticismo. Concierto. Disposición igual de aptitudes y de gustos. Toda construcción fué armonía en su esencia y en su forma. Seamos eclécticos y armoniosos y para escribir una vida no pensemos únicamente en la regularidad de la fotografía. Estudiémosla biológica, estéticamente. No nos apartemos de la Historia, pero busquemos también ese contenido sin documento, sin fecha fija y sin ubicación sensible, el adarme de locura o de amor de las vidas paralelas, el desencanto de los hombres sonrientes, el miedo de los héroes, la tentación de los santos.

El espejo, ¿podrá devolvernos nuestra imagen con la misma nitidez con que nos impresionamos en la retina de nuestros amigos que se entusiasman con nuestra inteligencia o hurgan en nuestros pecados? El auto retratista no ha visto jamás su rostro. El auto analizador se comprenderá con íntegra frialdad sólo cuando consiga elevarse sobre su propio orgullo o su timidez orgánica.

Nuestro don Juan trazó un auto retrato, joya de nuestro verso profano, de la rica Antología de nuestra prosa. El auto retrato queda grabado en la memoria visual... La frente, los anillos de azabache, los ojos, balas negras y penetrantes o globos de fuego celeste para el corazón de las mujeres...

Aquí el documento, el auto retrato, el poder creativo de la palabra, la imagen, la estética arcilla plasmada con cierto amor, pero este sí varonil y nuevo, de narcicismo.

¿Los amores de don Juan! Geómetra moral, alma enternecida frente al reclamo tímido de la limosna, pudo amar, como su homónimo el Tenorio, en lances de aventura y peligro? ¿Fué de verdad el sortilegio de sus ojos?... Importará tal detalle a los biógrafos que tratan de acompañar a Montalvo en su repaso centenario, vivo, accionante, íntegro, antes de que dijera a su médico francés que la vida se le concentraba en el cerebro y pudiera escribir una elegía, antes de que exhalara el ánima, cerca de los tres claveles comprados a una florista de París, cuya belleza núbil, como la de otra flor, se consumía bajo el invierno.

¡Flores, flores!... Siempre nos ha cautivado este rasgo poético de las postrimerías de Montalvo, alma heroica que dejó huellas de su

viril conciencia en las mejores estancias de sus libros y que ya ordenó para su Quijote americano el epitafio cordial, el de las lágrimas de Dulcinea, recordando al Cid que pidiera el llanto de Jimena: "Item. Mando no dispongan— que me floren plañideras— Al llanto ageno renuncio— que me llore Dulcinea—...Rocio serán sus lágrimas— que mis lauros humedezcan— las compradas nada valen— yo ambiciono las sinceras..." Resonancias del Romancero se prolongan en los octosílabos de Montalvo, tan rebelde a las medidas. Comprendió, eso sí, que en los epitafios había de presidir la mensura. Octosílabos. Cuenta gotas para las lágrimas de Dulcinea!

Sea la prosa española de América la viril plañidera de Montalvo o trace las líneas de su perfecta biografía algún joven latino, de la estirpe de Romain Rolland que genialmente comprendió el movimiento de esas tres vidas de ciclópea labor, de proteica tristeza y de construcciones que, aun con su temblor de inacabadas, ascendieron hasta el punto de la perfección que tortura a las almas: Bethoven, Miguel Angel y Tolstoi... El amor de la millonésima sinfonía, la cabeza de Moisés que quisiera hablar en un soneto, la novela de carne y espíritu o la escuela de Yasnaia que deseara volverse madre y camino.

EL HOMBRE DE CIEN AÑOS

Como retornara Montalvo si le fuera dado salvar la distancia que ya no sabe responder. Las sienes matizadas de una escarcha centenaria; el corazón, en el que no picaron las Harpias, más resistente y noble... ¿Volvería a ordenar la incineración del **Judas**, escrito en Ipiiales, buscaría en su escritorio los papales de antaño?

No. Su fraterno espíritu opondriase otra vez al paseo de las Euménides. Dejaría que el nombre de su Mercurial continúe en el **Index** y ante la reliquia, cuadrangular como una piedra fundamental de su casona de Ambato, sollozaría talvez como el ausente agradecido que repara en la devoción con que sus parientes conservaron hasta el muro en donde se creyó encontrar algo de la familiaridad del viajero corporalmente desaparecido.

En el trece de abril de mil novecientos treinta y dos, don Juan Montalvo cumple cien años.

Los escritores de América recibirán con grande júbilo este gran onomástico. De la revisión de sus libros, los nuevos estudios han de revelarnos como la fuerza montalvina de pensamiento y estilo, se afir-

ma cada día más en el bosque secular de los clásicos. Montalvo, el primer clásico de América.

Viajeros que trepen la cordillera y que busquen para su dulce asiento de unas horas el florido valle de Ambato verán como allí, en homenaje al que supo injertar las yemas clásicas de la greco latinidad en el árbol de castellana cepa y de flores ecuatorianas, los jardineros se glorian de haber vencido la terquedad de las arenas y podido conseguir para la sed de los paseantes el limpio jugo de la viña.

Y el canto nativista, el que se anuncia para vibrar en todas las cuerdas de la lira con el sentido de todos los paisajes y la vitalidad de todas las raíces nuestras, algún día pedirá, para su viaje por el Amazonas, una piragua de las maderas de Ficoa y la compañía del espíritu libertario de Montalvo que se unió con tan entrañable don a la belleza que no muere.

Quito, mayo de 1931.

I

Donde las dos hileras de los Andes del Ecuador se aproximan convergiendo al nudo de Pasto, reúnen como una junta de volcanes, sin igual en el mundo, por lo aglomerados y lo ingentes. Allí, rivalizando en altura y majestad, el Chimborazo, el Cotopaxi, el Tungurahua, el Antisana...; y la plutónica asamblea se extiende a la redonda por la vasta meseta que le sirve de Foro; pero no sin que, de trecho en trecho, aquella tierra inflamada, como anhelosa de dar tregua a tanta grandeza y tanta austeridad, se abra en un fresco y delicioso valle, donde vuelca de un golpe todas las gracias que ha escatimado en las alturas, y se aduerme a la sombra de una vegetación que colora, con la luz de los trópicos, sus jardines de magia.

En el fondo de uno de esos valles, mirando cómo se alzan, a un lado, el Chimborazo, que asume en una calma sublime la monarquía de las cumbres; al otro, el Cotopaxi, que inviste el principado de las que se dilatan al oriente; y más de cerca, y a esta misma parte oriental, el Tungurahua; en medio de pingües campos de labor y sotos florentísimos, cuyas márgenes besa la limpia corriente de un riachuelo, prendido todavía a las faldas de la cumbre materna, tiene su asiento una ciudad pequeña y graciosa, que llaman Ambato. Esta ciudad gozó, desde los tiempos coloniales, cierto renombre geórgico e idílico. Celebrábase la pureza de sus aires, la delicadeza de sus frutas, la abundancia de sus cosechas, y era fama que en ella amasaban un pan tan blanco y exquisito que en ninguna otra parte lograban imitarlo, ni aún cuando llevasen de allí mismo el agua y la harina. Alguna vez, sintió caer sobre sí la garra del vecino volcán; pero pronto resurgió a su vida de paz y sencillez bucólica, y de esta humilde sencillez no hubiera pasado, si no le reservase el porvenir una notoriedad más ilustre que aquella, primitiva y cándida, ganada con su blanco pan y el fruto de sus vergeles y sus huertas. Habíala señalado el destino para cuna de uno de esos hombres que ennoblecen el obscuro y apartado lugar donde vinieron al mundo, y que atraen sobre él un interés que no pudieron darle, rodando al olvido silenciosas, las diez o las cien generaciones que les precedieron. En aquella ciudad nació Montalvo; allí reunió en una sola personalidad Naturaleza el don de uno de los artifices más altos que hayan



Juan Montalvo

trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor de la libertad.

Sí, con la idea emersoniana de los hombres representativos, se buscara cifrar en sendas figuras personales las energías superiores de la conciencia hispanoamericana durante el primer siglo de su historia, nadie podría disputar a Montalvo la típica representación del escritor, en integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone. Fue el escritor entre los nuestros, porque, a la vez que la insuperada aptitud, tuvo, en grado singular y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa. Al elemento inconsciente, activo y eficaz en su inspiración de escritor, se unía un elemento consciente y reflexivo, que nutre sus raíces en el mucho saber y en el acrisolado dominio de su arte. Este fecundo consorcio imprime a Montalvo sello único como prosista americano de su tiempo. Condición de toda literatura americana había sido, hasta entonces, la discordia entre las dos potencias de que depende la entereza y constancia de la obra: la que da de sí la centella elemental y la que preside a la ejecución perfecta y madura. Los dos tipos intelectuales antagónicos que respectivamente las personifican, en su oposición más extrema, son aquellas a quienes puso frente a frente, cuando la repercusión de las guerras del romanticismo, la escena literaria de Santiago de Chile: Sarmiento, poderoso y genial, pero de cultura inconexa y claudicante, de gusto semibárbaro, de producción atropellada y febril; don Andrés Bello, de firme y armónica cultura, de acrisolado gusto, de magistral y bien trabada dialéctica, pero falto del aliento creador y de unción y arranque en el estilo: doctor ilustre a quien sí, en verso y prosa, visitaba a veces la gracia, no es aquella que recuerda, por su divinidad, al don teológico. Es menester llegar hasta Montalvo para hallar, entre nuestros escritores, uno en quien se consume el abrazo conyugal de ambas potencias. La obra suya las muestras amorosamente enlazadas, dejando admirar, aunque no siempre en proporción igual y concorde, la inspiración y el arte; la fuerza interna y la habilidad primorosa; la minuciosidad sutil del mosaísta y el aliento volcánico del forjador.

Mientras en sus procedimientos de artífice se manifiesta lo refinado, lo complejo, hay en su naturaleza de combatiente y de entusiasta, mucho de empuje primitivo e indómito, de heroica y candorosa energía. En la flor de aticismo del humanista aclimatado trasciende la crudeza del terruño de América. Y el efecto es una originalidad sujeta a números y tiempos, pero no domeñada, que, como carácter literario, no tiene semejante en la América de nuestro idioma, y que habrá ocasión de definir más ampliamente en otras partes de este estudio.

Nació don Juan Montalvo en 1832, de familia hidalga por el origen y el crédito. Don Marcos Montalvo, su padre, hombre de temple enérgico y tenaz, procedía de un pueblo del Chimborazo; doña Josefa Villacreces, su madre, de viejo solar ambateño. Tuvo hermanos en quienes las prendas del entendimiento fueron grandes y ejemplar el carácter

cívico. Su niñez fué concentrada y **penserosa**: el espectáculo de una naturaleza donde está perenne lo sublime la educó en el gusto de la soledad. Pasó a Quito en la adolescencia, y las aulas del Colegio de San Fernando vieron formarse y desplegarse aquella viva llama de su espíritu. Las letras clásicas, la historia, la filosofía moral, determinaron, desde el primer momento, los rumbos de su vocación. De estudios jurídicos cursó un año; pero si no adhirió a ellos por inclinación profesional, les prefirió y cultivó siempre en lo que se relaciona con los principios del derecho y con el gobierno de las sociedades. Cuando la reorganización liberal que tuvo por punto de partida la revolución de 1851, la juventud de la época se congregó en un centro literario y político, donde templó Montalvo sus primeras armas de escritor. Pero para pasar de este punto de su vida y mostrarle descubriendo ya su originalidad y su grandeza, será bien que esbozemos antes la sociedad en cuyo seno se formó y a la que habian de aplicarse, en reacción heroica y genial, las fuerzas de su espíritu.

II

Sesenta leguas de camino abrupto y penoso apartaban del mar y de la comunicación con el mundo el encumbrado asiento de Quito, la vieja corte de Atahualpa, convertida luego, de presidencia sujeta a los virreyes de la Nueva Granada, en cabeza de una de las tres partes de Colombia, y finalmente, en capital de república.

Se levanta la ciudad sobre las faldas del Pichíncha. El paisaje, en torno, abrumador de grandeza, como en toda aquella maravillosa región; el cielo, purísimo en sus calmas, eléctrico y desbordado en la tormenta; el clima, suave, aunque con más inclinación de frío. La población, estacionaria desde el tiempo de la colonia, llegaba apenas a los treinta y cinco mil habitantes. De ellos, sólo una octava parte era de blancos; de indios o mestizos lo demás. En suelo de ríscosa aspereza, entre quebradas que taján con súbita energía la roca volcánica, está puesta la ciudad, cuyas calles, de violentos declives, no consentían tránsito de carros ni coches, lo que volvía el silencio más constante y la quietud más campesina. Casas comunmente de barro, con techumbre de teja; pobres, como si las humillara la perenne amenaza del temblor, parecían arrodilladas a la sombra tutelar de los conventos, numerosos, ingentes, los más ricos y amplios del Nuevo Mundo. Acá, el de la Compañía, con su fachada primorosa, del gusto plateresco, para la que no había rival en edificio americano; allá, el de San Francisco, monumental también y suntuoso; y a una y otra parte, el de Santo Domingo, el de la Concepción, el del Carmen, el de la Merced, el de Santa Clara, el de San Agustín. . . . Adentro de esos muros convergía toda autoridad, todo pensamiento y toda vida. Las campanas son lo único que suena alto en la ciudad. El depósito de cultura es la biblioteca del convento. La Universidad es una rama que se desprende y vive de ese tronco común. A aquellos claustros se acogerá, cuando haya menester de retiro espiritual, el vecino de solar conocido que cruza, envuelto en su capa, por las calles, donde indios de em-

botada expresión pasan llevando a las espaldas la carga de leña o de hortaliza, o el cántaro de agua. Sobre esta plebe indígena reposa todo trabajo servil. Los días de mercado, en la plaza de San Francisco, ella despliega en curiosa muchedumbre, su originalidad de color; circulantes o sentados debajo de estrechos toldos, los vendedores, indios de la ciudad o del contorno, cuyos trajes de tintas vistosas se mezclan en pintoresco desconcierto, como la variedad de sus mercaderías; los cestos de junco, las tinajas, los pulidos juguetes de corozo, las flautas y vihuelas en que ha de infundirse el alma del pueblo, las tortas de maíz, la caña de azúcar, las fragantes frutas del valle... Este comercio bullicioso no tiene correspondencia en cuanto al trabajo del espíritu: la comunicación de las ideas carece, o poco menos, de sus órganos elementales. La librería no existe; la imprenta apenas trabaja. En las tiendas de paños suele venderse, por añadidura, algún libro de oraciones, o algún compendio para la enseñanza. Durante el gobierno liberal de Rocafuerte, de 1835 a 1839, no salió a luz un sólo periódico. Publicar un cuaderno impreso es empeño erizado de dificultades.

La vida es triste y monótona. La diversión de la clase culta no pasa de las tertulias de confianza, que alguna vez se remontan a saraos; la del pueblo, de las lidias de toros, con bárbaros retoques de invención local, y las riñas de gallos. Pero la diversión suprema, como la suprema meditación, como el arte sumo, se identifican y confunden con la devoción religiosa. El espectáculo por excelencia es el culto. Las fiestas eclesiásticas revisten fausto imponente: la plata, el oro, las piedras preciosas, apuran sus luces en la gloria del altar; muchedumbre de sacerdotes oficia acompañada de ejércitos de acólitos. En las parroquias, es uso realzar las misas solemnes con el son de tambores y chirimías. Las procesiones, originales, pomposas, se suceden a cortos plazos, haciendo de la ciudad como un teatro a pleno sol, donde se representan graves juegos escénicos: así la de Viernes Santo, grandiosa mascarada sacra, en la que el pueblo entero ondula componiendo como una plástica y animada alegoría de la Pasión; figurados los actores del drama sublime con disfraces de respeto o de escarnio, o con imágenes de bulto, que se llevan en andas entre el bosque de luces de las miríadas de cirios ardientes. En la procesión de Corpus, indios contratados para este fin, y que llaman **danzantes**, marchan siguiendo con pasos de baile el compás musical. Allí la danza misma recobra su primitivo carácter hierático, como en el tiempo en que David iba danzando delante del arca. Para el día de Reyes, la costumbre popular consagra cierto género de candorosas representaciones, donde se asocian, como en las primeras fiestas de Dionisos y como en el amanecer del teatro moderno, la imaginación religiosa y el rudo instinto teatral: infantiles **autos** o burdos **misterios**, que consisten en simular, sobre tablados al aire libre, el palacio de Herodes, el portal de Belén y la entrada de los Magos, librando a la espontaneidad de los groseros intérpretes el bordado de la acción, que se colora de inocente bufonería como de polichinela o **bululú**.

La mortificación voluntaria, el ofrecimiento exaltado del dolor en acto público y edificante, son complementos que no faltan a esa reli-

giosidad primitiva: siguiendo el paso de las procesiones marchan los que así mismos se flagelan; los que van arrastrando gruesas vigas, sujetas a los brazos por ligaduras que revientan las carnes; los que llevan a cuestras cargas de ramas espinosas, que desgarran sus espaldas desnudas.

Ese pueblo era instintivo artista; conciliaba con su monacal austeridad, el sentido del color, de la melodía, y de los trabajos en que entra, como parte fundamental o accesoria, un objeto de belleza y agrado. El don visual se manifestaba ya por el donaire en el vestir, común en el quiteño, con la habilidad para elegir y casar los tonos. De lejano tiempo, florecía en la ciudad toda una escuela de pintores, la "escuela de Quito", que proveía de telas religiosas a los altares de las iglesias, los claustros de los monasterios y los estrados de las casas principales. Uno de estos pintores, Miguel de Santiago, anima la crónica colonial del siglo XVII con su existencia, mitad de turbulento aventurero, mitad de fino artista, a imagen de las del Renacimiento italiano. Había también una tradición de escultura, con sus estatuarios y plateros. La afición a lo plástico y figurativo tenía su infantil esbozo popular en la muchedumbre de las toscas imágenes vestidas, que, mostrando la candorosa maña del indio, comparecían en toda ocasión, para realzar la curiosidad de las fiestas y el aparato de las procesiones. Un arte menos rudo daba muestra de sí en los juguetes y figuritas de talla que se labraban de marfil vegetal. En Cuenca se trabajaba bien de alfarería, y se trataba delicadamente el mármol y el carey. Los galones de oro, de plata y de seda que se bordaban en Quito, tenían nota de primorosos; y en ésa y las demás poblaciones serraniegas, la mano de la mujer era hábil en toda suerte de labores y encajes. De los telares de Otavalo salían, desde el tiempo colonial, alfombras, colgaduras, tapices, y chales de finos colores, que gozaban extendida fama. Allí mismo, los dedos del indio tejían graciosas canastillas de adorno. En nuestros días, los carpinteros de Guayaquil, donde las casas son de madera, lucen su natural disposición esculpiendo, sin arte adquirido y con instrumentos vulgares, fachadas de hermosa apariencia. Pero el don más espontáneo y difundido, es el musical. El indio es delicado músico. El arpa, invención de su raza, que tiene en su rústico albergue; la flauta y la vihuela que le ha comunicado el español, son dulces alivios suyos. En el silencio de la noche, el viajero que, andando por los caminos de la sierra, pasa junto a la cabaña del cholo, o que, en las poblaciones, se va acercando al arrabal, oye un suave tañer, que acaso se acompaña de una trova inventada o aprendida. Es música triste y querelosa; es el hondo plañir del *yaraví*, la melodía que, en toda la extensión del destrozado imperio del Inca, entrega a los vientos de los Andes las quejas de una raza marcada con los estigmas del martirio y de la servidumbre.

La tristeza, una tristeza que se exhala, en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el poso del alma del indio. Es triste esa vasta plebe cobriza, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe; y aún más que triste, sumisa y apática. El implacable dolor, el oprobio secular, la han gasta-

do el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo. Por calles y campiñas, vestido de la cuzma de lana que, dejando los brazos desnudos le cubre hasta las rodillas, el indio saluda como a su señor natural al blanco, al mestizo, al mulato, y aún al negro; y sin más que hablarle en son de mando, ya es el siervo de cualquiera. Poco es lo que come: un puñado de polvo de cebada o de maíz hervido, para todo el día; y por vino, un trago de la chicha de jora, que es un fermento de maíz. No cabe condición humana más miserable y afrentosa que la del indio en los trabajos del campo. La independencia dejó en pie, y lo estará hasta 1857, el tributo personal de las mitas, iniquidad de la colonia: un reclutamiento anual toma de los indígenas de cada pueblo el número requerido para cooperar, durante el año, al trabajo de las minas, de las haciendas de labranza o de ganado, y de los talleres donde se labra la tela de tocuyo. Al indio de esta manera obligado se le llama **concierto**. Las formas en que satisface su tributo son las de la más cruda esclavitud. Sobre el páramo glacial, sobre la llanura calcinada, hay un perenne y lento holocausto, que es la vida del indio pastor o labrador. El ramal de cuero que ondea en la mano del capataz, está rebozado de la sangre del indio. Azotes si la simiente se malogra, si el cónдор le arrebatara la res, si la oveja se descarriaba, si la vaca amengua su leche. Gana de jornal el indio un real y medio; cuando la necesidad le hostiga, recurre al anticipo con que le tiente el amo, y así queda uncido hasta la muerte; muriendo deudor, el trabajo del hijo, monstruosidad horrenda, viene a redimir la deuda del padre. En tiempo de escasez, apenas se alimenta al **concierto**, o se le alimenta de la res que se infesta, del maíz que se daña. Si de esto que ocurre a pleno sol, se pasa al encierro de la mina, o al no más blando encierro del obraje, el cuadro es aún más aciago y tégubre. El hambre, los azotes, el esfuerzo brutal, han envilecido al indio de alma y de cuerpo. Cuando bárbaro, es hermoso y fuerte; en la sujeción servil su figura merma y se avillana. Abundan, entre los indígenas de las poblaciones, los liados y los dementes.

Quien consulta las *Noticias Secretas* de Juan y Ulloa, donde el régimen de las mitas está pintado como era en los últimos tiempos de la colonia y como, sin esencial diferencia, fué hasta promediar el siglo diez y nueve, siente esa áspera tristeza que nace de una clara visión de los abismos de la maldad humana. Indios ramisos eran arrastrados a la horrible prisión de los talleres, atándolos del pelo a la cola del caballo enganchador. De los forzados a esta esclavitud miserable iban diez y volvía uno con vida. Para atormentar al mitayo en lo que le quedara de estimación de sí mismo, solían castigarle cortándole de raíz la melena, que para él era el más atroz de los oprobios. Toda esta disciplina de dolor ha criado, en el alma del indio, no sólo la costumbre, sino también como la necesidad del sufrimiento. Cuando lo tratan con dulzura, cae en inquieto asombro y piensa que le engañan. En cambio, se acomoda a los más crueles rigores de la tiranía, con la mansedumbre, entre conmovedora y repugnante, de los perros menospreciados y golpeados. El cholito sirviente se amohina, y a veces huye de la casa, si

transcurre tiempo sin que le castiguen. Cuando la abolición del inicuo tributo personal, bajo el gobierno de Robles, muchos eran los indios que se espantaban de ella, como si se vulnerase una tradición veneranda, y sentían nostalgias de la servidumbre. Fuera el acicate y el fustazo del castigo, el indio es indolente y lánguido. No hay promesa en que crea, ni recompensa que le incite. El trabajo, como actividad voluntaria y ennoblecedora, no cabe en los moldes de su entendimiento. Noción de derechos, amor de libertad, no los tiene. El movimiento de emancipación respecto de España, en el generoso e infortunado alzamiento de 1809, como en la efímera declaración de independencia de dos años después, y finalmente en la adhesión al impulso triunfal de las huestes de Bolívar, fué la obra de la fracción de criollos arraigados y cultos, en quienes la aspiración a ser libres era el sentimiento altivo de la calidad y como del fuero. De la rivalidad tradicional, en los hidalgos de las ciudades, entre chapetones y criollos, se alimentaron la idea y la pasión de la patria. La muchedumbre indígena quedó por bajo de la idea y de la pasión, aunque se la llevara a pagar, en asonadas y en ejércitos, su inamortizable cuota de sangre. La libertad plebeya no tuvo allí la encarnación heroica y genial que tomó esculturales lineamientos en el gaucho del Plata y en el llanero de otras partes de Colombia. Muchos años después de la Revolución, aún solía suceder que el indio gañán de las haciendas, ignorante de la existencia de la patria, pensase que la mita, a que continuaba sujeto, se le imponía en nombre del Rey.

La Revolución, que no se hizo por el indio, aún menos se hizo para él; poquísimos modificó su suerte. En la República, el indio continuó formando la casta conquistada: el barro vil sobre que se asienta el edificio social. El mestizo tiende a negar su mitad de sangre indígena, y se esfuerza como en testimoniar con su impiedad filial la pureza de su alcurnia. Los clérigos aindiados difícilmente llegan a los beneficios; la Universidad, para el de la raza humilde, es madrasta. El indio de la plebe, como una bestia que ha mudado dueño, ve confirmada su condición de ilota. En las calles, el rapaz turbulento le mortifica y le veja; el negro esclavo, cuando las faenas de la casa le agobian, echa mano del indio transeunte y le fuerza a que trabaje por él. La crueldad, que tal vez se ha mitigado en las leyes, persevera en las costumbres. Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del "alcalde de doctrina", del cura zafio y mandón, que también acierta a ser verdugo. Hánle enseñado sus tiranos a que, luego que le azoten, se levante a besar la mano del azotador y le diga: "Dios se lo pague"; y si la mano que se ha ensañado en sus espaldas es la del negro esclavo, por cuenta de su señor, o de su propio odio y maldad, el indio, el pobre indio de América, besa la mano del esclavo. . . Tal permanece siendo su noche, en cuyas sombras la vida del espíritu no enciende una estrella de entusiasmo, de anhelo, ni siquiera de pueril curiosidad. La promesa vana, la mentira, engendros sórdidos de la debilidad y del miedo, son las tímidas defensas con que procura contener el paso a los excesos del

martirio. La esperanza del cielo no le sonríe, porque no conoce su aroma, y la religión en que le instruyen no es más que una canturía sin unción. La muerte ni le regocija, ni le apena. Sólo la efimera exaltación de la embriaguez evoca de lo hondo de esa alma maleficiada por la servidumbre, larvas, como entumidas, de atrevimiento, y de valor; fantasmas iracundos que representan, sobre el relámpago de locura, su simulacro de vindicta.

Sobre este mísero fundamento de democracia, la clase directora, escasa, dividida, y en su muy mayor parte, inhabilitada también, por defectos orgánicos, para adaptarse a los usos de la libertad. Lo verdaderamente emancipado, lo capaz de gobierno propio, no forma número ni fuerza apreciable. Hay en aquellas tierras unos termitas o carcomas que llaman **comejenes**: en espesos enjambres se desparraman por las casas: anidan en cuanto es papel o madera, aún la más dura, y todo lo roen y consumen por dentro, de modo que del mueble, del tabique, del libro, en apariencia ilesos, queda finalmente un pellejo finísimo, una forma vana, que al empuje del dedo cae y se deshace. Si hay expresiva imagen de aquella minoría liberal y culta, con que se compuso allí, como más o menos en lo demás de la América Española, la figura de una civilización republicana, es la capa falaz del objeto ahuecado por el termite.

El entono hidalguesco, cifrado en el lustre de la cuna o la excelencia de la profesión, se mantenía en toda la pureza de la tradición española, ya con la preeminencia de las familias descendientes de los fundadores de ciudades y los dignatarios de la colonia, ya con la aureola aristocrática del clero, de las armas y de los grados académicos. Cualquiera ocupación de otro orden, trae **diminutio capiti**; el trabajo industrial, las artes mecánicas, son cosa que se relega a indios y mestizos, o a la poca inmigración de extranjeros. La riqueza territorial, vinculada de hecho en la sociedad de raíces coloniales, se distribuye en muy contadas manos. Aquella montaña, maravilla de la Naturaleza; aquel llano a que no encuentra fin el galope del caballo; aquel valle que daría pan para un imperio, son, a menudo, propiedad de un solo hombre, pingüe patrimonio feudal donde las encorvadas espaldas del indígena representan las del villano que satisface sus prestaciones al señor. Un clero innumerable, repartido entre la población de los conventos y la muchedumbre de los clérigos seculares, pulula con el permanente hervor de la planta asaltada de hormigas. Inteligencia, virtud, suelen mover, si se la disgrega en personas, esa incontrastable fuerza; pero de ordinario la mueven vulgaridad de espíritu, pasión fanática, sensualidad, y codicia que arrebató, en derechos y priestazgos, al dinero del indio, las heces que haya dejado la usura del patrono.

En inmediata jerarquía, el abogado; el abogado hábil y único para toda maestría del entendimiento; político, escritor, poeta, orador, perito en cien disciplinas, y llevando adonde quiera, como llaves de universal sabiduría, su peripato y su latín. Completaba el cuadro de los gremios que privilegiaba la costumbre, el militar; personificación de una energía por lo general inculta y grosera, pero que se realizaba con los laureles de la emancipación y tendía al caudillaje político, en

el que había de ofrecer algún punto de apoyo a las primeras tímidas reacciones contra lo omnimodo de la influencia clerical. El conjunto de la sociedad de esta manera constituida era el de un vasto convento, que, como en tiempos de los señoríos feudales, tuviese cerca de sus muros un villorrio abadengo, cuyos ecos de trabajo, de disputa o de fiesta, se perdiesen en la alta y austera majestad del silencio monástico.

El temor supersticioso, la disposición penitencial, el tinte melancólico de la vida, se acrecentaban con aquella perpetua inseguridad propia de las tierras en que la misma firmeza del suelo es un bien precario; en que lo edificado por las generaciones suele desplomarse en un día: maldición la más fatal e ineluctable que pueda pesar sobre la casa del hombre. Las poblaciones parecen quintadas para inmolar ya a la una, ya a la otra, en el cercano sacrificio. Sus vecindarios viven gustando el dejo de recuerdos como de justicias movidas por la cólera de Dios: leyendas de terribilidad y de exterminio, en que las ciudades se abisman y desaparecen, como las naos entre las olas de la mar. Quito cayó, en parte destruida, en 1587, y luego, otras espantosas convulsiones la sacuden, en 1660, cuando se precipitó desgajado de la cumbre un pedazo del Sincholagua; en 1678, en 1755, y finalmente en 1859. La ciudad de Riobamba es la del fúnebre sorteo en 1645; reconstruida, se sobrepone a sacudimientos menores; pasa los meses de abril a junio de 1786 en un continuo balle siniestro; once años después, la misteriosa fuerza subterránea la abate de raíz: realzase de sus escombros, y no bien repuesta, en 1803, el suelo amenaza con incesantes temesones, y los vecinos piensan, en su desesperación, abandonarla. Ambato sucumbe en 1698; Latacunga, en 1757; Imbabura, en la tremenda catástrofe de 1868. Entre las ruinas de la segunda destrucción de Riobamba quedan, según los cálculos más tímidos, no menos de seis mil cadáveres; tres mil entre las de Ambato; veinte mil, por lo menos, entre las de Imbabura. Las imágenes de estas escenas de horror reviven, año tras año, llamadas por alguno de los infinitos estremecimientos pasajeros, que son otros tantos temerosos amagos. Como un dejo de la espera milenaria parece exacerbar, en aquella religiosidad ascética, el sentimiento de lo deleznable del mundo.

Sobre la costa, Guayaquil, más en contacto con la civilización, más frecuentada de extranjeros, que, en las ciudades de la montaña, eran visitantes rarísimos; oyendo hablar a menudo inglés y francés, tenía, materialmente, aspecto algo más moderno, y en su espíritu, la nota de relativa liberalidad que cumplía a su condición de ciudad porteña y mercantil; pero allí la violencia de un clima abrasador era el obstáculo para que perseverase cualquier florecimiento de energías.

La enseñanza, vinculada, desde el más remoto asiento de la conquista, en las órdenes religiosas, no se diferenciaba esencialmente de la de los primeros centros de instrucción, en que había competido el proselitismo de agustinos, franciscanos, dominicos y jesuitas. Fundación de los dominicos, a fines del siglo XVII, fué el Colegio de San Fernando, que subsistió bajo la república y en el que Montalvo había de hacer sus estudios. La Universidad, instituida por los jesuitas, y

reorganizada cuando la expulsión de ese orden en 1786, gozaba de fama en las colonias e imprimía en Quito prosopopeya de ciudad doctoral. La limitación y los vicios de esta enseñanza eran tales como puede inferirse de los moldes tomados en la decadencia española; de la tardía y escasa comunicación con el mundo, y de la crudeza del fanatismo religioso. A pesar de ello, el reparto sin ley averiguada que distribuye las naturales superioridades del espíritu, había dado a la tradición de aquellas escuelas hombres ilustres y de mente atrevida. Allí alentó, en el crepúsculo de la colonia, el arrojado pensamiento de Espejo, noble personificación de ese "grupo profético" de criollos desasogados y estudiosos, que precedió a la emancipación americana; revolucionario de las ideas, que hizo difundirse al mismo seno de la metrópoli su propaganda por la reforma de los métodos de educación. Allí, en la primera mitad del siglo XVIII, con los mezquinos medios de la física escolástica, se formó para las ciencias de la naturaleza Maldonado, el precursor de Caldas, el amigo de Humboldt y La Condamine, honrado en academias de Europa. Allí amaneció la elocuencia de Mejía, el orador de las cortes de Cádiz, no superado en esas cortes ni en la América de su generación. Allí Olmedo, el poeta de las victorias, gustó el primer sabor de humanidades.

El más temprano asomo de influencias extrañas a la nativa condición de la colonia, que había llegado a aquel ambiente claustral, tuvo por origen, desde los promedios del siglo XVIII, el paso de las expediciones científicas que empiezan con la de La Condamine y Bouguer, quienes, acompañados de los españoles Juan y Ulloa, llevaban el objeto de determinar en la región equinoccial la medida de un grado de meridiano; expedición a que siguió la del botánico Mutis, y ya a principios del siglo XIX, la de Humboldt y Bonpland. De estas misiones laicas, cuya presencia debió de llamar a sí toda atención e interés en la monótona simplicidad de aquella vida de aldea, quedó en los espíritus más adelantados de la clase culta cierta emulación por algún género de estudios que no fueran teológicos o gramaticales, a la vez que se insinuaban, como de seslayo, con las primeras nociones de ciencia positiva y los primeros anhelos de mejoramiento material, vagos ecos de la filosofía revolucionaria. En la postrera década del siglo XVIII fundóse en Quito, con propósitos de desenvolvimiento cultural y económico que revelaban cierta presagiosa inquietud, la asociación que llamaron **Escuela de la Concordia**, bajo cuyos auspicios comenzó a redactar la docta pluma de Espejo un periódico de propaganda. Fue así cómo cierto fermento de ideas de libertad y de reforma se mezcló a la levadura de rivalidades de origen e instintos de patria que obró para el malogrado movimiento de 1809. La aristocracia de Quito tuvo en aquella época espíritus liberales y animosos, como el conde de Casa-Jijón, mantenedor de un noble y entusiástico utilitarismo, al modo de Jovellanos o de Campomanes, y el Marqués de Selva Alegre, que, después de favorecer con su riqueza todo empeño de cultura, contribuyó a glorificar con su martirio el infortunio de aquella primera rebelión. Pero ni estas energías de naturaleza liberal que participaron en la obra de la independencia, ni las que, luego de consumada la obra, perseveraron en el mismo sentido, singularmente durante la memorable administración de Rocafuerte,

habían quitado a aquella sociedad, en los tiempos en que Montalvo se educaba, los rasgos esenciales que hacían de ella, en América, el refugio más incontaminado y resistente de la tradición del misionero y el conquistador.

III

Tal era el medio. Antes de pasar adelante, importa todavía señalar con cierta precisión los precarios alientos de liberalismo político que, desde la independencia, precedieron a los años de la juventud de Montalvo.

Constituyóse la República del Ecuador en 1830, segregada de la primitiva Colombia por la ambición de mando de uno de los tenientes de Bolívar; el general venezolano don Juan José Flores; aquel a quien la arrogante musa de Olmedo tributó, harto generosa, el más soberbio rasgo con que se haya realzado, en lengua castellana, una salutación heroica:

**Rey de los Andes! la ardua frente inclina
Que pasa el vencedor...**

Hábil, atrevido, dueño de indisputable prestigio guerrero; amigo, no menos que de la realidad del poder, de sus alardes y sensualidades, gobernó como primer Presidente del Ecuador, apoyado en las bayonetas del ejército y cuidando de mantener en aquella sociedad la espontánea y fortísima propensión conservadora. Con sus compañeros de armas, casi todos, como colombianos del norte, extranjeros en la nueva república, dió a las provincias procónsules violentos y rapaces, que las hicieron conocer la dureza del despotismo militar. Bajo esta dominación, la más lucida parte de los estudiantes de Quito, un grupo adelantado, que leía a los enciclopedistas, sabía de los liberales ingleses y en el que la eterna sugestión del Plutarco excitaba el sentimiento estoico y tribunicio de la antigüedad, comenzó a orientar en el sentido de la acción sus ideas de libertad política, en reuniones donde se mecía la cuna del partido liberal ecuatoriano. Consejero y caudillo de esta organización incipiente vino a ser un hombre singular y de elevados méritos, que allá, en obscura choza, apartada de la ciudad, vivía una vida de ermitaño laico o de filósofo antiguo. Era el inglés Francisco Hall, discípulo de Bentham, que, con recomendación del profeta del utilitarismo para el Libertador Bolívar, había llegado a América en tiempos de la Revolución y militado en las campañas de Colombia, donde ganó las presillas de coronel. Con la dirección de Hall, empezó a publicar aquella juventud *El Quiteño Libre*, que infundió los primeros alientos a la propaganda liberal. Pero no tardó en sobrevenir la represión tiránica, coonestada por el estallido de desórdenes; el grupo juvenil salió proscrito, y Hall, víctima de celada indigna, fué atropellado y muerto en las calles de la ciudad, por la guardia pretoriana de Flores.

El liberalismo ecuatoriano, que había tenido en Hall su primer propagandista, tuvo el primer ejecutor de su programa en el presidente su-

cesor de Flores: Rocafuerte. Compañero de los Espejo y los Montúfar, en el movimiento intelectual de las vísperas de la Independencia; diputado a las Cortes de Cádiz; viajero observador por la Europa de los días napoleónicos; agitador, en Méjico, contra el imperio de Iturbide; diplomático mejicano, después, en los Estados Unidos del Norte, Rocafuerte fué saludado, desde que holló de nuevo el suelo de la patria, como la esperanza profética del liberalismo naciente. Luego de acaudillar en 1833 la revolución contra Flores y de ser sometido, entró con el vencedor en transacciones que le valieron la sucesión del mando; pero, a pesar de la forma de su encumbramiento, que se ensombrece con la luctuosa página de la rota de los últimos mantenedores del levantamiento liberal, en la sangrienta jornada de Miñarica, su gobierno fué de generosa y enérgica reacción contra los vicios del caudillaje militar. Ese varón insigne, si el medio hubiera opuesto resistencias menos duras a su esforzada voluntad, sería para la historia el Sarmiento o el Montt ecuatoriano: la personificación de la energía de gobierno aplicada, con transfiguradora eficacia, a la obra de la civilización. Intentos suyos, en parte conseguidos, fueron el buen orden de la hacienda, el fomento de la enseñanza, la dignificación social del trabajo, la educación de la mujer, la moralización del ejército, la reforma de los hospitales y las cárceles, y aún la tolerancia religiosa. Pero no halló correspondencia que le ayudase a remover en lo hondo la enorme inercia de los hábitos y las preocupaciones, y su labor regeneradora fué efímera, como efímera había sido en Buenos Aires la de Rivadavia; lo que no desvirtúa la gloria personal del uno ni la del otro.

Acabado el período de Rocafuerte, volvió a la presidencia Flores, con quien reaparecieron el desarreglo y la arbitrariedad; hasta que la revolución victoriosa en 1845 puso definitivo término a la fortuna del famoso caudillo. Desde aquel año hasta el de 1849, gobernó, a nombre de los liberales, don Vicente Roca, el magistrado que ejercía el poder cuando llegó a Quito, para sus estudios, Montalvo, que admiraba en él "la dignidad estoica y la prosopopeya". A pesar de ciertas sombras de peculado, su administración fué benéfica y de controversia libre. Pero en el gobierno de Novoa, que le siguió después de un intervalo anárquico, la inclinación reaccionaria se anunció por actos como el que franqueó las puertas del Ecuador a la Compañía de Jesús, alejada desde la histórica cédula de Carlos III. Contra la amenaza de recrudescencia clerical se levantó la revolución de 1851, que arrojó a Novoa del poder en circunstancias en que la admisión de la Compañía provocaba graves conflictos con el gobierno de Colombia, y que señala el tiempo en que llegó a participar de los cuidados cívicos la generación de Montalvo.

Fué ejecutor de aquel movimiento el general don José Urbina, que encabezó la nueva organización, primero como Jefe supremo, y luego como Presidente. El impulso liberal llegó a ser esta vez algo más franco y eficaz que las anteriores. El entusiasmo cívico despertó, con desusada intensidad, para las elecciones de la Convención constituyente, que se instaló en Guayaquil a 17 de julio de 1852. La manumisión de los negros esclavos; la libertad de navegación de los ríos; la reno-

vada proscripción de la Compañía de Jesús, son históricos rasgos de esa Asamblea, donde, por poca diferencia de votos, no se arribó a la supresión del precepto constitucional que establecía la religión del Estado. Algunos años más tarde, el régimen liberal había de completar aquellas reformas con la abolición de las odiosas prestaciones que pesaban sobre el indígena. Al calor de las ideas liberales, una simpática emulación por todo empeño de cultura, con el brillo exterior de los certámenes y las exposiciones, removió el mortecino ambiente de Quito. La juventud, congregada en un centro social como el que había reunido, veinte años antes, a los discípulos de Hall, emprendió la publicación de **El Iris**, al que Montalvo brindó las primicias de su pluma. Tenía conquistada en las aulas reputación de inteligente y de enérgico; hermanos suyos disfrutaban, en el nuevo régimen, altas posiciones, y el camino que lleva a los triunfos de la vida pública se abría, para él. Pero no era éste el rumbo por donde iban sus pensamientos, y la visión de la Europa lejana, con los prestigios de la civilización rebosante de belleza y de ideas, se levantaba sobre cualquiera otro anhelo de su espíritu.

A pesar de los positivos aumentos de libertad, la revolución de 1851 se malogró en gran parte. La inclinación militarista, que estaba en sus orígenes y que ha sido siempre uno de los vicios del liberalismo ecuatoriano, dio por terminado a aquella revolución el gobierno cuartelario de Urbina, con sus despilfarros y desórdenes, su grosero séquito de **tauras**, y su arbitrariedad, apenas mitigada por cierta instintiva propensión de bondad y mansedumbre. A la presidencia de Urbina, siguió, en 1858, la de Robles, que muy luego había de desembozar igual carácter de pretorianismo. Cuando ascendió Robles al poder, quiso galardonar a su antecesor y compañero de armas con la Legación en Roma, y a ella fué incorporado, como adjunto, Montalvo; pero por fortuna para éste, que nunca hubiera llegado a tener duraderas paees con el desordenado caudillo, a quien pintó después con tan enérgicos colores en más de una página de las **Catilinarias**, Urbina hubo de quedar en el Ecuador, y en su lugar fué enviado a Europa uno de los más puros e ilustres ciudadanos con que aquella democracia podía entonces enorgullecerse. Era él don Pedro Moncayo, de vida austera y preclaros talentos; noble personificación del liberalismo civil, cuyo espíritu había difundido desde la prensa y la tribuna, y en cuyo servicio padeció más tarde persecuciones y destierros, que le llevaron a concluir en Chile, pobre y estolco, su immaculada ancianidad.

Junto a ese maestro vivió en Europa Montalvo. Luego de saludar los mármoles de Italia, los paisajes de Suiza, los recuerdos de España, quedó de asiento, siempre como adjunto diplomático, en París. Allí se infundió en su alma aquel como patriotismo de adopción a que pocas almas generosas resisten. Allí recibió la confirmación, si no el bautismo, de su saber y su gusto, frecuentando aulas y museos. En casa de Boussingault, el sabio explorador y químico, que había estado en América en tiempo de la emancipación, cultivó el trato de algunos de los hombres de más representativa cultura. Guardó siempre escogida memoria de su visita al decadente y casi abandonado Lamartine, a cuyas puertas llegó precedido del interés y simpatía que despertó en el

ánimo del poeta una elocuente página escrita por Montalvo en idioma francés, y enviada a consolar las soledades del ilustre anciano con la generosa efusión de la juventud enamorada de la gloria y compadecida del inocente infortunio. De estos mismos días de su iniciación europea, proceden otras páginas, que comenzaron a extender la notoriedad del escritor, y que publicó el semanario **El Demócrata**, de Quito; impresiones de viaje, de naturaleza, de arte, donde resplandecen ya los grandes dones de la forma, aunque con cierta languidez romántica, que se disipó después en la viril y marmórea firmeza del estilo.

IV

Corrían dos años que saboreaba esa dulce vida cuando enfermó gravemente; y sea por haber de pasar la convalecencia en su país, sea porque en aquella misma ocasión le faltara el favor oficial para continuar en el ejercicio de su cargo, volvió, muy a pesar suyo, al Ecuador, a principios de 1860.

Durante su alejamiento, grandes vicisitudes habían trastornado la situación que dejara al partir. El gobierno de Robles, caído en desprestigio desde sus primeros pasos, por su ineptitud y sus desórdenes, había recibido el golpe final en las ulterioridades del rompimiento con el Perú, que tuvo origen en el aún hoy subsistente litigio de los territorios amazónicos; y que provocó el bloqueo de los puertos del Ecuador por la escuadra peruana. Frente a la amenaza del extranjero, las discordias internas, lejos de acallarse, se exacerbaban con los desaciertos del poder; y sobrevino una situación de anarquía, en que coexistieron por más de un año dos gobiernos: el de Robles, que trasladó su asiento a Guayaquil, y el del triunvirato revolucionario de Quito, del que entró a formar parte un hombre ya por aquel tiempo famoso, pero a quien pronto esperaba celebridad mucho más vasta e intensa: don Gabriel García Moreno. Mandando en persona, aunque hombre civil, el ejército del triunvirato, García Moreno, derrotado por Robles en Tumbaco, el 3 de junio de 1859, hubo de refugiarse en el Perú, donde entabló negociaciones con el Presidente Castilla para restablecer la paz entre ambos pueblos, con la condición de la ayuda que Castilla prestara a fin de derribar el gobierno de Robles. En ejecución de este acuerdo, llegó García Moreno frente a Guayaquil, en nave peruana; pero, ya después Robles por la sedición de los suyos y habiéndole sucedido en Guayaquil el general Guillermo Franco, Castilla prefirió ajustar las paces con éste; y García Moreno, abandonado, pero superior al desaliento, se internó, camino de la tierra, con ánimo de mantener, contra el sucesor de Robles, la bandera revolucionaria. Sus grandes prestigios caudillescos, su energía indómita y sagaz, le llevaron, tras rápida campaña, a entrar de nuevo en Quito, reintegrando con su presencia un gobierno que, a pesar de su composición triunviral, descansó desde entonces en su voluntad exclusiva y celosa. Fue por este tiempo cuando Montalvo volvió al seno de la Patria. García Moreno, dedicado a asegurar el gobierno de Quito, reprimió con férrea mano toda señal de

inobediencia y desorden. Hubo un rasgo de esta represión que sublevó profundamente al generoso ser de Montalvo y que más de una vez había de evocar en las justicias de su pluma; y fué el bárbaro castigo de Ayarza, el general de raza negra, bravo y leal comilitón de Bolívar; a quien, con atroz humillación del ejército, condenó la dictadura a pena de azotes, abriendo, por la mano infamante del vapuleador, aquellas carnes consagradas con las cicatrices de las guerras de Colombia.

Enfermo, como venía, Montalvo se retiró, desde su desembarco, a humilde lugar de la provincia del Guayas, San Jacinto de Yaguachi, de donde asistió, en forzosa quietud, a la continuación de aquellas discordias. García Moreno, que había llamado en su auxilio al viejo Flores, marchó sobre Guayaquil, asiento todavía del gobierno de Franco, a quien protegía la escuadra del Perú. La ciudad fué tomada tras recio combate; Franco buscó refugio en las naves de sus aliados, y con esto, la autoridad del gobierno de Quito quedó afianzada del uno al otro extremo del país, y García Moreno se irguió con ínfulas desáreas. En esa ocasión, Montalvo, desde el lecho donde aún padecía, dirigió al omnipotente vencedor la carta de 26 de septiembre de 1860, que es como el exordio de sus futuras propagandas.

Comedida a un tiempo y orgullosa, esa histórica carta muestra en el fondo el encrespamiento del halcón que, por primera vez, orienta el instinto a la ralea. Confiesa allí que, extraño hasta entonces a las disputas políticas de los suyos, las ha visto desenvolverse sin parcialidad, pero no con indiferencia; declara en palabras de juvenil exaltación su dolor y su vergüenza patriótica ante la impunidad de la afrenta que el Ecuador ha recibido con el protectorado del presidente del Perú y la invasión de sus ejércitos, y exalta al gobernante ecuatoriano a ser el vengador de aquella humillación inulta: "¡Guerra al Perú!". Duélese de que la enfermedad que le paraliza en el lecho le priva de acudir con las armas adonde anhela ver lanzarse a su pueblo. "Si de algo soy capaz, sería de la guerra". En el tono con que se dirige al poderoso, se mezclan, en el más justo punto, la ruda y viril sinceridad y el reconocimiento, no tanto confesado como virtual e implícito, de la incontestable superioridad de aquel hombre, que aun no había descubierto claramente el término a que encaminaba su poder. "Sepárese—le dice—de la miserable rutina trillada aquí por todos". "Si las pasiones de usted son crudas, su razón es elevada". Pero líneas antes le ha enrostrado como acción traidora, de la que ha menester rehabilitarse, el precedente de su alianza con el gobierno del Perú; y líneas después, le apercibe en cuanto a los indicios que ha dado ya de su violencia. "Hay en usted elementos para héroe y para tirano". Y luego añade, con generosa altivez:—"Salgo apenas de esa edad de la que no se hace caso, y a Dios gracias, principio abominando toda clase de indignidades. Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hánme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América Española. Si alguna vez me resigno a tomar parte en nuestras pobres cosas, usted y cualquier otro cuya conducta política fuera hostil a las libertades y derechos de los pueblos, tendrán en mí un enemigo y no

vulgar". El cumplimiento de este voto es, en la parte de civismo y acción, la historia de Montalvo.

La reorganización constitucional de 1861 confirmó en el poder a García Moreno. El espíritu de la nueva Constitución era medianamente liberal, y no fué en ella donde pudo hallar su fundamento la autoridad despótica y reaccionaria con que desempeñó su presidencia el caudillo conservador. Gobierno fué ése de rigor draconiano, puesto al servicio de la intolerancia religiosa, aunque, en este último respecto, no alcanzase todavía a aquel grado de obsesión fanática del que, ocho años más tarde, había de ejercer el mismo famoso personaje. La imprenta, enmudecida por el temor, cuando no amordazada por la fuerza, no daba paso a la protesta cívica, que se resumía en las conciencias, o llegaba, en ecos débiles, del destierro. Montalvo calló durante estos cinco años, pero a la sombra de su silencio maduraban las yerbas de la violenta y concentrada intención con que debía enherbolar los dardos de **El Cosmopolita**.

La libertad de la palabra se recobró con el tránsito a nuevo gobierno. Fué elegido para desempeñarlo don Jerónimo Carrión, que subía en hombros de los conservadores y no desplazaba a los liberales: hombre moderado y benigno, aunque sin las energías de carácter ni la suma de prestigios propios, que hubieran sido necesarios para quebrar la influencia personal con que su antecesor permaneció como árbitro de la política y concluyó por restituirse al poder. El cambio dió lugar, sin embargo, a un respiro de libertad, que Montalvo utilizó de inmediato para levantar bandera. En enero de 1866 veía la luz el primer número de **El Cosmopolita**, periódico exclusivamente escrito por él, que, sin término regular de salida y con las dificultades consiguientes a la precaria condición de aquellas prensas, continuó publicando hasta tres años después. Tal como definió desde el principio su posición en la controversia política, entraba en ella a modo de combatiente franco y singular, ni secuz, ni, hasta aquel momento, guía de otro alguno. Las fuerzas populares se repartían entre el conservatismo clerical y sanguinario de García Moreno, y el liberalismo soldadesco y relajado de Urbina. La reacción contra el primero tendía a buscar brazo y eficacia en los prestigios del último; pero Montalvo repugnó esta solidaridad, y manteniéndose distante de uno y otro partido, encaminó su propaganda a suscitar la acción autonómica de los que entendiesen la libertad en formas orgánicas y cultas.

Avivando con enérgicas tintas los recuerdos del gobierno pasado, para pugnar contra el ascendiente personal que él dejaba en pie, tendía al propio tiempo a estimular la emancipación del sucesor, cuyas primeras determinaciones, como el decreto que declaró vigente la ley de Patronato, alentaron ciertas esperanzas, aunque efímeras. Otro clamor de su propaganda era el pedido del levantamiento de la proscripción para los ciudadanos, muchos de ellos ilustres, que había alejado la venganza o la suspicacia del déspota. Además de las inspiraciones que brotaban del despertar de aquella conciencia nacional, una grande ocasión de hablar traían los tiempos, y es la agresión que, por deplorable torpeza de la política española, vino a encender la guerra

entre la antigua metrópoli y la república de Chile, provocando una alianza en que entraron a participar con ésta el Ecuador y el Perú. El brutal bombardeo de Valparaíso repercutió en iracundos acentos de **El Cosmopolita**, como, más adelante, la invasión de México por el ejército francés; y estos temas inflaman la pluma de Montalvo de un americanismo áspero y heroico, que sienta bien a su temple natural.

Escribía desde apartado lugar de los contornos del Tungurahua: el pueblo de Baños, donde le mantenía el reparo de su salud y de donde enviaba sus manuscritos a la imprenta. Una naturaleza de Edén puesta en marco de volcánica fiereza, difunde en aquel sitio encantado una sugestión que a veces se le entraba lánguida en el alma, tentándole a dejar por la paz y el olvido de la soledad las "disputas de los hombres". Con la prosa de combate alternaba, en **El Cosmopolita**, la de deleite o estudio: casos y figuras que retenía en la imaginación, de sus viajes; ideas de moral, de política, de arte; y donde quiera y siempre, alardes y primores de estilo. Allí aparece el bosquejo de una escena real contada a lo Cervantes, de donde nació después el pensamiento de los admirables **Capítulos**. Allí anticipó fragmentos de obras de diversa índole en que entonces pensaba y que no llegó a terminar. Fuerte y colorida página la que le inspira el tormento que asoló, por aquel tiempo, la ciudad de Imbabura.

Allí suele aparecer también, y es particularidad curiosa, el Montalvo versificador, en composiciones no vulgares, sin duda, como nada que pudiera salir de él, pero que manifiestan que aquella forma de expresión no era la revelada a su estupenda magia verbal. Carecía de ese incommunicable modo de decir, y del sentido de esa peculiar especie de ritmo, que hacen que un hombre sea formalmente poeta; aunque tuviese el imperio, mucho más amplio y soberano, del arte de la prosa, y poseyera, en su más viva plenitud, la vena del sentimiento poético.

V

Pero antes de continuar con el desenvolvimiento de **El Cosmopolita**, importa ya que nos detengamos un instante frente a la singular figura del hombre en quien concentró Montalvo las hostilidades de su propaganda, del gobernante que, recién descendido del poder y en visperas de escalarlo de nuevo, hubo de afrontar, en ese interregno de libertad, todos los odios que removía el recuerdo y todos los que engendraba el temor.

Montalvo es, en la faz civil y militante de su historia, el enemigo de García Moreno. Como Sarmiento, para Rosas, para García Moreno, Montalvo. No le era indigno en talla el enemigo, ni se trabó la lucha en campo falto de interés ideal. De cuantos despotismos han pesado sobre la América Española, éste del gobernante ecuatoriano es de los que ofrecen más originalidad y carácter. Tuvo por fundamento la intolerancia religiosa, y acaso nunca, en pueblos modernos, la reacción a un régimen teocrático se ha realizado con tal franqueza y decisión. El hombre que concibió e impuso a su pueblo esa monstruosidad reac-

cionaria, distaba mucho de ser un hombre vulgar, ni por la calidad de la energía ni por las prendas del entendimiento. Confundirle con dictadores de cuartel y advenedizos sin más norte que el mando, fuera empequeñecerle de modo que resultaría amenguada la propia magnitud de sus responsabilidades y sus extravíos. Hijo de noble cuna; realizado por su esfuerzo propio, en prestigios cívicos y sociales; dueño de una cultura superior, menos literaria que científica, largamente acendrada en viajes por Europa, y que le habilitó en la juventud para ser el acompañante de Wisse en la ascensión del Pichincha, don Gabriel García Moreno pasó a ser triunviro y Presidente desde una cátedra de la Universidad. En sus propósitos de gobierno hubo cosas grandes, que le han sobrevivido: o en idea o ya cumplidas por él. A vuelta de sus aberraciones de inquisidor, reorganizó la hacienda; multiplicó las instituciones de educación, de beneficencia y de crédito; abrió caminos que llevasen desde los puertos del Pacífico hasta el corazón de los Andes; dió a su república el ferrocarril, y trató de darle el telégrafo. Tampoco era malvado por instinto, ni por ambición groseramente egoística. Era fanático religioso, y ésta es la raíz de su maldad, porque es la clave entera de su personalidad de obsesionado. Aquella idea única y sublime que tiene cómo exaltar el barro humano a las ideales transfiguraciones de la santidad y cómo despeñarlo a los más hórridos abismos del odio y la locura; aquella idea que convertida, mientras América se colonizaba, en polo del pensamiento y de la acción histórica de un pueblo, encarnó en una voluntad y se llamó Felipe II; aquella idea, le hincó la garra en la conciencia. Como el monarca del Escorial, este presidente, en pequeño escenario, se creyó señalado para brazo de Dios, para ejecutor de sus sanciones y vindictas.

La realización de semejante sueño fué un régimen en que parece como que retoñara y creciera algún gajo de la España de los conquistadores, escapado del fuego revolucionario. El Ecuador no es ya una nación cabal y señora de sí misma; es un feudo de Roma. Humillante concordato sella esa sumisión. Restablécese el diezmo en forma nunca vista: la décima parte de las rentas se aparta para costear los gastos del culto y para concurrir a aumentar el dinero de San Pedro. La facultad del patronato, heredada de los Reyes Católicos, que la mantuvieron siempre frente a la potestad de la Iglesia, es abdicada por la República, como cismática abominación. Sobre lo que se lee y escribe, la censura. No pasa libro de la aduana, ni sale de las prensas, sin que un censor de la Iglesia lo autorice. Detrás del Presidente hay como un senado veneciano, que es la Compañía de Jesús. La escuela pública es cosa de la Compañía, y alguna vez el propio Ministro de Instrucción sale de las milicias tonsuradas. Atraída por aquella Jauja de los clérigos, comparece de cien partes distintas una inmigración monacal, hez y rezago de todos los conventos del mundo, e infesta las ciudades con la plaga de la ociosidad parasitaria, mientras, en los pueblos de los campos, el cura trueca su autoridad espiritual en fueros de taita y de caudillo. Las divisiones y los regimientos del Ejército se denominan como las hermandades religiosas: son los soldados del Niño Dios, o de las Cinco Llagas; los Ejercitantes voluntarios, los Hijos de

su Santidad, los Guardianes de la Virgen. La inmigración que venga de tierras protestantes, se abomina; el gobernante se precia de guardar inmune de esa sangre impura la que él llama "segunda Jerusalén", destinada a cuidar el "arca de la fe". Cuando las armas de Italia entran triunfantes en Roma, la república del Ecuador envía indignada protesta; más adelante, se piensa en consagrar, por acto solemne, la república al Corazón de Jesús. Para dar forma plástica al espíritu que obra en todo esto, la devoción oficial se ostenta en espectáculos primitivos. El día de Viernes Santo, encabezando la procesión que va por las calles, marcha el jefe del Estado, corvas las espaldas, cargando en ellas una cruz; sus ministros le rodean, y la muchedumbre les sigue, disciplinándose y gimiendo. Este candor patriarcal no excluye la horrible contradicción en que culminó, en todo tiempo, la piedad fanática: el furor fratricida por amor de Dios. Cada nuevo amago de sacudir el yugo ominoso, de restituir la patria a la vida de la dignidad humana, acaba en represión cruelísima; el patíbulo consume las prevenciones de la mazmorra y del azote, y sangre de generosas víctimas corre afrontando al noble pueblo de los Rocafuerte y los Moncayo.

Tal había sido, en parte, o tal había de ser en su próximo resurgimiento, el sistema con que hubo de encararse la vengadora pluma de **El Cosmopolita**. Para el lector de esta parte de América en donde escribo, no será fácil empeño formar idea completa de él. En los pueblos del Plata, la intolerancia religiosa no ha sido, en ningún caso, fuerza de gobierno ni bandera de facción. Aquí la tiranía no usó nunca la máscara de la fe, y las discordias civiles se movieron siempre por impulso de otras pasiones, otros intereses y otras ideas. Cuando en oportunidad de alguna reforma de la legislación, o cosa análoga que cruzase la trama de la vida real, la controversia religiosa ha trascendido de la tribuna académica a las luchas del Foro, la agitación proveniente de ello ha pasado sin determinar en lo político deslindes ni organizaciones capaces de prevalecer. Sea por caracteres de nuestro organismo social que tienen ya su antecedente en cierta genialidad liberal y democrática que nos diferenció desde la dominación española; sea por esta exposición continua y franca a los vientos del mundo, que debemos a la situación geográfica y la asiduidad de la inmigración cosmopolita, con los moderadores influjos de la convivencia de tantas disimilitudes y tantas contradicciones, ello es que el hábito de la libertad de pensamiento arraigó sin dificultoso cultivo en el alma de estas sociedades. Aún dentro del propio campo ortodoxo, y tomando por punto de comparación al temple del fanatismo clerical en otros pueblos de América, se ha respirado aquí siempre una relativa tolerancia, un cierto latitudinarismo, que, por lo menos en la esfera de las aplicaciones a la realidad política y social, han mitigado prudentemente la lógica del dogma. Compruébase esto poniendo en parangón la calidad de espíritu de un Estrada, un Zorrilla de San Martín o un Goyna, con la de alguno de los clericales significativos y famosos del otro lado de los Andes.

La propaganda de Montalvo relampagueaba, pues, entre los palpitantes recuerdos de aquel régimen y los siniestros vislumbres de su

cercana y exacerbada restauración. Sólo quien imagine fielmente, de una parte, la magnitud de esta ignominia, y de la otra, el natural vindicativo y generoso del alma de Montalvo, podrá representarse bien la heroica crudeza de aquella guerra de pluma.

Grande y presagiosa inquietud ocupó el año de 1867. Votado para senador García Moreno, que continuaba en la posesión de su influencia, su diploma, viciado por un falso escrutinio, fué objeto de vigorosa impugnación, y finalmente de rechazo. En lugar del aparente vencedor fué citado a jurar el candidato que había contenido con él. La opinión liberal cobró en ese instante nervio y esperanza. Por todos se reconoció en el abatimiento, que imaginaban radical, del poderoso, la sanción de la propaganda de Montalvo, el triunfo de **El Cosmopolita**. Pero no se detuvieron aquí las agitaciones de aquel año. La intromisión fraudulenta de que resultaban culpados los representantes de la autoridad en el proceso de aquellas elecciones, dejó en pie, entre el Presidente y el Congreso, un conflicto que llevó más allá de la solución del litigio de candidaturas las pasiones que éste había enardecido. Tentábase la conciliación entre ambos poderes, cuando el destierro y la prisión decretados en la persona de algunos de los mediadores, a pretexto de que alejaban con fines sediciosos el acuerdo, colmaron la medida para que la oposición parlamentaria no demorase ya en llamar al Presidente Carrión a juicio de responsabilidad. Se exasperó esta discordia: rondaron en torno del Congreso amenazas de disolución, que él afrontó con altivez en borrascosas sesiones, hasta que el 5 de noviembre salió de su seno una severísima declaración, por la que se calificaba al Presidente de indigno de su alta investidura. En esta violenta extremidad, acudió García Moreno, para imponer a Carrión la renuncia de una autoridad que se había hecho insostenible en sus manos. Aceptóse esta forzada renuncia, y las pasiones volvieron transitoriamente a su límite.

Al presidente depuesto reemplazó don Javier Espinosa, ni menos probó ni más enérgico que aquél. La cercana terminación del período que él debía completar, daba ya oportunidad al problema de la presidencia futura. García Moreno parecía tenerla asegurada para sí, con los recursos de su mal encubierto predominio. Frente a su candidatura, aparecieron las de la opinión liberal. La de don Pedro Carbo, que cifraba tendencias de franca y enérgica reforma, y que Montalvo hubiese preferido, tenía por obstáculo su propia radical excelencia. Era menester concentrar las fuerzas capaces de oponerse a la amenaza de reacción, alrededor de un nombre que las conciliasse, y a este fin se convino en don Francisco Aguirre, templado en las ideas y alto en el respeto de todos. Quedó así definida la contienda electoral, y al paso que ella se acercaba a su término, veíase más clara la desigualdad de las condiciones de ambos bandos, con la prepotencia del caudillo reaccionario; y la exaltación de los ánimos arreciaba.

Por este tiempo Montalvo venía con frecuencia a la ciudad, o estaba en ella de asiento. Su figura altiva y serena concentraba, en las calles, ya las miradas del odio, ya las de la admiración. Contábase los pasos el espionaje. Más de una vez el brazo fanático o venal anduvo

cerca de su pecho. Otra, amenazada su casa del asalto de las turbas, generosa juventud constituyó guardia en ella. Esta excitación heroica, este acicate del peligro y el agravio, avivaban los fuegos de **El Cosmopolita**. Por entonces, dió a la protesta sus más altos y viriles acentos en páginas como las de **El Nuevo Junius**. Allí denunciaba las violencias y las persecuciones, la amenaza del sayón y la infamia del libelista; y tras el encantamiento del Presidente anulado, mostraba en todo ello la mano del omnipotente instigador. Puntualizando la verdad de la candidatura reaccionaria, la señalaba a la abominación, al temor, a la vergüenza; y cuando el candidato hace oír su voz, él multiplica en ecos de escándalo sus palabras, que prometen por norma de gobierno las condenaciones del "Syllabus", y por instrumento el rigor superior; ya arengaba a los militares, para disputarlos al vértigo con que la sugestión que gobernaba de hecho la república los llevaba al abismo de la deslealtad sediciosa. "Militares—les dice,—no soy vuestro enemigo: en una gran nación habría sido yo soldado". También a la piedad inocente, movida con engaño tras la coacción del fanatismo, buscaba persuadir; y refiriendo una plática, no sé si real o fingida, con el manso varón que era entonces arzobispo de Quito, opone a las instancias de la poquedad escrupulosa, los fueros de la razón, que encuentran ámbito y aliento dentro de la misma entereza de la fe.

Todo esto se embotaba en el arraigo de un ascendiente personal que la trabazón de las cosas volvía de hora en hora más incontrastable. Urbina amagaba con la revolución desde el destierro, o tal se decía con intencional suspicacia; y este peligro era recurso que utilizaban los secuaces del bando reaccionario, para excitar las alarmas del núcleo social amigo del orden, acusar de débil e incapaz la acción del gobierno, y propagar la necesidad de la férrea mano salvadora. García Moreno había dejado las trazas de inerte postulante al favor de los comicios. A sus puertas velaba guardia pretoriana. Los medios de la fuerza material no eran ya sino suyos.

Comenzó el año de 1869 en este improrrogable conflicto de una autoridad sin energía y un poder subversivo que la estrechaba con altaneras franquezas de autoridad. El 17 de enero se pronunciaba finalmente el motín militar que arrojó del gobierno al presidente Espinosa y confirió a García Moreno facultades de dictador. Todo se consumó y quedó quieto en un instante, como preparado por forzoso declive. El restaurado déspota quiso acometer, sin demora, la reorganización constitucional que diese formas de legalidad al sueño autoritario y teocrático que se proponía reencarnar con más cumplida perfección. En mayo de aquel año se reunió la Convención constituyente, que tuvo por principales inspiraciones de su obra reforzar la sujeción del Estado al yugo de la Iglesia, y robustecer las atribuciones y los medios de la magistratura ejecutiva en la distribución del poder público. Sobre estas bases entró a ejercer aquel hombre extraordinario su nueva y más característica denominación. La libertad de escribir, el derecho de vivir en la patria, habían perecido con el primer aliento de

la dictadura. **El Cosmopolita** acabó como la voz que queda trunca en la garganta, y Montalvo tomó el camino del destierro.

VI

Pasando la raya de Colombia, en lo más alto de una de las mesas que forman, de ambos lados de aquella abrupta frontera, las cumbres andinas, se asienta el pueblo de Ipiales, donde Montalvo halló por siete años su refugio: lugar de hermosas vistas, aunque harto castigado del frío de la altura para embozo del alma de un desterrado.

Allí llegó sin libros, allí permaneció sin tenerlos. Y a pesar de ello, éste de su destierro aldeano es el tiempo en que produjo más, y más para su gloria; por lo cual viene aquí la ocasión de hablar del Montalvo literario. Su vida exterior, contenida casi en el cerco de su huertecillo, no tuvo episodios de mayor entidad que tal cual reyerta con algún vecino impertinente, o algún clérigo zafio y rapaz, de esos que fueron eterno blanco de su pluma. En cambio, su imaginación hirvió en soñados lances, en enjambres de ideas, en juegos y músicas de forma.

Hay algo de representativo del destino entero de Montalvo, hay como una imagen abultada de la total desventura de su vida, en esto de la producción de lo mejor y más altamente literario de su obra, en la soledad de un villorrio. Entendedlo bien; no en la soledad del desierto, que es alta y soberana emancipación, amor con la libre inmensidad, por donde vagan los divinos alientos que pueblan la naturaleza de sátiros y ninfas; sino en la soledad del villorrio, ruín y menguada, donde no tienen su habitación ni el caballero ni el bárbaro, sino el palarde: donde los gallos cantan para que amanezca la murmuración, y el sol se pone para que ella atisbe más a cubierto; en la soledad del villorrio, sin trato de semejantes y sin libros... Esto lo encarece él en su decir vehemente y gracioso: "¡Sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas". Obra de escritor como la suya, tan necesitada, por su índole y carácter, de la diaria ablución libresca y del fácil manejo de esos instrumentos de medida y rectificación que traen los libros en sí, tuvo que contentarse, para empresa de tal dificultad como la parodia del Quijote, con la biblioteca ideal que su memoria y su imaginación reflejaban sobre las desnudas paredes de una casa de aldea.

Pero, aun en la ciudad o cerca de ella, y con la compañía de sus libros, grandes hubieron de ser los obstáculos que puso ante él la precaria armazón de cultura de su pueblo. El nos refiere el heroísmo que era necesario desplegar para valerse de la imprenta: sólo a dura costa, y con ayuda de amigos, pudo dar a luz las entregas de **El Cosmopolita**. Y todo esto es, en su pasión, la parte menor y más liviana, porque queda el aislamiento y abandono espiritual, que es lo verdaderamente doloroso; queda el calvario de la incomprensión común: desde la que se eriza con las púas de la inquina a la superioridad, pasión de democracias chicas, hasta la que se encoge de hombros con un zafio menos-

precio de toda labor desinteresada de estilo y de investigación, y la que, dentro mismo de estas actividades, ensordece a lo nuevo y personal, o afecta comprender y no comprende...; quedan, en fin, aquellos resabios de la aldea, por los cuales, para las altas cosas del espíritu, toda esta América Española ha sido, en escala mayor, soledad de villorrio, como la del rincón aquel donde Montalvo compuso la más difícil de sus obras, sin trato con semejantes y sin libros!... Bien se siente el resuello de esta herida cruel en la admirable introducción a los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**. Y apenas hay alto ingenio americano que no haya expresado alguna vez parecido sentimiento, o no lo deje percibir en una callada vibración de sus escritos. El fundamento real de estos agravios de los superiores es de extensión universal y humana; radica en el primitivo barro de Adán; pero ellos recrudecen en las sociedades de América por lo mal asentado y desigual de su civilización, donde, mientras las excepciones personales en ingenio y saber, con las necesidades y los apetitos que uno y otro determinan, pueden subir tan alto como en los grandes centros de cultura, las condiciones de atención y correspondencia sociales quedan muy inferiores, centuplicándose así la desproporción entre el elegido y el vulgo. De aquí el desasosiego de la inadaptación, y cierto impulso de nostalgia, muy común en los hispanoamericanos de vocación literaria y artística, por aquella patria de nuestro abolengo y nuestro espíritu que la civilización europea extiende del otro lado del mar. Expatriarse, como siempre lo anheló Montalvo, suele ser entonces justa y fatal gravitación; pero expatriarse, como él, con el pensamiento y la memoria dando cara a la tierra, más dulce cuando más lejana, y con el sueño de la vuelta, presidiendo a los anhelos de asimilación y de cultura que un día traerán cómo pagar a la patria natural el precio de la ausencia. **Quedar** así, en espíritu, o quedar de hecho, es, indistintamente, mantener la vinculación obligatoria y fecunda con la obra común de los hermanos; y sólo han sido grandes, en América, los que han alcanzado a mantenerla, y en la proporción en que la han mantenido. Sólo han sido grandes, en América, aquellos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción un sentimiento **americano**. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aún más: con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio del tiempo para realizar su vida y su obra. La incapacidad de adaptarse sólo es condición de progreso, en la evolución social como en la orgánica, si se resuelve en energía de reacción, que acomoda a las necesidades de la propia superioridad el ambiente moral a los inadaptados, cuando inferiores o débiles.

A menudo refleja el pensamiento de Montalvo el ritmo de un irrefrenable desapego a la transitoria realidad de la patria y un profundo sentimiento del ser ideal y permanente de ella. Hablando de su forzoso abandono de la secretaría que desempeñó en París, decía: "La suerte se me puso zahareña de repente, y con un fiero ademán me volvió a echar a este rincón". Otra vez agregaba: "Si llega para mí el día de volver a Europa, prometo a mis conciudadanos que no les

daré mucho que murmurar en justicia". Hay ocasiones en que manifiesta su desvío con amarga rudeza: "Sólo siento no tener buena, noble y grande patria, donde no ser noble, bueno y gran patriota". Comentando el desorden de los pueblos hispanoamericanos, exclamaba: "¡Ah, repúblicas turcas! El cielo se contrista, el infierno sonríe, cuando echan los ojos a esta parte del mundo". Pero otros rasgos complementan el sentido de aquéllos con palabras de fe y esperanza: "América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino, se civilizará, será libre, feliz, y gozará sin estorbo de los dones de su gran naturaleza". Mientras estuvo en París, visitador asiduo del Jardín de Plantas, gustaba demorarse, con la terneza del amor reconciliado por la ausencia, frente a todo lo que despertaba en su espíritu la imagen del terruño: "el cóndor de los Andes, la ortiga de América, la coronilla; el gallo tanisario, de canto solemne y melancólico".

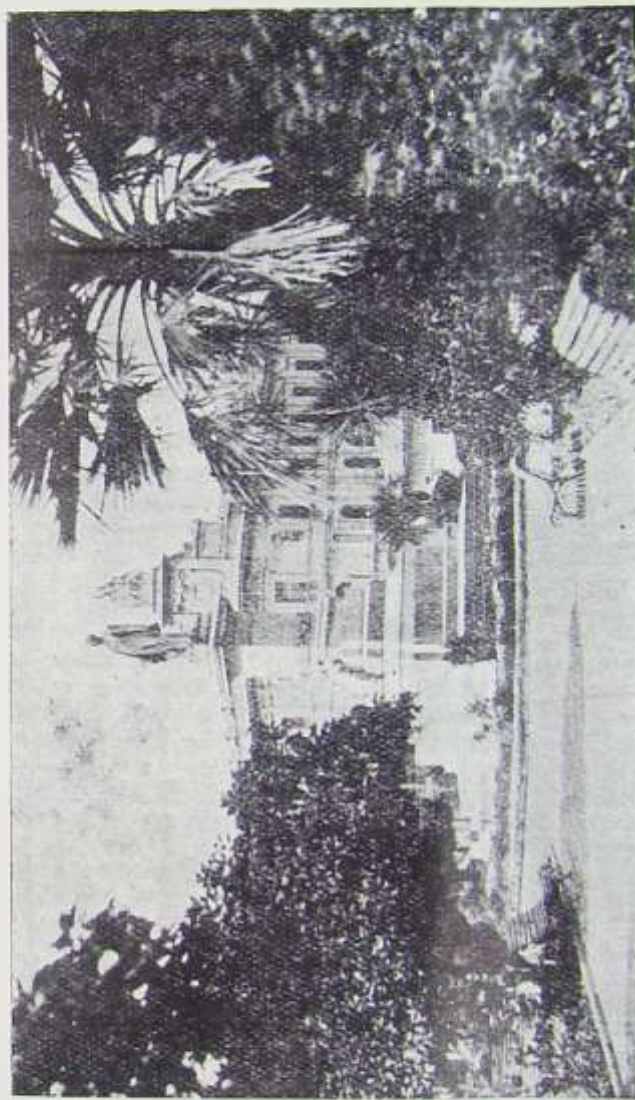
La integridad de la conciencia americana; la integridad que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos, y por tanto, de la cabal grandeza de nuestro pasado, está presente en su obra, y ella le mueve, en uno de los **Siete Tratados**, a aquella gallarda afirmación de la superioridad de Bolívar sobre Bonaparte, afirmación que hubo de espantar en su tiempo a la gente discreta y partidaria del apocamiento común, y que aún le asombrará hoy mismo, aunque por ventura no tanto.—¿Quién ha consagrado acentos de más honda piedad o la suerte de las domadas razas indígenas?... Y en cuanto a la originalidad de la naturaleza, también supo sentirla y fijarla a menudo. Nada más propio para oído por la montaña que la voz con que imprecó a la majestad del Pichincha, de modo tal que imaginamos que aun está retumbando en los contornos del gigante. Nada más penetrado de aroma de la tierra y de divina humildad que aquel elogio del maíz, el trigo del pobre, el acumulador de la energía que ha de desatarse por los brazos del indio labrador, cuando, encorvado sobre el suelo hecho del polvo de los suyos, trueca su dulce paciencia en oro del amo... Cada vez que esta nota de americanismo, en el sentimiento o en el color, se levanta a presidir la armonía de una prosa tan clásica, tan limpia, tan de la antigua hechura, comparece en mi memoria la impresión de aquellos **Comentarios Reales**, donde un mestizo que unió a la doble nobleza de la calidad el privilegio del estilo, dejó expresados, en la más pura lengua del conquistador y en la más rica y gallarda prosa de su tiempo, sabrosísimos candores del alma americana, que semejan allí las huellas de la sangre del indio en el lustre de una hoja de Toledo.

Los **Siete Tratados**, que no publicó hasta diez años más tarde en Europa, fueron escritos, o por lo menos bosquejados, durante el año 1872, en aquel retiro de Ipiales. La literatura de Montalvo está allí en su más característica y remontada expresión. Titúlense esas disertaciones: **De la nobleza**, **De la Belleza en el género humano**, **Réplica a un sofista pseudocatólico**, **del Genio**, **Los Héroes de la Emancipación Sudamericana**, **Los Banquetes de los Filósofos** y **El Buscapié**, trabajo éste que reprodujo, como estudio preliminar, en los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**.

El ensayo al gusto de Montaigne, desordenado y libre de todo plan metódico, extrema en manos de Montalvo su curso voluntarioso y errabundo. El tema que se anuncia en el título persiste apenas como el hilo tenue y velado por la fronda, que enlaza, al rededor de su eje imperceptible, las vuetas caprichosas de la enredadera. Desde que se ha doblado la primera hoja, se echa de ver que el tema es lo accesorio para el ensayista, y lo principal el alarde continuo y el centelleante de ingenio, de lectura y de estilo. Cuando le sale al paso una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue mientras ella da pábulo a la fantasía, o mientras no acude una idea nueva a torcer otra y otra vez su camino, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo, que, en los cuentos de hadas, tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso o el rodar de una piedra animada de una magia interior. Si se intenta reducirlo a substancia y a orden dialéctico, el pensamiento fundamental aparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones. Sirva de ejemplo el tratado sobre la **Nobleza**. Allí, de una disertación acerca del origen del hombre se pasa a discurrir sobre las diferencias de razas y de clases, y de esto a describir la naturaleza del polo, y la del trópico, y la aurora boreal; y luego a encarecer los extremos de que es capaz el amor a la ciencia, y en la siguiente página a pintar un insecto primoroso, y de esta pintura a las enaguas que usaba Clitemnestra; para volver después al tema original, que no tarda en desviarse hasta dar término el ensayo con un comentario de los crímenes de los comuneros de París... En la entonación de estos tratados no hay más unidad que en el asunto. Ya se mantiene en el carácter de la exposición didáctica; ya se allana a la forma del cuadro de costumbres o de la sátira ligera; ya se remonta al lirismo de la imprecación, del dítirambo o de la elegía.

De Montaigne toma, además, el egotismo, la preocupación constante del "yo", no tanto por estímulos de investigación psicológica, ni por conflictos y tormentos que pasen en su alma, sino como tema de ameno divagar, que tiene más de inocente complacencia de amor propio que de la pasión austera del psicólogo empeñado en mirar al fondo de su herida, o en subyugar a la Esfinge del conocimiento interior. Pero aquí las semejanzas concluyen, porque, como carácter de estilo, la espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto a la artificiosidad preciosa de Montalvo; y como carácter moral, la indolencia contemplativa del bordelés en nada se parece a la disposición militante y quijotesca con que nuestro americano asiste al espectáculo del mundo. Montaigne es prototipo de escépticos; y de este rasgo esencial, que es la raíz de sus superioridades, viene también aquella limitación de su naturaleza, que sainte-Beuve definía: "la ausencia de la locura santa y del fuego del sacrificio generoso". En Montalvo no falta nunca este fermento: antes rebosa y se derrama, como la más activa esencia de su espíritu. Montalvo, aunque razonador y malicioso, tiene sumergido el pecho en el mundo de los Amadis y Esplandianes.

La singularidad y excelencia de la forma es principalísima parte en la literatura de Montalvo. Tuvo, en esto, por ideal la vuelta a los



Monumento erigido en la ciudad de Ambato al Maestro de la
juventud Hispanoamericana

típicos moldes de la lengua, en sus tiempos de más color y carácter y de más triunfal y gloriosa plenitud. Quiso escribir como lo haría un contemporáneo de Cervantes y Quevedo que profetizase sobre las ideas y los usos de nuestra civilización, y lo cumplió de modo que pasma y embelesa. El fabuloso caudal de vocablos, giros y modos de decir, que rescató de la condena del tiempo, infunde en cada página suya un peculiar interés de sorpresa y deleite. Nunca se trajo a luz, de las arcas del idioma, tanta deliciosa antigüedad; tanta hoja de hierro tomada de orin, tanto paramento de seda, tanta alhaja pomposa y maciza, tanta moneda desgastada, de ésas donde agoniza en oro un busto de rey y se esfuma, en trancos caracteres, una leyenda ilustre. Aquella prosa semeja un museo; y tiene del museo hasta la profusión que desorienta a la curiosidad y que, dejándola suspensa a cada instante de lo menudo y primoroso, la impide el paso desenvuelto con que guiarse a donde está lo principal.

La ciencia vasta y prolija, el sentimiento profundo del idioma, que semejante evocación supone, son verdaderamente incomparables. La obra de rehabilitación de las buenas y sabrosas tradiciones de la sintáxis y el léxico, realizada en lengua española por Montalvo, no representa mérito inferior a la que, en lengua francesa, llevó a cabo, algo anteriormente, Pablo Luis Courier, abriendo paso en las lánguidas formas prosaicas de su tiempo al habla rancia y generosa desenterrada de los frescos sótanos de Montaigne y de Amyot. Como el traductor de *Dafnis y Cloe*, a quien, por otra parte, le vincula la común potestad del dardo satírico, Montalvo fué artífice original con piedras de las ruinas, innovador con aliento de antigüedad. La literatura castellana no ofrece, en el siglo XIX, otra tentativa de restauración arcaica comparable a la suya, por lo viva y orientada en sentido de arte, y no de solaz gramatical o académico, que la de las Escenas de Estébanez Calderón. Pero el costumbrista andaluz, a pesar de su opulencia de color y su caudal de lengua inexhausta y gallardísima, queda como escritor de muchos menos quilates que Montalvo. Faltan en su pintoresco artificio aquella grande alma, aquel arranque hacia arriba, aquel verbo ferviente, que magnifican y realzan el prodigio de forma de nuestro ecuatoriano. Lo que es curiosa habilidad en Estébanez, es en Montalvo maña genial; la prosa de las **Escenas andaluzas** equivale a deleitable exposición de cuadros de género; a multiforme y soberbia galería la de los **Siete Tratados**.

La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como la madre amorosa en el hijo de sus entrañas. Nunca hubo gusto literario de más neto solar español, por lo que tiene y por lo que le falta, que el suyo. Llevó a su realización más definida y concreta las virtualidades y disposiciones características del instrumento verbal de la raza, que componen lo que llamamos el **genio** del idioma; sacando todo el partido posible de sus mayores ventajas y excelencias sin evitar ninguno de los escollos a que por espontánea propensión se tuerce su curso, ni tender a suplir ninguna de las deficiencias que, en determinados casos, limitan sus medios de expresión; de modo que aquella prosa acrisolada y magnífica, es, para el genio del idioma, como una

lente de aumento, al través de la cual se viese abultado su relieve, engrosado su tejido, puestas en claro sus desproporciones, o como una artificiosa alquitara, de donde surtiera, en espeso jugo costosísimo, su más concentrada quintaesencia. Allí comparecen, y se desenvuelven hasta sus extremos, la firmeza de la línea, la energía del color, la elocuencia ardiente y pomposa, el elegante discreto, el castizo donaire; y junto a estas riquezas de la herencia común, manejadas habilísimamente, ningún esfuerzo dirigido a probar la eficacia de la lengua para triunfos ajenos de su tradición: nada por aligerarla y afinarla; nada por infundirla el sentido de lo vago, de lo soñado, de lo íntimo; nada por ensanchar la aureola o penumbra de sugestión que envuelve el núcleo luminoso de la palabra y la prolonga en efectos de música; nada, en fin, por poner en manos del idioma la varita mágica con que se penetra al mundo de las cosas aéreas y flotantes que hoy apetece más allá de la plena determinación de la forma y la idea.

Por sus más soñados caracteres, la prosa de Montalvo, expresión violenta de un ideal de restauración en el habla literaria y de la personal genialidad de un escritor, es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Vulgar y torpe es entender que todo lo que en arte se hace de nuevo, va dirigido a solicitar la imitación, o siquiera la prevé y la supone; cuando el propósito de que se le imite es de los que no conoció nunca la conciencia del artista verdadero y cabal, y se puede afirmar, sin sombra de paradoja, que lo más digno de ser admirado es lo menos capaz de ser imitado. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida. En la relación estética, su singularidad es privilegio; porque esa manera de decir, que no podría generalizarse para la comunicación actual de las ideas, gana con ello aquel encendimiento de belleza que se da en las cosas emancipadas del uso, cuando originariamente contuvieron una centella hermosa: como los soberbios templos que se arruinan, las lindas armas con que ya no se combate, y la buena prosa de los libros añejos donde ya no se busca la verdad. Y sin embargo de lo dicho, aunque la obra de restauración arcaica que emprendió Montalvo sea, en su conjunto, singular e incommunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella; cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de un galeón de Indias! A vuelta de prolijidades nada más que curiosas y modos de decir de un sello exclusivamente personal, ¡cuánto hallazgo de valor objetivo; cuánto eficaz conjuro y oportunísima rehabilitación, que nos punzan con el sentimiento de las infinitas cosas expresivas y bellas que el idioma no debió dejar perderse en el proceso de una renovación mal vigilada, la cual no alcanzó nunca a compensar, con lo que granjeó de nuevo, la merma del rico patrimonio!... Por eso, el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugestiones, para el intento, en que ahora estamos empeñados, de devolver a la prosa castellana color, resalte y melodía, y de llenarla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reac-

ción que ni los románticos ni los realistas de la anterior centuria llegaron más que a desmediar, en la sintáxis y en el léxico.

No pudo asistirle en su empresa de restauración un gusto constante. Algo hay en la pasión que le animaba del fervor del coleccionista; y el gusto, como el discernimiento de cualquier especie de valor positivo, no son medidas que regulen el peculiar criterio del coleccionista, para la valuación de las cosas en que se complace. Pero importa diferenciar la soberana calidad de esa pasión no limitada por el gusto; la naturaleza **genial** que la levanta cien codos sobre la manía sin nervio ni gracia del erudito vulgarmente prendado de lo viejo; sobre la paciencia buscona del pedante huroneador de léxicos y glosarios; porque aquel entusiasmo de las palabras es, en Montalvo, sugestión de un numen, furor casi sagrado, fuego de inspiración que tendría bastante con una sola de sus chispas para devorarse, como sacos de paja, las almas de todos los pedantes del mundo. Se **embriagó** de arcaísmo: ésta es la imagen propia; se embriagó con aquella báquica sensación de lo bello antiguo remozado, con que los heraldos del Renacimiento, al modo como los que trasiegan el mosto suelen marearse del capitoso vaho, se marearon divinamente trasegando el generoso vino de los clásicos y llevaron sobre su nativa lengua la reconquista romana, en aquella prosa, hirviente de latín, que empezó en el reinado de don Juan II. Donde dije "romana", póngase "española del gran siglo", y ése y no otro es el caso de Montalvo. La prosa de Montalvo, después de Junín y de Ayacucho, es el desquite del Conquistador. Y por cierto que hay en el rebusco y acumulación, que manifiesta esa prosa, de riquezas del tiempo viejo, cierto soplo marcial, cierto ímpetu heroico, como de conquistador que entrase a saco una ciudad antigua y volviera ufano y curioso del botín; cierta exaltación que es todo lo opuesto que pueda imaginarse a la asiduidad línfática del literato de la especie académica.

Para quien guarde diferenciado el sabor de cada uno de los proadores del gran tiempo de la lengua, la lectura de Montalvo es como múltiple y maravillosa evocación. Un rasgo rememora al uno, otro rasgo al otro; y de esta manera, sobre el fondo de aquella prosa, dorada de gloriosos reflejos, se ven pasar, como procesionalmente, sus sombras augustas, con tanta gracia y reverencia invocadas en la introducción de los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**. Por allí Granada, por allí León, por allí Quevedo, por allí Malón de Chaide, por allí Saavedra Fajardo... Esta obra de selección y concierto de las varias riquezas del tiempo antiguo, bajo el imperio arquitectónico de un estilo personal y creador; ese certamen de las suntuosidades de la lengua, se compararía con el alarde de magnificencia colectiva que presidió a la fábrica del Escorial, para cuya edificación dicen que se reunieron, en piedras, maderas y metales, todos los primores de las tierras de España: el mármol de Filabres, el jasque de Tortosa, el pino de Cuenca y Valsain, el hierro de Vizcaya, la caoba y el ébano de Indias. Nadie hubiera podido manejar con mejor tino aquellos tesoros. Por encima del conocimiento reflexivo y prolijo de la lengua; por encima de la acrisolada lección de sus clásicos maestros, tenía de ella

Montalvo el conocimiento intuitivo, el inspirado sentimiento del carácter y naturaleza idiomática, que, como en cifra, reproducía en su propio carácter literario. Se comprende así que, siendo tan moderno y curioso en su pensar, y reflejando su obra ideas de tan esparcidos orígenes, mantuviese constantemente inmune la nobleza antigua de las palabras y la frase; porque el sesgo castizo que tomaba, en el primitivo arranque de la forma, cualquiera manifestación de su pensamiento, la guiaba a completar sin violencia su modo propio y genuino de expresión. No es humanamente posible expresar mayor copia y variedad de ideas ateniéndose tanto a la tradicional integridad y pureza del idioma. La lengua de Montalvo es victoriosa demostración de lo mucho que, a pesar de juicios vulgares, cabe contener en el romance heredado del Conquistador, cuando se le conoce en lo hondo y se le solicita con enamoradas instancias; o es, si se prefiere, demostración de la indefinida amplitud que el genio personal de un gran escritor logra arrancar a los endurecidos moldes de una lengua añeja, sin deformarlos ni descaracterizarlos. En presencia de este soberano dominio, y del amor ferviente que fué su inspiración, pasma averiguar, como sabemos por carta suya dirigida a don Miguel Antonio Caro, que alguna vez pasó por su espíritu, aquejado de la nostalgia de más ancho escenario, la ambición de radicarse en París y escribir para siempre en lengua francesa. ¿Qué hubiera resultado de la realidad de este sueño? ¿Un Heredia prosista? Aquella extraordinaria facultad de expresión, que tan íntima y congenial nos parece con el idioma en que se manifestó, como si a él estuviera votivamente consagrada, ¿pudo, sin desvirtuarse, buscar nuevo arraigo y nueva adaptación?... La historia literaria testimoniaría que no hubo nunca gran escritor que lo fuese a la vez en dos lenguas distintas, y Heredia no había llegado a ser gran poeta en castellano cuando optó por serlo en francés.

Para hacer alarde de este absoluto dominio del idioma y del profundo sentimiento de su genio y tradición, en temeraria competencia con el más único y abrumador de los modelos, escribió los **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**, parodia del **Quijote**, que hasta después de la muerte de Montalvo no conoció la imprenta. La obra es lucidísima, como dechado de lenguaje y como interpretación y nuevo desenvolvimiento de los caracteres de la ficción maravillosa. Pero quién allí aparece y campea es Montalvo, y no Cervantes, o es, si se quiere, el Cervantes de Montalvo, que, reflejando su imagen en lo vivo de tamaño temperamento, muestra, hondamente estampados, el sello y fisonomía del intérprete. Y Montalvo, en su natural de escritor, se parecía poco al modelo que en esta ocasión trató de imitar. Cervantes, en quien la invención novelesca conserva mucha parte del candor del primitivo épico, tuvo la divina inspiración del estilo, y como su arte infuso; pero careció, en fuerza de su propa absoluta naturalidad, de la **conciencia del estilo**, que es intensísima y predominante en Montalvo, artista refinado y precioso, cuyas afinidades, dentro de la clásica prosa castellana, han de buscarse, mucho más que en Cervantes, en Quevedo o Gracián. Valióle sí a Montalvo para su magnífica parodia, ya que no la espontánea semejanza en medios de expresión, el profun-

do sentimiento del espíritu y la idealidad de la creación cervantesca; y no sólo manifestó ese sentimiento en la parodia misma, sino también, y aún más si cabe, en las páginas críticas que la preceden. Nadie, en idioma castellano, ha hablado de Cervantes y del **Quijote**, como Montalvo en esas páginas. Sin asomo de hipérbote puede decirse que ellas son el análisis condigno de la creadora síntesis del genio. La más durable estatua de Cervantes está allí, labrada con la unción que un artífice devoto pondría en cincelar una imagen sagrada.

Por lo demás, no hay cosa tan distante de la condición intelectual de Montalvo como la de los "hombres de un solo libro", o de un solo autor, o de un solo círculo de autores. Su cultura era varia y difundida; su comprensión, de amplios alcances; ágil y meliflora, su curiosidad. Dentro de las letras—y aún en lo que podríamos llamar los alrededores y baluartes de una cultura literaria,—tenía cabal noción de lo moderno, no ignoraba lo exótico, y era capaz de sentir la fuerza de la belleza y la de la persuasión, en otras lenguas que en la propia. Pero el núcleo de su saber, la medida y norma de su gusto, fueron siempre lo clásico: lo clásico de su lengua y las de la materna antigüedad. Comprendió enteramente la belleza antigua, porque empezó por comprender y admirar la vida antigua, en lo esencial de su carácter. Nada más elocuente, nada más revestido de la altivez y majestad de la vieja toga oratoria, que la defensa de la civilización pagana en su réplica a un detractor sacristanesco. El **civis romanus sum** se siente allí encrespando ejemplos y razones. Allí es donde se dice: "No me cerréis las puertas de la antigüedad, porque os las derribaré a hachazos". La virtud romana le inspiró, en medallas de admirable proxa, figuras como la de Fabio Darso, cuando, ceñidos los hábitos sacerdotales, pasa por medio de los bárbaros; o la del joven Curcio, echándose al abismo; o la de la mujer de Fulvio dándose la muerte para reparar su indiscreción. De Grecia remozó también eternos asuntos. ¿Quién mejor que él ha pintado la escena de la absolución de Fryné? Toda la gracia del diálogo ateniese está en los coloquios que animó entre los convidados de Xenofonte y de Platón; y aún del primitivo helenismo, inocente y heroico, cruzan ráfagas por su obra, como en aquella página del tratado del **Genio** donde evocó la sombra de Homero vagabundo, y aquella otra de los **Banquetes de los Filósofos** donde mostró al asateado ciervo del Ida, presidiendo, en fuente de plata, el candor patriarcal de la mesa de Príamo.

Fuera del residuo genial, extraño siempre a toda determinación del medio, la literatura de Montalvo, en sus más señalados caracteres, se vincula al ambiente donde se produjo, por relaciones fáciles de señalar. La fervorosa pasión del idioma, el tono clásico de la cultura literaria, son atributos que han singularizado siempre en América a los pueblos que constituyeron la primitiva Colombia. Allí la pulcritud del lenguaje escrito ha sido estimada como pudiera serlo una nota de limpieza de sangre; allí la teoría del idioma ha tenido, más que en la moderna España, cultivadores aplicados y maestros ilustres, y aún en los más medianos escritores es condición frecuente la pureza de la elocución; allí con la disputa política se mezcla la disputa del vocablo,

y el saber gramatical ha sido a veces camino por donde se ha llegado al gobierno. Infúndase en esta pasión colectiva, estrecha y prosaica en sus formas comunes, el soplo de un superior sentido estético y de un gran carácter de escritor, y se tendrá la magnífica pasión verbal de Montalvo, por una transfiguración semejante a la que trueca al crudo barro en la fineza del esmalte, o al hierro bruto en la centella de la daga. En Montalvo, sobre el oficioso afán de la corrección, se encumbraba el divino sueño de lo bello.

Tenía, por amor de lo bello, el sentimiento tiránico, implacable, de la forma; la comprensión de lo artístico de la palabra, con aquel extremo de amor capaz de detenerse en mitad del más arrebatado apóstrofe o de la más absorta reflexión, para extasiarse en la cadencia de una frase, en el relampagueo de un epíteto, o en la nobleza de un vocablo añejo. A la conclusión de tal rasgo, al final de tal cláusula, se adivina el grito de orgulloso júbilo del artista que ha llegado a hacer lo que quería y está contento del dios que alienta en él. Un libro suyo se puede abrir por cualquier parte, con la certeza de encontrar alguna cosa bella, original o curiosa; una palabra primorosamente puesta, un decir admirablemente burilado, o un donoso atrevimiento de dicción, o un gallardo y personal arranque del estilo. Cualquier pasaje de sus obras tiene, en su mérito y rareza formales, un valor independiente del conjunto y bastante para interesar y deleitar por sí solo; como el capricho ornamental que, aun sin representación alguna de ideas ni de cosas reales, es embeleso de los ojos en los relieves de un friso, en la cineladura de una copa o en la orla de un manto.

Poseyó, entre sus más señaladas excelencias, el don de describir, y arrancó de las entrañas del idioma cuantos caudales de color, de luz y de plástica energía guardaba él en sus más recónditos y olvidados tesoros, para reencarnar en palabras pintorescas las cosas materiales. En pintar la beldad de la mujer era prolijo y primoso. Rica galería de este género despliega, multiplicando las variantes y contraponiendo los rasgos y las tintas, en el tratado sobre la **Belleza**, donde su pincel moroso y sensual se detiene, ya en las clásicas Helenas y Frynes, ya en las aéreas Mornas y Galvinas ossiánicas, ya en las lánguidas Zizis, Nardinias y Delises del harén. Otro alarde de esta misma habilidad hizo, en los **Capítulos** agregados a Cervantes, con la pintura de las damas que rivalizan en el baile de doña Engracia de Borja.

Para accesorios de sus animadas figuras, o bien por simple ostentación de su poder de describir, tomó de lo esplendente, de lo magnífico, de lo santuario, temas de descripción, sin más trascendencia ni sentido que el del puro reflejo de la apariencia bella, pero tratados con admirable triunfo de la palabra pictórica. Así, en la aventura del puente de Mantible, en la parodia cervantesca, la enumeración de los tributos que impone de portazgo el tirano Galafre, sirve de pretexto para lucir toda suerte de bizarrias de lenguaje y de color, en la descripción de vasos, colgaduras, alhajas y caballos. De este animal predilecto de pintores sintió Montalvo vivamente la hermosura y el brío: pocas veces las líneas ondulantes, la noble y altiva expresión, la rítmica energía, del generoso bruto, se habrán trocado en palabras como

cuando él lo pinta, ya en el torneo del castillo a que hizo asistir a Don Quijote, ya arrebatado por el huracán de las batallas, en la carga de Junín. Y fué incomparable paisajista: tuvo de la naturaleza, no únicamente la visión sensual, sino el íntimo y delicado sentimiento, y se singularizó, en esta parte, por cierto género de tablitas de égloga o idilio, pero llenas de fragante verdad: floridas márgenes, rincones nemorosos, jardines como los de Academo, que describió en el **Banquete de Platón**, y grutas como la de los coloquios de Numa con la Ninfa, que pintó de modo que parece exhalar realmente del ilusorio círculo de imágenes la bocanada de frescor y de aroma.

Este pincel de cuadros edénicos es el mismo que dominaba, si era oportuno, la rudeza y humildad del pormenor realista, ya deleitándose, con la morosidad de las pinturas flamencas, en la abundancia del comedor y del mercado; ya bosquejando, como en un apunte para nuevas geórgicas, la escena del ordeño en la dehesa. Y es el mismo también en cuyos trazos ardía el fuego del pintor de batallas: nunca en nuestra lengua hubo prosa tan henchida del soplo de la guerra, tan vibrante con el son de clarines y tambores, tan colorida por el flamear de las banderas y el relucir de las armas, como la de aquellos bélicos cuadros de **Los Héroes de la Emancipación**. Allí el aliento de la lírica heroica se infunde, sin perder su eficacia, en la amplitud del ritmo prosaico, y exalta hasta los más pujantes vuelos de la estrofa rasgos como los que reproducen la actividad de Bolívar en el mando, el ímpetu de Roves en el acometimiento y la grandeza de Ricaurte en el sacrificio.

De la misma raíz de producción artificiosa y reflexiva, que da la escogida flor de sus bellezas, vienen los peculiares defectos de esa prosa, no difíciles de percibir. En ocasiones aparece la retórica aliñada y compuesta como en producción de certamen, con los recursos **clásicos** y el orden convencional que ajusta frases, giros y figuras, cual escuadrón dispuesto por sus hileras. Otras veces, es la persecución desconcertada del efecto violento, en la parte sentimental o en el color: el énfasis declamatorio, la barroca mezcla de tintas, el esfuerzo patético que produce aquel "son de cuerdas tirantes", de que hablaba Taine a propósito de ciertas páginas de Dickens. Véanse, para ejemplo de estas deformaciones del sentimiento y la expresión, las cartas de los dos naturalistas reñidos por el descubrimiento del aimatocare, que se incluyen en el tratado **De la Nobleza**, o la imprecación al cadáver de Girardot, en el de **Los Héroes de la Emancipación Hispanoamericana**. Y, sin embargo, no pocas veces alcanzó Montalvo, no ya el gusto de la riqueza, que ese le tuvo a cada paso, sino aún la escogida y sobria sencillez y la naturalidad diamantina: aquellas que podrían ser loadas en los términos con que él dijo maravillosamente, por boca de su reencarnado Don Quijote, la alabanza del agua, "inocencia de la naturaleza".

En los buenos y en los malos momentos, su prosa es personalísima. Lo es a pesar de que leyó inmensamente y escribió con infinitas reminiscencias. Por esta apropiación de las lecturas en el torrente de la concepción personal, su modo de componer no se diferencia del de

los prosistas y poetas del Renacimiento, en quienes, frente al inagotable botín de la riqueza de los clásicos, el descubrimiento era invención, por la energía de entusiasmo y maravilla que entrañaba, y la memoria, facultad creadora, transfigurándose al confundirse y fluir, en abrazo indisoluble, con la obra espontánea de la fantasía. Entre las junturas de tanta pieza de mosaico como comprende esa extensa labor de polígrafo, corre, enlazándolo y vivificándolo todo, una energía asimiladora y libérrima, que basta para sacar a plena luz el ser individual del escritor y para estampar, con rasgos indelebiles, su sentimiento de la vida y de las cosas. Esta es la magia del estilo; ésta es la eficacia de la expresión verdaderamente propia. Pocos escritores hay que, analizados en la abstracta entidad de sus ideas, rindan al análisis tan escaso residuo personal, y pocos hay también que, tomados en conjunto y en vivo, tengan un sello de personalidad tan claro y resistente. Leído una vez, en una sola página, Montalvo, ya no se despinta su carácter de escritor, y basta que diez líneas suyas pasen de nuevo bajo nuestros ojos para obligarnos a decir: "Este es Montalvo".

Si la grandeza y personalidad del escritor se levantan así sobre toda salvedad, hay más lugar a reservas y distingos cuando se le juzga en la condición de pensador. ¿Fue pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición, más esencial, de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio o como arena de una justa: faltóle aquel pertinaz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más entrañado y secreto; con que se la apura y exprime hasta verla soltar su más espesa substancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas: hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante, a que aplicamos el nombre de **luchador**. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala, o se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte.

No se representa bien a Montalvo quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y franca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de malandrines y follones. Tocando a esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo, que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad. Jactábase él mismo, alguna vez, del poder con que había sido dotado, "de castigar, ya que no de corregir, a los perversos". Túvolo, en verdad; y fué su numen de los que, de tiempo en tiempo, envía a la tierra la Némesis de las medidas inviolables, para ejercer, en la conciencia de los hombres, la jurisdicción de la vindicta. No eran el blanco de su preferencia las culpas contra que basta sonreír; ni el procedimiento de su gusto, la intención que se emboza en los pliegues

del acento irónico. Descubierta el jayán, pillado el belitre, arremetía de frente y buscando el centro del pecho, y no había caso en que menos fallara aquella portentosa ciencia del idioma que tratándose de encontrar el vocablo que exprimiera, con más neta precisión, el grado de la infamia o la especie de la villanía. Aun cuando disertaba de arte, de ciencia o de literatura; aun cuando más absorto parece en la labor de atañía de su estilo, suele suceder que la asociación de las ideas le trae de pronto la ocasión de señalar a un bellaco o de sacar a la vergüenza alguna injusticia clamorosa; y entonces, de entre los medidos escarceos de aquella prosa gallarda, brota, sin hurtarle el primor, el golpe instantáneo e infalible, como del cincelado puñal de Benvenuto el relámpago portador de la muerte... Mal hice si lo comparé con el artífice-bravo; fuera menester buscar el nombre del artífice-paladín; pero quede la comparación hasta donde signifique el parecido consorcio de una acometividad de primitivo con el más puro y religioso instinto de arte. Y como la difusión y perennidad de lo que el arte unge con su luz aseguran la difusión y perennidad del castigo para el malvado a quien, de otra suerte, escudaría la pequeñez de su escenario en el mundo, pero a quien se condena a inmortal crucifixión en la cruz de la palabra bella, Montalvo, el artista y el honrado, levanta en los puntos de la pluma a su vecino el traficante, el cortesano o el difamador, y con su propio nombre, le fuerza a que desempeñe su papel, o a que se le recuerde por analogía, en la obra de entretenimiento que está trabajando para que dure. Así, en los capítulos de la parodia cervantesca, Don Quijote, tropieza cierta ocasión con un ahorcado, y este ahorcado es Ignacio Veintemilla. Así, en el episodio de "Eutropio", del ensayo sobre **El Genio**, y en el **Banquete de Xenofonte**, y en muchas partes más, otros nombres reales comparecen, ya en la integridad de sus letras, ya muy tenuemente velados, y todos con puntual y terrible oportunidad. Este es fuero de artistas vengadores, que instituyó el más grande de ellos, señalando el lugar de sus contemporáneos en los círculos del eterno dolor, y que usó también Miguel Angel cuando puso a los réprobos del **Jucio Final** el semblante de sus enemigos.

Y, sin embargo, como es frecuente que suceda en estas conciencias procelosas, había en lo hondo de la de Montalvo veneros inexhaustos de simpatía, de benevolencia y de piedad; entre las asperezas de aquella alma desgarrada por pasiones volcánicas, arroyos de leche y miel, vallecillos de beato sosiego, que prestan sombra y frescura a no pocos pasajes de su obra, donde, en cerco de amargor y energía, las mansedumbres parecen cobrar más suave encanto, como el panal que creció en la boca del león. Y en estos remansos de la obra, suelen reflejar sus imágenes candidas, sueños de pureza y amor, bendiciones como de plegaria, delicadezas y ternuras de su sensibilidad moral, que dejan comprender con cuánta verdad dijo de sí propio: "Un tigre para los perversos, para los buenos siempre he abrigado corazón de madre". En ocasiones, la misma imprecación fulminadora brota de sus labios penetrada de una como ternura sacerdotal, de uno como amor querrelloso, que, ablandándola el son, la hacen más excelsa y solemne. "¡Gabriel!—clamaba una vez, en lo más recio de su guerra

con García Moreno.— Gabriel! Nombre de ángel, nombre que el Señor pronuncia cuando quiere llamar a su preferido. . ."

Sazón de sus cóleras como de sus apaciguamientos fueron también las sales de la comicidad. Tuvo el don de reír, y le tuvo de cepa puramente española, como todas las partes de su ingenio, y diversificado en la más rica gama: desde la risa vengadora y mortal, hasta la de inocente regocijo; y desde la sonrisa que punza, y la que compone con una lágrima el agriluce de la melancolía, hasta aquella otra, más vaga y persistente, que significa sólo salud de alma y vigilante apercebimiento del gusto. Porque, además del reír accidental y concreto, su obra entera está acordada a un tono de donaire, de desenfado y jovialidad, que es como un continuo sonreír, a través del cual se filtra la expresión y sale unguida de gracia. Páginas de donde falte ese espíritu, cediendo el paso a una austera gravedad, pocas tiene Montalvo. Cierta vena de gracejo y malicia es elemento que se nos figura indispensable, hasta con relación a los procedimientos y el arte de su estilo. Aquella prosa tan raramente trabajada, tan compuesta y artificiosa, tan pregonera de singularidades y arcaísmos, escollaría, a menudo, en apariencia afectada y pedantesca, si no llevara dentro de sí propia el correctivo, con este mordicante de la gracia, que disipa el sabor de fatuidad retórica, y por el que parece que los mismos amaneamientos y violencias del estilo están puestos allí con *mica salis*, como en la alegre petulancia de un juego.

Otro carácter esencial de su literatura, porque lo fué también de su persona y de su vida, es el tono de nobleza y superioridad. Ese perenne agitador contra autoridades falsas y pequeñas, tuvo el profundo sentimiento de las verdaderas y grandes. Liberal, hasta donde alcanza lo noble del sentido; demagogo ni plebeyo, nunca. En calidad de ideas, como en temple de ánimo, como en gustos de estilo, caballero de punta en blanco. Amó la libertad con el amor del corazón orientado a la justicia y de la inteligencia prendada de un orden; jamás con la pasión livida y astrosa del que padece hambre de lo que concedieron a los otros la naturaleza o la fortuna. En infinitas partes de su obra se siente vibrar hacia abajo el menosprecio por las que él graduaba, en medida de dignidad y gentileza, de "almas de marca menor". Repugnábale particularmente la ruindad del libelista, del pícaro de pluma, del villano borroneador que unta en babas de la plebe estos generosos moldes en que consagraron el bautismo de nuestra cultura los Stéfanos, Manucios y Elzevirios. Una vez escribió: "La imprenta, esa matrona romana. . ." Y su natural aristocrático se manifiesta con un sello muy español, muy proveniente de las raíces de la sangre. Cierta entono hidalguesco, cierto ritmo y alarde de castiza altivez, parecen dibujar, en derredor de su persona, la rozagante anchura de la capa. La inmortalidad no ha apodado el *Don* a su nombre, porque es complementario y característico de él. Don Juan Montalvo ha de decirse siempre, y nunca Juan Montalvo. El *Don*, antepuesto a modernos nombres famosos suena ordinariamente a señal de desestima; y así, ¿quién, sin intención de rebajar, diría don Domingo Sarmiento o don Gustavo Bécquer? Pero él recobra, en labios de la fama, su

condición original de título de dignidad, cuando, por cierto temple señorial de la persona ilustre o ciertas peculiares condiciones de su espíritu, cae el **Don** sobre el nombre con la oportunidad de un rasgo de carácter. Nadie lo suprimiría, sin mal tino, al nombrar a ese otro don Juan de noble alcurnia, que se llamó don Juan Valera. Nuestro don Juan ecuatoriano, mucho más recia y andantescamente caballero que aquel sofista delicioso, en la parte grave de la vida, fué, tanto como él, hombre entendedor del vivir bello y regalado, artista en la sensualidad, según lo acreditan desde sus pinturas de mujeres, trazadas con delectación morosa, en cuadros de salacidad a lo Boucher, hasta aquellas descripciones de manjares y primores de la mesa rica, donde puso la pericial prolijidad de un magnate razonador del paladar goloso, como don Enrique de Villena.

Si, juzgado dentro del ambiente social contra que reaccionó, fué Montalvo un radical y un rebelde, nos lo parece mucho menos cuando le consideramos en relación al modo de pensar que, en su propio tiempo, prevalecía allí donde llegaban sin obstáculo las corrientes del mundo. Su propaganda liberal, más que difundir ideas que labrasen en las creencias y los sentimientos religiosos, se dirigió a fulminar la realidad viva y concreta de la intolerancia erigida en fuerza política. No fué Montalvo, en el sentido en que lo fué Bilbao, un revolucionario de las ideas, venido a remover en sus mismos fundamentos la conciencia de una generación, franqueando el paso a filosofías de abierta independencia. Montalvo, más que en la doctrina, más que en el dogma, que nunca combatió de frente, se encarnizó en el hecho de la degeneración de la piedad, como sustentáculo de tiranía y como máscara social de vicios y de bajas pasiones; y no sólo dejó a salvo, en su tradicional integridad, la fe religiosa, sino que, en mucha parte, desarrolló su propaganda en son de vindicta y desagravio por la pureza de esa fe. Porque, con cierta vaguedad y libre arranque que le tuvieron siempre fuera de confesión determinada, era creyente y cristiano; nunca ultrapasó los límites de aquel inocente liberalismo que se complace, en nuestros padres, con la propia calificación de **católico**, y sentía con intenso fervor la religiosidad y la moral evangélicas, que más de una vez fijó su pluma en rasgos de indeleble unción. Su concepto del clérigo ideal le inspiró el episodio de **El Cura de Santa Engracia**, que recuerda a Monseñor Bienvenido, o al Fra-Cristóforo de Manzoni. Nada tan penetrado del sentimiento de la autoridad sacerdotal, como la comparación, desenvuelta en alguno de los **Siete Tratados**, de la palabra del ministro de Dios con el agua que satisface las ansias del sediento. Ese Anticristo, escándalo de sacristanes y beatas, era en realidad un alma profundamente religiosa.

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnados de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida

moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado a ser íntimos con él, cualquiera página suya trae, aún independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de consuelo, como el son de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre, más que en la palabra. Hay autores que a sus prestigios y excelencias de orden literario, reúnen un no aprendido don magistral con que instituir la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría de alma, el temple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego o de una iniciación religiosa. Es de aquellos a quienes puede decirse: "Armame caballero". Tuvo, entre los rasgos que más definen su carácter, la admiración franca y ferviente; el alma abierta a la comprensión plena, entrañable, de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo hermoso: en la naturaleza y en el arte; en las cosas del pensamiento como en las de la acción; en el alma de los hombres como en el genio e historia de las sociedades. Era un radical optimista por la constancia de su fe en aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia, belleza; aunque, frente al espectáculo de la realidad, le tentara, a menudo, aquel pesimismo transitorio que es como el lamento de esa misma fe, desgarrada por el áspero contacto del mundo. "Un perverso para cada diez hombres, mucho honor para el género humano". Su potestad satírica, su profética fuerza de maldecir y fulminar, no eran sino como el aspecto negativo de esa virtud de admiración y de amor que fluía, en hirvientes olas, de su alma. Con igual apasionado impulso ensalza a Napoleón el grande y deprime a Napoleón el chico. El sentimiento de la naturaleza era en él tierno y respetuoso. Idea inspirada, y de genuino cuño quijotesco, es la que, en los *Capítulos* agregados a Cervantes, le lleva a hacer intervenir la activa piedad del caballero en defensa de los árboles heridos por el hacha del leñador. Al comentario y juicio de las obras del arte llegaba con esa a modo de inspiración refleja: con esa lúcida y enamorada simpatía, que participa del estremecimiento y la virtualidad de la creación. Así acertó a reproducir el alma de los colores y las notas hablando de la *Transfiguración* de Rafael, de *La Flauta Encantada* de Mozart, de la sinfonía de *El Océano* de Rubinstein. Así glorificó, en admirables loas, a Byron, a Castelar, a Victor Hugo. Puso en esta crítica lírica la exaltación del verbo pindárico, y expresó elocuentemente su manera de entender el juicio y el sentido de lo bello, con aquel amplio y generoso concepto de la crítica que, en una página de su parodia del *Quijote*, puso en labios de don Prudencio Santiváñez, en discusión con el marqués de Huagra-Luigsa.

Como realización de belleza, como obra de estilo, que es el aspecto principal en ella, la literatura de Montalvo ofrece, en su conjunto,

un carácter difícil de comparar y definir. Los símiles comunes, que parten de la simplicidad de una idea de fuerza o de gracia, son por igual insuficientes para sugerir aquel carácter. No es la espontaneidad desordenada e indómita de la selva virgen; la abrupta irregularidad de la montaña enorme. No es la prosa de Sarmiento, sin proporción ni vigilancia de sí misma. Pero no es tampoco el jardín de Italia o de Grecia, la indeficiente sobriedad, el constante imperio de lo gracioso y de lo suave, el simple marco de plátanos y olivos del diálogo platónico. Para buscar a tan personal estilo imagen propia sería necesario figurarse una selva del trópico ordenada y semidomada por brazo de algún Hércules desbrozador de bosques primitivos; una selva donde no sé qué jardinería sobrehumana redujese a ritmo lineal y estupendo concierto la abundancia viciosa y el ímpetu bravío; o bien una montaña recortada en formas regulares, una montaña como aquella que, en tiempos de Alejandro, Dinócrates soñó esculpida para monumento del conquistador.— ¡El Cotopaxi!... ¿Por qué recuerdo ahora al Cotopaxi?— ¿No está él allí, junto a la línea equinoccial, cerca de donde Montalvo vino al mundo, y no ofrece en sí mismo la representación de lo que quiero decir? El Cotopaxi es un primor colosal, un alarde arquitectónico de la montaña. Sobre sumiso acompañamiento de cumbres, levanta el éter la maravilla de su forma un inmenso cono truncado, de tal perfección como si fuese obra de compás; y revisitiéndolo perennemente de diamante, inmaculada nieve dibuja, en el azul intenso del cielo ecuatorial, la pureza de aquellas líneas sublimes. Acaso la singularidad de esta imagen excitó en el contemplativo espíritu del niño un primer sentimiento de la norma de belleza, a un tiempo regular y atrevida, que el hombre había de fijar al arte de su estilo; pocas veces, como en esa montaña y esta prosa, se ajustó a tan precliosos números lo grande.

VII

La encantada labor literaria con que endulzaba el tedio de la proscrición en su pobre refugio de aldea, no era engañoso sueño que apartase del pensamiento de Montalvo la sombra de la tiranía. Cuantas veces tuvo ocasión, desde aquella misma soledad o en sus breves salidas a centros más poblados, hizo resonar la palabra que le evocase, eruido e implacable, en la memoria del tirano; alentador y tutelar, en la de su pueblo. El continuaba personificando las protestas, él las esperanzas de la libertad.

En la ciudad del Istmo dió a la imprenta, en octubre de 1874, el opúsculo *La Dictadura perpetua*, donde replica al periódico *Star and Herald*, que abogaba por la reelección de García Moreno. Allí se reabre, con impaciente y nerviosa brevedad, el proceso de la tiranía; allí se sostiene que conspirar es deber, contra el déspota que "dividió al pueblo ecuatoriano en tres partes iguales, y la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre". Rasgos de éstos quedan como en acero, entre las marchiteces de la entonación decla-

matoria. "El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano".

Esta elocuente invectiva resonaba en momentos en que había de tener tremenda eficacia. Aproximábase la hora del término legal del gobierno y de la reelección indisputable. El largo silencio, la reforzada paz, concentraban en la cavilación de los indómitos la energía estrechada con el cansancio y la adaptación del mayor número. La juventud que abría los ojos en los claustros universitarios era nueva y virgen conciencia donde imprimía sus imágenes el espectáculo de la opresión. Todo concurría a presagiar el arrebató extremo y febril. Sin carteles en los pilares, la sugestión anónima tentaba el ánimo de Bruto. En la tarde del 16 de agosto de 1875, cuatro conjurados, entre ellos un estudiante de la Universidad, aguardaban, dentro del propio palacio del gobierno, el paso del déspota. Cayó atravesado de bala y de puñal, tñendo con sangre de sus venas las hojas del mensaje en que venía de escribir la ratificación de su programa.

Crimen heroicamente inspirado, pero inútil, como casi todos los de esta especie, y más que inútil, funesto. Pronto se había de ver que, después de la terrible violencia, no ganaría la causa de la libertad, y perderían la de la civilización, la del orden, la de la formación de la patria. Montalvo, participando de un extravío que ennoblecen, ya que no legitiman, los extremos del dolor patriótico y de la indignación humana, recibió la noticia en su amargo destierro, y escribió, con mezcla de júbilo y soberbia: "Mía es la gloria; mi pluma lo mató". Luego, anhelando por avivar con su aliento la vindicada libertad, volvió a la patria, de la que le alejaron siete mortales años de obscuridad y abandono. El voto popular había llevado a la presidencia a Borrero, hombre de prestigios cívicos y que gozaba reputación de liberal. Desde que él subió al gobierno, se aflojaron un tanto los procedimientos y las formas; pero quedaba en pie la Constitución que García Moreno había modelado en su delirante fanatismo: aquella teocrática constitución de 1869, que negaba el derecho de ciudadanía a los que no se declarasen católicos, y lo suspendía a los afiliados a sociedades prohibidas por la Iglesia. Instado por la opinión liberal a provocar la reforma de esa Constitución, bajo cuyo imperio era legalidad la intolerancia, extranjería el pensar por cuenta propia, Borrero lo resistió obstinadamente, y la reforma constitucional vino así a ser el símbolo de una oposición que pronto reboseó en inquietud revolucionaria. A esta oposición contribuyó Montalvo eficazmente con la propaganda de **El Regenerador**.

No había transcurrido un año de la presidencia de Borrero cuando la revolución liberal cundía desde las costas del Pacífico hasta las faldas del Pichincha. Se pronunció el movimiento en Guayaquil, el 8 de septiembre de 1876, y tuvo por jefe al general don Ignacio Veintemilla. La personalidad vulgar y siniestra de ese hombre, bien diseñada ya por aquel tiempo,—según se desprende de las propias **Catilinarias** de Montalvo,—podría justificar la inculpación que se hiciese a los liberales, de haber buscado o aceptado en él un instrumento de regeneración,

si no fuesen tan frecuentes en las angustiosas crisis de estos pueblos, y tan humanas al fin, ese género de transacciones que olvidan o disculpan los antecedentes sombríos de un caudillo, cuando tiene en sus manos la fuerza con que dar impulso a una reacción y levanta por bandera el propósito de consumarla. Triunfante aquella revolución, generosa y justa en sus orígenes, y llegado Veintemilla al poder, no tardó el desengaño para los amigos de la libertad que se habían agrupado en torno suyo y que le vieron desembozar, desde su encumbramiento, una ambición grosera y torpe, ajena a toda mira superior y a todo estímulo ideal. Ese desengaño tronó por boca de Montalvo. De él fué, esta vez como siempre, la más altiva palabra de acusación y de protesta. En 1878 lanzaba desde Ambato su opúsculo **La peor de las revoluciones**, donde fustigaba la suspicaz obsesión del gobernante ocupado en fingir, o magnificar, tenebrosas conjuras, que cohonestasen sus abusos de autoridad y sus alardes de fuerza. No demoraron en llegar a la persona del acusador tales excesos: el primer liberal desterrado por Veintemilla fué Montalvo.

Al gobierno reaccionario y despótico, pero inteligente y sabedor de sus rumbos, que se personificó en García Moreno, sucede así, tras breve interregno, el personalismo sin ideas ni orden, que representa Veintemilla. Esta brutal dominación soldadesca, no tiene un rasgo que la realce, ni siquiera que la diferencie, dentro de las más bajas formas del despotismo militar que ha sido el más frecuente remate de las convulsiones de la demagogia hispanoamericana. Es la vulgar historia del audaz improvisado, a quien la aventura del motín, u otra complicidad de la fortuna, franquean el camino de una prepotencia personal, más o menos azarosa y efímera, más o menos sanguinaria y rapaz, que suele disfrazarse, como en este caso, con la grotesca máscara de un liberalismo histriónico y alborotador. Las prescripciones a lo Sila despejaron el campo para mayores desafueros. El amordazamiento de la prensa; el atropello de la cátedra; el látigo azotando en la prisión las espaldas de periodistas y estudiantes; muertes que dejan dudas y sombras de veneno; y para pagar la perpetua orgía de cuartel, las exacciones y el despilfarro de las rentas públicas, mientras se desmorona, en la incuria y el desorden, la obra de organización con que atenuara las culpas de su férreo despotismo el gobernante clerical. Así se definió en breve tiempo ese régimen de barbarie afrentosa, que había de caer cinco años más tarde, vencido por sus propios excesos más que por las armas de otra revolución, después de haber renunciado a la apariencia de la legalidad proclamando la dictadura, y de haber puesto el colmo a sus rapiñas y violencias con el saqueo de un banco de Guayaquil, a la luz del mediodía, por los soldados del Ejército. Montalvo, refugiado en Panamá, asilo y tribuna tantas veces del liberalismo ecuatoriano, preparaba allí el arco de su palabra vengadora.

Panamá vió nacer las **Catilinarias**. Desde que esta obra salió a luz, hubo, para Veintemilla, América y posteridad que le mirasen. Nunca gavilanes de pluma se hincaron con más despiadada fuerza en las entrañas de una tiranía y en la fuma de un tiranuelo. La prolijidad del odio no es capaz de más codicioso rebusco de afrentas; pero

el odio que allí hierve es odio santo, que ennoblece y realiza el furor del ultraje personal. Abolengo, figura, antecedentes; vicios y tachas de la vida íntima; defectos de la inteligencia y de la educación; crímenes de la vida pública, puntualizados en cuanto a la opresión, en cuanto a la felonía, en cuanto al asesinato, en cuanto al robo; nada de lo del déspota escapa a la terrible inquisición que lleva adelante la pluma; todo él cuelga a lo largo de ese libro, como de una horca, desgarrado y sangriento con los colmillazos de la sátira. Burla, sarcasmo, execración, infunden alternativamente su soplo a una retórica que, por lo demás, no pierde, ni un momento, la dignidad del ritmo oratorio. Quieren las condiciones a que ha debido adaptarse la obra de la inteligencia en los pueblos de América, que algunas de las cosas mejores de la literatura americana tengan originariamente el carácter de panfletos políticos, y que debajo de estas formas transitorias hayan alentado inspiraciones de pensamiento y de arte, de ésas que en un ambiente de cultura adulta florecen en su forma propia y cabal. Así, el **Facundo** es el panfleto que participa de la índole de la historia pintoresca y de la filosofía de la historia; las **Catilinarias** son el panfleto que vincula su naturaleza con la de la obra de estilo y de clásica literatura. Esa prosa, como el verso de los **Yambos** de Barbier y de los **Castigos** de Víctor Hugo, exprime el zumo mortal en copa cincelada con el primor de un monje orífice; saca de belleza, energía, y cual si anhelase hacer sobrevivir el contagioso ardor de su pasión al tiempo que serena los odios, pide, para el odio suyo, a la magia de la forma, la fianza de la inmortalidad.

VIII

Consumado ese desquite, quiso Montalvo continuar en Europa su destierro. Allí le llevaban no sólo la natural gravitación de su espíritu y la perspectiva de larga expatriación, sino también el propósito de extender y realzar a una sanción definitiva su fama literaria. Con él iba el manuscrito de los **Siete Tratados**, su obra más característica y soberbia, y la que debía, en efecto, producir el acrecentamiento de su nombre. Llegado a Francia, dió a imprimir el libro en Besanzón. Con cuánta sollicitud y cuánto anheló cuidó de él mientras lo imprimían, se ve por el comentario que de los afanes de la impresión hizo en graciosas notas. Publicado el libro en 1882, y llevándolo como de heraldo, se trasladó a Madrid, de donde le sonreía la esperanza del triunfo.

Allí frecuentó por algún tiempo la sociedad literaria, en la que fué su introductor Emilio Castelar. Confirmó admiraciones y simpatías por autores cultivados de lejos; decepcionóle el carácter real de otros, y no faltó ocasión en que su natural altivez de Inca de las letras, nacido en los contornos de la corte de Atahualpa, se encrespase con la acogida displicente de algún ilustre infanzón de la pedantería. En lo verdaderamente alto, halló quienes le hicieran justicia cabal. Leopoldo Alas habló de él con franco homenaje, y don Juan Valera túvole siempre en singular predilección, inclinándose a señalarle el

más encumbrado puesto entre cuantos, en verso o prosa, habían escrito en América hasta entonces. El triunfo inmediato de su libro no fué, con todo, tan extenso ni intenso como hubiera sido justo esperar de aquel soberano esfuerzo aplicado a devolver su integridad y resplandor a los tesoros de la lengua. Para privar en ciertos círculos y merecer ciertas sanciones, dañó, sin duda, a Montalvo la libre condición de sus ideas, que aún solía ser allí **capitis diminutio** para los tribunales de la literatura oficial. En suma, de las impresiones de este viaje pareció quedar en el fondo de su espíritu cierto dejo de acritud y desengaño.

Volvió a París, donde permaneció hasta su muerte. A poco de su vuelta, hubo de recoger el arco vengador de **El Cosmopolita** y las **Castilianarias** para poner en blanco un dardo de los suyos. Fué el caso que el Arzobispo Ordóñez, de Quito, escribió, con motivo de los **Siete Tratados**, toda una Pastoral, en la que señalaba a la execración de los creyentes al libro y al autor. La censura era, por la forma, impertinente y grosera; y desde luego, el hecho de que obra que hoy nos parece de tan inofensiva amenidad suscitase de la intolerancia tal movimiento de escándalo, basta para dar idea de un estado social. Montalvo sintió el agravio en su altivez, y la indignación en su conciencia de libre pensador y ciudadano; y de entramos sentimientos tomó impulso la **Mercurial Eclasiástica**, o el **Libro de las verdades**, violentísima réplica, de donde la persona del provocador sale tan duramente tundida como, en general el clero de su tiempo, y donde hay rasgos magistrales para satirizar la devoción viciosa y simoniaca y la apocada y servil.

No fué ésa la última de sus publicaciones. Volviendo a la idea que le había inspirado **El Cosmopolita**, comenzó a dar, en 1887, **El Espectador**, nuevo ensayo de revista unipersonal, como la de Addison, de que alcanzó a imprimir, hasa poco antes de su muerte, unos seis números, en otros tantos primorosos tomitos (don Juan gustó siempre de la pulcritud y acicalamiento tipográficos), alternando en sus páginas los juicios de literatura, el comentario de actualidades sociales y políticas, las disertaciones sobre costumbres y legislación y las variedades amenas. De Addison pudo tomar para tal obra el nombre y el plan; no, ciertamente, el carácter, que en nuestro impetuoso y brillante americano tiene poquísimo de aquella estrecha rigidez moral y aquel perpetuo comedimiento de corte, del ensayista del primitivo **Espectador**. El estilo es, en estos opúsculos, más abandonado y corriente que en los demás escritos de Montalvo; el valor e interés del fondo, muy desigual, como de obra, al fin, que participa de la naturaleza y condición del periodismo.

Entre sus papeles inéditos se halló, después de su muerte, un opúsculo, o quizá esbozo de libro de más aliento: la **Geometría Moral**, dada a la estampa en 1902. El motivo que enlaza las varias partes de este capricho es la ingeniosa interpretación de las líneas y figuras geométricas como símbolos de caracteres y pasiones: allí el alma de Napoleón es el cuadrado, el triángulo la de César, el círculo la de Petrarca. Sobre el fondo de estos sutiles alambicamientos, que paran

en la más donosa y pintoresca de las filosofías eróticas, pone Montalvo la novela de un seductor irresistible, a quien llama don Juan de Flor: nuevo y exacerbado Tenorio añadido a la incontable posteridad literaria del Burlador de Sevilla, con gran prestigio de la imaginación, aunque con menos de carácter real que de prototipo hiperbólico y tremendo. Citanse, además, del tiempo de su juventud, ensayos dramáticos que no he visto; como tampoco un poema de viajes, a imitación de *Childe-Herold*, que bosquejó cuando sus primeras peregrinaciones por Europa.

En cuanto a su vida de estos últimos años, muy poco más es lo que sé. De la política de su país tóvose por definitivamente apartado, y nunca llegó a ver lucir en él el franco albor de libertad y organización por que anhelaba en vano desde la juventud. Un movimiento revolucionario para el que aunaron sus fuerzas liberales y conservadoras, había derribado, en 1883, la afrentosa dictadura de Veintemilla. Durante los dos gobiernos que, en vida de Montalvo, la sucedieron, si bien el ejercicio de la autoridad guardó mayor decoro y mejoró el orden de la administración, no llevó trazas de desarraigarse aquella lepra de intolerancia y apocamiento clerical que era allí el mal congénito de la patria. No sé si bajo el gobierno de Caamaño, o bajo el de Antonio Flores, fué electo Montalvo senador; pero ni aceptó esa investidura, ni le tentó en ninguna otra ocasión el pensamiento de la vuelta. Y no porque la vida del destierro tuviera para él ventajas de bienestar, ni halagos de especie menos alta que los que cabe suponer en la adaptación de su espíritu a un ambiente superior de cultura. Vivía pobre y con escasos amigos. Sólo las gracias invisibles llevaban risa y embeleso a aquella callada habitación de la Rue Cardinet. Aún en el oasis del arte, hubo de sentirse, a menudo, extraño y solo. Su propensión apasionadamente idealista, su gusto clásico y selecto, le apartaban con todas las fuerzas de su alma, del naturalismo literario, que estaba en su triunfal plenitud. Abominó, como cualquier otra simonía, la de la fama que se aumenta siguiendo la corriente del tiempo. Tampoco recurrió, a pesar de su poca prosperidad, al producir sin alma y por oficio, que jamás conoció en su vida, una de las raras de escritor en que el uso del natural privilegio mantuvo, del primero al último día, su soberana libertad. En cambio, cualquier empeño desinteresado y andantesco halló pronta y voluntaria su pluma, espada nunca enmohecida, como cuando fué la ocasión de salir en desagravio de la mujer americana, que un papel de París trataba torpemente, comentando los matrimonios de aristócratas del Viejo Mundo con ricas herederas de América. Por este mismo tiempo, algún tiranuelo viajante, de esos que las borrascas, o los turnos, de nuestras democracias, suelen enviar a las playas de Europa en blando ostracismo de despilfarro y vanidad, quiso desplegar hacia él un ademán de Mecenas, que él contuvo apenas esbozado. En la obscuridad de aquel solitario retiro no se encendió una luz que no reverberase en la limpieza de la honra.

Sobrevino así el mes de enero de 1889. Ese invierno le postró en el lecho, dañado el pulmón con las reliquias de un mal que le aquejaron un año antes. Pronuncióse la gravedad desde luego; fué menester

operarle, y rechazando el anestésico que le proponían, afrontó con estoica impassibilidad el dolor. Estoico también para la certidumbre de su próximo fin, le vió llegar entero en el ánimo, entero en la mente—"Me siento capaz—decía a sus amigos,—de componer una elegía como nunca la hiciera en los años de mi juventud".—Cuando lució el postrero día quiso abandonar el lecho; se vistió con pulcritud y aliño, como quien espera a su enamorada o su señora, y se sentó para morir. Aún tuvo un último deseo, y fue que le rodeasen de flores.—"Un cadáver sin flores,—daba por razón de esta voluntad,—me ha entristecido siempre".—Trajéronle las pocas y lánguidas que la estación ponía al alcance de la mano; y teniéndolas consigo, espiró.

Hermoso sueño de inmortalidad es la inmortalidad de los Campos Elíseos, donde las almas bienaventuradas mantenían, como en una tierra mejor, pero no esencialmente distinta de la realidad del mundo, los rasgos característicos de su personalidad terrena y las formas de su envoltura corpórea. Allí los que dedicaron su vida a las ideas podían seguir consagrándose a tan altos amores; iluminados de nueva y más serena luz; en los bosques de laurel donde Virgilio vió, ceñidos de infulas blancas, a los poetas y los sacerdotes. ¿Qué ficción más bella que ésta para complacer a aquel nostálgico anhelo con que pensamos en las grandes almas desaparecidas cuya intimidad quisieramos penetrar, más allá de lo que nos dicen de ellas los recuerdos que dejaron y los libros que escribieron?... Interesante cosa sería encontrar, en tan amable eternidad, la sombra de Montalvo. Conservaríamos allí de la maravillosa condición y divina virtud de las palabras; de la música de su son y la arquitectura de sus ordenaciones; del placer de cuando se nos rinden y el dolor de cuando nos huyen, y del don de evocar y de hechizar que en sí tienen. Conversaríamos también de los heroísmos de la historia, de la evocación de la caballería y del amor de la libertad.

Aquel grande espíritu encarnó, según dicen los que le conocieron, en figura consonante con la realidad de su ser. Yo la represento en mi imaginación por esas noticias: la talla procerosa, relevado el pecho, enhiesto el andar, la color morena, luego el torno del rostro; la frente amplia y desembarazada, entre la perpetua rebelión del cabello, montón de negros anillos, y el ignipotente mirar de unos ojos adonde confluían los relámpagos del pensamiento y las llamaradas del ánimo. La nariz, recta y valiente, como que daba testimonio de los atributos de la voluntad; y en las comisuras de los labios, desdeñosos y finos, se posaba aquel género de amargor con que persiste en el orgullo hidalgo el dejo de la ingratitud y la bajeza del mundo.

Esta señorial imagen tiene ya, no sé si en Guayaquil o en Quito, una estatua donde perdura. Cuando, en un cercano porvenir, los pueblos hispanoamericanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá cuadros y bustos que la multipliquen en bibliotecas y universidades de América. La posteridad llamada a consagrar los

laureles de este primer siglo dirá que, entre los guías y mentores de América, pocos tan grandes como el hijo de Ambato.

1913.

HEMOS creído oportuno reproducir en este número especial de nuestra revista el incomparable estudio de Rodó sobre Montalvo, como el mejor llamamiento a América para congregarla a honrar la memoria del Cosmopolita en el centenario de su nacimiento.

Consagrado su nombre en estas páginas definitivas, coronada con esa magistral diadema su figura egregia, no es la de Montalvo una gloria local que esté por difundirse, ni su estudio un culto que esté por iniciarse.

Mucho debe el Ecuador a Rodó por ese espontáneo tributo de su admiración a Montalvo. Y aunque uno de nuestros escritores correspondió a Rodó con un estudio cabal de su obra y de sus dones de escritor y de hombre, (1), todavía debemos nosotros aunar los nombres de esos dos maestros de América como ejemplo de comprensión por encima de las fronteras.

(1) "El libro que, por su elevación y su aliento, sobresale en el nivel superior de los que ha producido la crítica más autorizada sobre el espíritu de Rodó, es el de Gonzalo Zaldumbide. Escrito en un estilo armonioso y cálido al mismo tiempo que mesurado y preciso, considera todas las ideas de Rodó y penetra en el espíritu del maestro con sagacidad no igualada por ningún otro comentarista; es como el tributo de comprensión y de análisis hecho por la tierra de Montalvo a quien supiera honrarla en el mayor de sus escritores. Juan Antonio Zubillaga dijo de su autor: "Es magistral en todo, e igualmente honesto en sus elogios y en sus objeciones, pues siempre es fundado y luminoso, sincero y justo, hondo y bello: no sé de otro que le aventaje como examen e interpretación porque considere y penetre más, ni que le supere en el arte del estilo". "Son en él sorprendentes el poder analítico en el examen y la eficacia con que demuestra las distintas fases de la realización filosófica y artística del maestro, así como el proceso psicológico de su actividad creadora".

Ariosto de González.—Del libro "Bibliografía de José Enrique Rodó", por Arturo Scarone. —1930.—Montevideo.



La ceremonia en la rue Cardinet. Unamuno—símbolo de la energía y firmeza de la raza—pronuncia su discurso, en cuyas frases cálidas y admirativas recordó su exilio y el de Montalvo.

ALOCUCION

Gonzalo Zaldumbide

Como antecedente de la fiesta intelectual con que nos proponemos celebrar el próximo aniversario centenal del nacimiento de Montalvo, creemos asimismo apropiado reproducir aquí la bella alocución que Gonzalo Zaldumbide, a su regreso de Francia, donde había promovido el mismo la colocación de la lápida conmemorativa de la residencia de Montalvo en la rue Cardinet, y la nueva edición en curso por la casa editora Garnier Freres (1), pronunció en la ciudad natal del maestro el día de su natalicio.

Lo tomamos de la revista de ese ilustre Municipio, que la hace preceder de la siguiente introducción :

La visita de Gonzalo Zaldumbide a nuestra ciudad

El ilustre diplomático y escritor ecuatoriano no sólo que ha querido, al venir a recorrer los senderos que tantas veces holló la planta del hombre extraordinario que es nuestro genio tutelar, empaparse como si dijéramos en la esencia de sus recuerdos que emanan con su olor a pátina, más vívidos y lúcidos, de las cosas que le pertenecieron, de su propia casa solariega, de sus sitios favoritos y sus rincones predilectos de meditación y ensueño; no sólo que ha querido comunicar con su sola presencia mayor esplendor y solemnidad a nuestra fiesta espiritual del 13 de Abril, sino que su cultura exquisita y su reconocida adhesión a nuestro pueblo han hecho también que se dejase oír en ella de sus admiradores más agradecidos y efusivos que son los ambateños, su palabra ática, fluida y suave, plena de simpatía por Ambato y de fervor por la gloria de sus prestigios inmortales.

(1) La Casa Garnier, 6 rue de Saints-Pères, lleva publicados ya: **El Cosmopolita**, dos tomos, prólogo de Gonzalo Zaldumbide; **Las Catilinarias**, dos tomos, prólogo de Miguel de Unamuno; **El Espectador** un tomo, prólogo de Gonzalo Zaldumbide; **El Regenerador**, dos tomos, prólogo de Francisco García Calderón; **Siete Tratados**, dos tomos, prólogo de R. Blanco Fombona; **Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**, un tomo, prólogo de Gonzalo Zaldumbide; **Mercurial Eclesiástica**, en prensa, prólogo de Gonzalo Zaldumbide.

Honramos, con especial complacencia, estas páginas, haciendo a nuestros lectores el magnífico regalo de esa pieza literaria, sencillamente admirable en la naturalidad de brote sentido, fácil y espontáneo, por más que, como indudablemente la concibió su autor, se empañara al entregarnos los originales que por aclamación pública le fueron solicitados para su conservación en la **Biblioteca de Autores Ecuatorianos**, en declarar que no la consideraba ni quisiera que la considerasen como tal, que no quería mezclar para nada el menor asomo de alarde retórico, la menor sombra de vanidad literaria en una manifestación que sólo había deseado que sea, como en el seno de la comunión más íntima de cordial familiaridad y amistosas afecciones.

La labor de Zaldumbide—considerado nada menos que como el sucesor de Rodó: uno de los mejores, si no el primero de los escritores y críticos de arte entre los nuestros sobre todo,—en los últimos tiempos, en pro de la obra y la memoria de Montalvo, ha sabido imponer con justicia las mayores simpatías y despertar los mejores entusiasmos en su ciudad nativa, por tan distinguida personalidad.

Lo ha demostrado esta vez con los esfuerzos de su I. Ayuntamiento, deseoso por lo menos de hacer en lo posible grata la corta estadía del ilustre huésped entre nosotros.

**Alocución del Exmo. Señor don Gonzalo Zaldumbide, pronunciada
al pie de la estatua de Montalvo**

Señores :

No vengo a pronunciar un discurso.

Vengo como viniera el más ignorado y anónimo de entre los admiradores innumerables de Montalvo, a participar en el cordial homenaje y el regocijo común de todo un pueblo celebrando una fecha fausta, imperecedera. Vengo a unirme a mi gente y tierra tocadas por el resplandor de júbilo con que les dora la gloria de un nombre inmortal. Ni quiero que el menor asomo de vanidad literaria venga a empañar la espontaneidad del placer que siento de hallarme entre los que comulgan en este culto que va ganando cada día más hondamente el corazón de la multitud. Esta feliz conmemoración no es alarde de letrados, es fiesta de ecuatorianos: todos somos unos en este orgullo y esta gratitud por el nombre inmenso que hinche de fe y de esperanza el pecho de la patria.

Si os dirijo la palabra no es invocando un título especial. La he pedido para agradecer a Ambato la manera cómo ha galardonado, en exceso, con su magnífico álbum, y con espléndida placa de oro que conservo como un lauro el más preciado, la pequeñísima parte que, servidor de una gloria común, pudiera atribuírseme del progreso en el conocimiento y lectura del Maestro.

Por eso he venido sin anunciarle de antemano, cuando estábais por decirlo así sentados ya al banquete de recordación, no a reclamar puesto de honor, que no me toca, sino el último cual corresponde

al que llega tarde de la familia. He venido no como el Hijo Pródigo, que tiene algo que hacerse perdonar, algo de que arrepentirse o algo que pedir, sino como el que viene de lejos y llega aunque sea a última hora, por no faltar al homenaje cuya significación importa más que su realidad.

Ni cómo volver al cabo de años a la Patria,—al cabo de tan largos años como ha durado la casi involuntaria ausencia del diplomático, que no puede es claro, ser diplomático sino afuera, pero que ha vivido siempre vuelto en espíritu a los suyos;—cómo volver y no visitar a esta ciudad y comarca privilegiadas, para mí no sólo de las más ilustres, sino, además, vinculadas con mi sentimiento de la grandeza nacional desde los albores de mi conciencia. Pues habéis de saber que los lazos espirituales que me unen con este pedazo de la patria, remontan a mi niñez. Si para todos esta es la región de los huertos paradisíacos donde el sol cuaja en mieles sutiles la savia exquisita y ubérrima y los brinda en lucientes pomos opimos, si para todos es la región de abundancia y frescor primaverales, tierra pascual que se ofrece cordial y salubre a los hombres y risueña los circunda de alegrías y flores y frutos, para mí estuvo desde la infancia representada más por sus glorias que por sus jardines.

Muertos o vivos, evocados o presentes, llenaban el ambiente de mi niñez contemplativa los nombres, las obras, las personas mismas, en fantasma familiar o realidad corpórea, de Montalvo, Cevallos, Mera, Martínez... Y puesto que mi placer es sentirme aquí como entre los míos, y puesto que no he venido solemnemente a pronunciar un discurso, sino a pasar un rato de solaz conversando con amigos nuevos, permitidme que evoque ahora recuerdos de la casa de mis padres. Así veréis cómo, para mí, estos sitios están de antiguo impregnados de alma, bañados de leyenda y poesía, tienen para mí el encanto de recuerdos no vividos pero vívidos.

Mi padre, en sus mocedades, fue de los pocos amigos predilectos de Montalvo.

Siempre que iba a Quito el Cosmopolita y aún antes de serlo por antonomasia, al hacer sus primeras armas, solía concurrir, aunque parco de palabras y de entusiasmos repentinos, a la tertulia de la casa de los Zaldumbide, la antiquísima casa de San Agustín que aún se conserva en la familia.—Eran reuniones vespertinas: se comía entonces temprano y a las cinco acudían los amigos a tomar el café que entona el ánimo, aguza la inteligencia y excita agradablemente a conversar.

Parece que Montalvo prefería escuchar a dialogar, y antes que seguir de tema en tema la volubilidad de los contertulios, se ensimismaba y esperaba más bien el momento de salir con su amigo Julio a pasear por las colinas y alrededores, a embriagarse, sin duda en silencio comunicativo y unánime, de ilimitada poesía crepuscular. Ambos eran románticos en el alma, si bien clásicos en el respeto a la cultura y a la lengua. Ambos habían de combatir luego a García Moreno;—y mi padre un poco antes que él, pero no con su constancia, continuidad y eficacia—.

Recuerda Montalvo en *El Cosmopolita*, el valiente escrito de su amigo. Años más tarde, ya no se vieron como antes: el irritable genio del proscrito había concebido ciertas soberbias desconfianzas, cobrado cierta hurañería recelosa y asombradiza, que volvía sin duda su trato intermitente y quebradizo como su humor mal conforme. Pero a la muerte de mi padre, una conmovedora, admirable carta de pésame, circulaba de mano en mano entre amigos como pieza literaria de alta valía al par que como prueba de leal recuerdo.

Otra sombra venerable, y que acaso inspira más igual y más suave simpatía, se condensa en la penumbra de mis más lejanos recuerdos.—Vi de niño,—clavado en su sillón de vaqueta, casi ciego, asomándole, bajo la manta echada sobre las piernas ya inhábiles, el pantalón colonial, de bayeta, adoptado en defensa del frío y del reuma,—al anciano Dn. Pedro Fermín Cevallos. Había sido muy asiduo en la casa de mis padres, y fui mandado por mi madre, a saludarlo cierto día. Después, la imagen del ciego preclaro, enternecido con la visión de la amistad antigua que despertaba en su memoria lúcida mi pueril visita, me hizo más grata, más personal, la lectura del *Resumen*. Aún hoy me deleita el sabor de su lenguaje de purista, la castiza elegancia de sus relatos, la sencilla amenidad de espíritu que hace de su *Historia* obra tan interesante que ninguna otra, más sabia ni más advertida, puede quitarle su característica importancia.

Historiador peculiar, guarda,—en punto curioso de observar y en expresión de singular diafanidad,—algo de la sabrosa ingenuidad de nuestro buen Padre Velasco, junto con cierta perspicacia y cautela de político inteligente que en las partes donde habla ya como testigo adquieren valor genuino, insustituible.—Gloria es esta de Ambato, que me complazco en proclamar grande entre las mayores de la patria, como si en este acto de justicia me cupiera una satisfacción casi personal.

Y luego viene don Juan León Mera, mi padrino de confirmación, cuya barba entrecana y encorvada talla se me han quedado grabadas en la memoria al par que su aspecto de bondad modesta y simple. Muchas tardes lo vi cruzar a grandes pasos sin arrogancia los corredores de mi casa materna,—la que es hoy Conservatorio Nacional de Música— y venir como a calentarse al tranquilo bienestar de sobremesa, que a mí también me retenía prendado del grato ambiente y como en suspenso de la conversación, a menudo llana y sosegada, y para mí interesantísima si versaba sobre las cosas del campo; pero a veces también encrespada de discusiones, no me acuerdo si políticas. Debieron de ser políticas porque era lo único que me ahuyentaba y me devolvía a mis juegos.

Os he dicho que era mi padrino. Y aún guardo el libro de lecturas que me dió en regalo de confirmación. Y todavía quedan en mi memoria frases de un discurso que él compuso para mí, cuando fui designado para pronunciar una alocución de distribución de premios, en la escuela primaria donde, al cantar el himno nacional, la emoción sagrada se me humanizaba sin perder su majestuosidad, porque ya sabía de quién era la letra imponente.... Y vine a Atocha adolescente, cuando aun existía el hombre bueno que la dejó sellada para

siempre con su memoria y embebida acaso de su espíritu, más de patriarca de las letras que de poeta.

Sus hijos todos pueden dar testimonio del acendrado cariño con que esa memoria alimenta nuestras relaciones al través del tiempo y de la distancia, y aún al través del olvido.

Tradicción, como veis, ya antigua, a la vez literaria y sentimental, que me ligaba espontáneamente a este rincón de Patria, y que continuó con la amistad semejante de Luis Martínez, quien también solía amenizar nuestras veladas familiares con el atractivo de su fuerte personalidad, al mismo tiempo que las agraciaba, por no citar sino a muertos, el ingenio de cuentista criollo de Eduardo Mera.

* * *

Bien rodean a la gloria de Montalvo estas glorias menores aunque grandes, que acrecientan el prestigio de esta ciudad en la Patria, en el Continente.—Justo era evocarlas aquí, en este día, para realzar el fondo de cultura tradicional, la perspectiva intelectual en que se destaca la figura dominante de Montalvo.

Y érame lícito, y oportuno, rememorar las razones de intimidad que me acercan a vosotros y hacen más espontáneo y como preestablecido mi contento de sentirme en suelo amigo y conocido. Este es así uno de los puntos del país natal en que se vuelve como más sensible y como parlante el instintivo arraigo del hombre en su tierra y donde toma sus más vivaces formas conscientes la frondosidad del sentimiento innato que recubre toda la extensión del territorio patrio.

Para ver de cerca a Montalvo y medirle en toda su magnitud, no hace falta venir hasta aquí. Su figura prevalece en su obra, visible de los cuatro puntos del horizonte latino.

De Francia lo he visto tan bien como de Italia: toda tierra de cultura es suya. Pero es quizás en España donde su valer cobra proporciones de eternidad más segura. Allí se hombra con los mayores, y alterna con los Pontífices del más alto culto de la estirpe: el del idioma.

Mientras en el mundo se hable la lengua y perdure el espíritu del Quijote, don Juan Montalvo campeará por el honor del Continente modelado a imagen y semejanza de España, uno de los más nobles troqueles de raza en que la civilización ha vertido los más insignes metales.

El gallardo discóbolo joven que lanzaba al porvenir, con ritmo acelerado y certero, los números sucesivos de **El Cosmopolita**; el alroso filósofador de los **Siete Tratados**; el arquero potente de las enherboladas **Catilinarias**; el Montalvo en fin uno y vario de su obra múltiple y única, nos pertenece; pero al mismo tiempo nos sobrepasa, nos incorpora en el concierto de las grandes fuerzas que rigen la gravitación de los espíritus en torno de un ideal de cultura y de belleza cada vez más alto y más perfecto. Es una de aquellas glorias que justifican nuestra existencia como nación en el acervo de valores que van acumulando y por el cual viven emulando todas las naciones. No es esta la ocasión de definir su obra, su espíritu ni su carácter. He ve-

nido tan sólo a recorrer sus huellas terrenas de hombre en este suelo que lo vió con naturalidad vagar como uno de sus tantos hijos sin darse cabal cuenta del milagro sino, como sucede siempre y en todas partes, cuando la consabida revelación póstuma lo fue creciendo y agigantando para la eternidad.

Si por doquiera que anduvo, dejó Montalvo su rastro a la posteridad, por aquí su sombra divaga con encanto más atrayente, nos cautiva con seducción más humana. Por estos rincones umbríos ruedan los ecos de los acentos nostálgicos con que en París, en Florencia, en Roma, así el joven soñador como el proscrito desengañado, echaba de menos la paz negada a su alma tormentosa.

Por eso quiero escuchar el murmullo de las claras linfas que le enseñaban con su deslizarse la irrestañable melancolía de las bellas cosas que pasan para no volver. Quiero ver agitarse estas frondas cuyo rumor es el mismo que Montalvo oyera, al paso del viento que siempre viene de lejos y va muy lejos y nadie sabe de donde viene ni a donde va, y no es nunca el mismo siendo siempre igual, pareciéndose en esto al destino humano, cuyo misterio sondeó Montalvo en páginas inmortales. A la música salvaje de esta naturaleza, aquel poeta prestaba oído muy atento, y en su lamento reproducía la amonestación que le dejó pensativa el alma.

Para su misma lucha bravia, fué en esta calma donde tomó aliento.

Llebadme pues a verle y a comprenderle, acercándome a sus fuentes de vida, de las que se llevó el secreto para consuelo de su vida errante.

Llebadme a conocer su quinta, a conocer su casa, cuya sencillez campestre, poéticamente contrasta con la alta alcornúa y boato de aquel príncipe de las letras.

En la modestia cabe la grandeza y el escenario vive por el drama y vale por sus personajes. Por eso, estas piedras hablan al alma. Dejadlas tales cuales fueron. El misterio de la oruga es tan inconmensurable como el misterio del universo. Y Montalvo es más grande que todos los símbolos que lo encarnan.

LA IDEOLOGIA DE MONTALVO

Compilación de
Alfredo Martínez

De "El Cosmopolita"

Libro I

1

Los hombres, en el mismo hecho de serlo, debieran de valarse unos a otros, supuesto que el padre común de todos les tiene mandado conceptuarse unos mismos y propender a su mutua felicidad.

2

La justicia no debe prescribir; pero los odios individuales, los enconos de partido, los rencores de persona a persona, ¡terminense por Dios! De lo contrario, enhilando agravio tras agravio, desquite tras desquite, venimos a forjar una cadena interminable en la cual nos enredamos, y a costas con nuestra propia obra, somos esclavos de nosotros mismos, de nuestras malas pasiones, la esclavitud que más desafortuna y envilece a la familia humana.

3

Escribamos, hablemos, levantemos el ánimo de nuestros abatidos compatriotas a mejores deseos y más honrosos pensamientos. Cumplamos los deberes de ciudadanos exigiendo la realidad de nuestros derechos, obedeciendo las leyes, llenando las obligaciones que se derivan de ellas, y procurando con el influjo de la pluma corregir las costumbres sociales, malamente estragadas en el decurso de estos años.

4

No es de nosotros alzar el velo que cubre el hogar doméstico ni seguir los pasos que no llevan a la cosa pública, ni asestar flechas, si el deber de censores y el ahinco justiciero no nos mandan dispararlas.

5

Paraíso es el amor de los hermanos, paraíso la felicidad que se labra a todo un pueblo.

6

La soledad en medio del siglo es lo que más nos vale; pues si la compañía y concurso de gente nos enseña a vivir, el aislamiento y la conversación consigo mismo nos enseñan las cosas de que más nos conviene estar actuados.

7

¡Quién nos diera ser capaces de agenciarnos con frecuencia algunos instantes saludables para este abatido cuerpo! Saludable es la bien nacida risa, dulce su imperio, y los sabios no la desdeñaron, sino es la del gremio de los necios. Las estatuas y retratos de la Hermosura por la mayor parte están sonreídas en el Vaticano. Los niños, inocentes y virtuosos por el mismo caso aun sin saberlo, ríen mucho; y la nación más culta e importante de la tierra lo hace todo riendo. ¿Hay racional en el mundo que no guste de Cervantes?

8

Si es preciso reír, riámos; si conviene llorar, lloremos. El hombre es un péndulo entre una sonrisa y una lágrima, ha dicho un gran poeta. Y estoy para creerle cuando considero que no hay ente más desigual que el hombre; tan desigual, que algunos filósofos antiguos se atrevieron a regalarle con dos almas.

9

No hay réplica tan picante como tal desprecio, dice Montaigne. Los que nos calumbian, los que nos agravian, los que nos llaman importunos eruditos, enemigos de bajo suelo han de ser e ignorantes. Si no obtuviesen de nosotros respuesta por escrito, sepan desde ahora y para siempre que les contestamos a la manera de Foción.

10

Los tontos quieren que todos lo sean; los desalumbrados se incomodan de que otros sepan algo, y se arrojan a zaherir a quienes hablan por boca de la moral y la filosofía.

11

Cosa muy diferente es la crítica de los hombres instruidos: para ellos tendremos el oído atento, y así como nos tomen en errores o descuidos, nos aprovecharemos presurosos de su sabiduría. Bondad, blandura, trato fino, dotes son de ingenios doctos y de bien formados corazones.

12

Eduquemos a la mujer, sí, eduquémosla, no según los dómynes antiguos educaban a los niños, con todo el rigor de un amo crudo, ensangrentándolos y haciéndolos nadar en lágrimas, sino con paciencia de filósofos, con cariño de padres, con bondad y mansedumbre de cristianos, sin perder de vista que ese demonio es el ente más sensitivo, más blando de condición, más fácil de levantarse y purificarse por la dulzura, como de corromperse y bastardear por la dureza.

13

Para ser madre cumplida, para inspirar al niño las afecciones que algún día le harán hombre de bien, las ideas que le harán elevado, ¿no es preciso tener en el corazón buen acopio de grandiosas afecciones, claros y justos pensamientos en la cabeza? Para ser cumplida esposa ¿no ha de estar al cabo de las obligaciones que la constituyen tal, y saber al mismo tiempo cuán preciosa es la virtud? Para ser hija obediente y acatadora de la majestad paterna, no basta ese profundo y natural obediencia con que todos nacemos; conviene tener luces sobre este eslabón sagrado por el cual pertenecemos a nuestros padres, como la criatura humana en general pertenece al Criador. . . . Si es buena hija, alimentará a su padre moribundo con la leche de sus pechos, como ya lo hizo la romana antigua, y dará a todas las generaciones un ejemplo sublime de ternura. O bien morirá y se enterrará con él, si no pudo salvarle la vida, como aquella heroica joven cuyo epitafio encuentran los viajeros a orillas del Rin en los escombros de Aventicum:

**Julia Alpinula: hic jaceo.
Infelicis patris infelix proles. . .**

Si es buena esposa, se sepultará con su marido, cual otra Eponina, nueve años en una cueva, por acompañarle a huir de los tiranos, o como Arria enseñará a morir por la honra a su marido, atravesándose el corazón con un puñal en su presencia. . . . Si es buena madre, criará Escipiones, dará Gracos, y habrá hecho por la humanidad lo que nunca pudo hacer el hombre más valiente e ingenioso. Cornelia vale más que un héroe, Cornelia es superior a sabios y poetas; Cornelia, inspirando a sus hijos la virtud y la libertad como parte de ella, alcanza mucho más aprecio y veneración de los hombres, que tantos **grandes hombres**, grandes por haber conquistado y vertido a torrentes la sangre de sus semejantes.

14

La perfección y felicidad de la mujer dependen de las leyes, las cuales dependen de los hombres: hagámoslas buenas, y nos pondremos en camino de educarla. Después ya podemos ir la perfeccionando con justas y bienazonadas prédicas, con sublimes paradigmas de los grandes tiempos, con historias de Arrias y Lucrecias, que no pueden poco en su imaginación vehemente y amiga de propender a su importancia.

En el orden de la naturaleza las mujeres pueden mucho; no menos en el social, donde saben estimarlas. Si algo han de valer ellas por mí, yo he de valer algo por ellas, según este decir de un viejo amigo mío. El hombre se protege por lo que él vale, la mujer, por lo que valéis. No se trata aquí de protección, pero sí de aprobación.

15

El que en un pueblo encuentra establecida la imprenta puede estar seguro de que llegó a una nación civilizada; el que ve un periódico en la tierra a donde le llevó la suerte o el acaso, cuenta con que tiene que haberlas con hombres ilustrados. Hay señales inerrables de la situación moral de las humanas sociedades, que a primera vista nos hacen columbrar sus aptitudes, sus inclinaciones y las cosas de que gustan ocuparse. Las figuras de geometría encontradas por Aristipo en la playa del mar, el uso de la moneda, los libros y periódicos son testigos de buena fe de que no dimos en un país de bárbaros, o de que despotismo no impera en esas afortunadas comarcas, el despotismo, peor mil veces que la barbarie. La libertad de pensamiento ha constituido siempre la libertad política; y estas dos libertades por maravilla no habrán traído consigo la libertad civil, grupo adorable y seductor como el de las tres Gracias. A medida que el absolutismo toma pie las tres libertades se separan: cuando descuella con todas sus fuerzas, cuando oprime con cien brazos, como dice Montesquieu, no deja sombra de ellas, bórranse, destrúyense, el lienzo queda limpio para recibir la imagen del tirano.

16

La libertad es árbol sujeto a mil enfermedades, muere y retoña según le influye el cielo y según los vientos que le azotan.

17

El gobernante que no permite hablar ni escribir es tirano; el pueblo que no puede ni uno ni otro, esclavo.

18

No hagáis cañones de las campanas, no malgastéis en guerras insensatas los adornos de los templos, las cosas sagradas, no convertáis

en balas la letra de la imprenta, ni en soldados los impresores, y ya os puede quedar siquiera un vano pretexto para las otras inauditas violencias que lleváis adelante con achaque de **revoluciones**: sabido es por los hombres de Estado y grandes políticos que si algún gobierno ha de menester de censura es el republicano, cuyo principio es la virtud.

19

¿Timbre será dominar a esclavos mudos? ¿No sería más honroso dominar a hombres libres y hacerse querer de ellos, alternar con dignos y hacerse estimar de sus conciudadanos? ¡Ya os veo, tiranos, arrugada la frente, torva la mirada, las manos goteando sangre, buscar como poner os en cobro cuando se os acabe el poder, porque la conciencia os ladra y grita que el enemigo del género humano ha de temer al género humano! Acaso Numa no reinó cuarenta y más años sin aconsejarse de la crueldad sino de la sabiduría? Acaso Augusto no fué el primero de los mortales echando por el camino de la clemencia, cuando vio ser inútil el rigor y aun pernicioso? ¡Acaso Wáshington no fundó una república y gobernó un pueblo sin que le fuesen necesarios patíbulos, grillos ni calabozos para establecer su autoridad? Si para todos los reyes hubiera una ninfa Egeria, ya los pueblos podían decirse benditos de la Providencia; si todas las repúblicas tuvieran un Areópago, la sabiduría encarnada en las leyes sería la de gobernarse; si aquel Wáshington venerado de los hombres de bien, querido de los justos, deseado de los republicanos recibiera de Dios licencia para venir de numen de todos los gobernantes a inspirarles el bien y el acierto, la pobre América desgarrada por todas partes, oprimida, vilipendiada, que anda rodando de mano en mano como vil peouza, vendría a ser una gran nación compuesta de muchos miembros, a los cuales imprimiera el movimiento un solo y grande móvil, la virtud.

20

¡Sí! la prensa es el canal grandioso por donde corren las ideas nuevas, los grandes pensamientos a infiltrarse en el corazón y la cabeza de los hombres cuan anchamente se hallan esparcidos por el globo; la prensa es uno como sistema eléctrico de infinitos hilos por los cuales se difunden por todos los ámbitos de la tierra los acontecimientos, los cambios y progresos que de día en día tienen lugar en la inteligencia humana; la prensa es el árbol de la vida, si la vida social es la instrucción, la ciencia, los adelantos físicos y morales. De aquí es que en las naciones ilustradas ha de haber imprenta libre, o los que las tienen en sus manos son verdugos ciegos, enemigos de la Providencia que gusta de la luz. ¡Imprenta! ¡Imprenta! Arrebatadnos los bienes de fortuna, arrastradnos a guerras injustas, aberrojadnos en mazmorras, pero dejadnos hablar.

21

Los hombres no serán felices sino cuando se tengan todos por hermanos y dejen de oprimirse y destruirse unos a otros.

22

Los grandes criminales deben ser condenados inexorablemente, los secuaces y ciegos instrumentos generosamente perdonados.

23

Hay más virtud en reparar una falta que en no haberla cometido; ésta es verdad muy vieja.

24

No hay muerte más gloriosa que la del campo de batalla, cuando se combate por la honra de la patria.

25

El acierto está en la moderación, y fuera de ella no hay felicidad de ninguna clase. ¡Cuánto más mérito hay en dominarse a sí mismo que en dominar a los demás! El que triunfa de sus pasiones ha triunfado de sus enemigos: virtudes, virtudes ha menester el que gobierna, no cólera ni fuerza. La energía es necesaria, sin la menor duda; pero en exceso y a todo propósito, ¿qué viene a ser sino tiranía? Los pueblos nunca confiaron el poder a nadie para la satisfacción de inmorales aspiraciones y caprichos, sino para fines muy diversos. "A mí se me ha elevado al trono, no para mi bien, sino para el del género humano", solía decir un gran Emperador de Roma. Los que disfrutan del poder, si quieren ser amados y honrados, deben tener en la memoria esta lección de aquel sabio monarca, que habiendo encontrado un día a un mortal enemigo suyo a quien había jurado toda su venganza, le saludó con este término: Mi buen amigo, te escapaste, porque me han hecho Emperador. . . . El alma noble cuando triunfa, no ve amigos y enemigos; no ve sino conciudadanos, hermanos y compañeros todos.

26

La independencia es cosa santa, la libertad es una diosa que nos posee, nos anima, nos inspira y vuelve sublimes.

27

La conquista es mal modo de medrar, y el que ha conseguido esclavos a viva fuerza, labró su ruina.

28

Los cuerpos legislativos son en todo Estado democrático las fuentes de donde ha de salir cuanto bueno puede esperarse de su institución. De las leyes resulta el bien o el mal para los pueblos, y quien hace las leyes hace por lo mismo la felicidad o la desgracia de los que las reciben.

Libro II

29

El derecho de la guerra no nos permite hacer al enemigo sino el daño de que resulte señalado bien y adelanto para el triunfo de nuestras armas; todo lo que sea perjudicarle sin utilidad para nosotros, está rechazado por la civilización moderna, olvidado por los hombres, relegado a la barbarie de la edad media.

30

La moral es un ente abstracto que habla con el hombre aislado como con la sociedad humana: lo mismo es faltar a ella por menor, como por mayor; si un sujeto sale de su reino, por el mismo motivo puede salir una nación.

31

Desde Caín hasta nuestros días todo es matarse unos a otros; nacen las humanas sociedades, y matándose principian: el hogar doméstico se riega con sangre, la primera familia sufre el peso de esa dura ley.

32

Tan cierto es, como afirma Cicerón, que el hombre de bien no puede recibir injuria.

33

No, no, oh Dios, esto no puede ser: un ente desposeído de razón está muy lejos de otro que la tiene: bien que el tigre devora al corzo, pero ¿vemos que jamás el tigre devora al tigre, ni el oso al oso, el buitre al buitre? sólo el hombre devora al hombre, y en esto viene a ser de peor condición que la bestia misma.

34

La guerra es de derecho humano y como tal, errado perverso; es el yugo que los reyes ponen a los pueblos, la triste necesidad en que éstos entran a causa de las inicuas tiranías. Y por más que me probasen lo contrario, yo jamás daría asenso a derecho tan monstruoso; porque según el dicho de Pascal, el corazón tiene razones que la razón no tiene. Esas razones del corazón me convencen de que no debo llevar adelante a viva fuerza mis pretensiones, vertiendo la sangre de mis semejantes; me convencen de que es bárbaro y cruel sentenciar con la espada en favor del fuerte; me convencen de que es cosa indigna del hombre entrar una ciudad por fuerza de armas, degollar a ciegas, ancianos y niños, hombres y mujeres, culpables e inocentes; me convencen de que es injusto y atroz prevalerse del número y el arte para imponer deshonrosas condiciones a pueblos indefensos, obligarles a duros actos, y donde no, vomitar sobre ellos torrentes de metralla. Esto no lo permite la ley natural, estas son sugerencias del demonio.

35

No hay peor enemigo que el amigo... el amigo solapado, falso, infame.

36

Una idea, un principio podrá servir de bandera a un partido; un hombre, jamás sino a los pobres de espíritu. Patria, libertad, honra, he aquí mis caudillos; fuera de ellos, no tengo bandera.

37

La imprenta lleva a cabo las mayores y más seguras revoluciones; es ella misma una revolución, pausada, prudente, pero infalible. La imprenta previno el campo, inició la gran revolución francesa, revolución grandiosa, revolución universal. Voltaire y Rousseau, D' Alembert y Diderot hicieron más por ella que Saint Just y Camilo Desmoulins. Las ideas de dignidad humana, libertad política, igualdad ante la ley, infiltradas poco a poco en el corazón y la cabeza de los hombres por esas plumas elocuentes, acarrearón la caída de los reyes, abolicieron las tiranías. Las matanzas irracionales, los injustos sacrificios no los predicaron los filósofos; son obra de la anarquía momentánea, del desorden inevitable, del furor que las revoluciones traen consigo. Pero debajo de esta hirviente espuma queda en el fondo el oro aquilatado: obra del escritor, obra de la filosofía, obra de la imprenta.

La imprenta en los pueblos civilizados es la palanca con que se mueven los mayores pesos, el brazo de Hércules que despedaza tigres y leones: los reyes la tiemblan, los pueblos esperan en ella, y donde se la entiende y aprecia, la imprenta es un trono elevado que echa de sí mil rayos luminosos.

38

Para ser cortesano es preciso tener una almilla de marca menor, raquíptico y perverso corazón, ideas estragadas, condición de todo en todo miserable. Los amigos de buena fe, los consejeros sesudos y de buena conciencia, los patriotas impelidos por el punto de honra de la patria que acuden al palacio y rodean al rey o presidente, no son cortesanos; los empleados íntegros y cumplidos en el desempeño de sus deberes; los militares valerosos y pundonorosos que prestan el oído al menor ruido de guerra, y vuelan hacia el caudillo, no son cortesanos; los ciudadanos de valía cuya presencia y voz pueden mucho en el ánimo del Gobierno, los escritores justicieros que ensalzan su buen juicio y acertadas disposiciones, no son cortesanos: cortesano es el que alaba en el príncipe o gobernante de cualquier título precisamente aquello que merece vituperio; cortesano es el que está pronto a poner de su parte cuanto ha menester el déspota para la consumación de sus caprichos; cortesano es el que tiene a honra y halla justo en servirle, aun en lo vil, aun en lo doméstico. Pueblos hay en la tierra en donde uno de los mayores honores es recibir en la mano la saliva del emperador: aquí no es eso **un honor**, pero la reciben; la reciben, ¡miserables! y están contentos.

39

El magistrado ha menester gran superioridad de espíritu, gran cordura y experiencia para no dejarse arrebatar al abismo adonde le arrastran los aduladores; es preciso ser aquel Alejandro Magno, que a pesar de todos se reconocía mortal, dejando a los dioses la divinidad de que querían revestirle a porfía sus secuaces. Recibe el héroe una herida en una gran batalla; corre su sangre, y él, sereno y filosófico: ¿Qué decís ahora? pregunta a los que le rodean; ¿este humor colorado que fluye de mis venas es aquel licor divino que Homero hace manar de las heridas de los dioses? Paréceme que no es sino sangre, y que yo soy hombre como todos.

40

Los cortesanos son la peste de los gobiernos, y el rey sabio o cuerdo presidente debía echarlos de su lado, debía huir de ellos como de leprosos: todo lo estragan con su pestífero aliento; la mentira es familiar en ellos, **es su modo de hablar**, cosa propia y natural.

41

¡Triste del Magistrado que sea llamado grande por los palaciegos! Triste si no tiene más sufragios. El juez competente es el público, el gran público; la voz sonora y firme que sale del medio de la nación es la que pronuncia, y posteridad canoniza las virtudes. El vicio anda coronado, es cierto, vestido de emperador; pero en su día el demonio le despoja, le da látigo y carga con su presa. La verdad sube a los cielos.

42

Dios es más elevado que los cielos, más profundo que el infierno, más extenso que la tierra, más vasto que la mar; y lo que es Dios es su religión, elevada, profunda, extensa, vasta. Y tú quieres reducirla a mezquinos lindes? ¿Y tú rebajas su infinita altura? Y tú le quitas su profundidad y la haces somera y sin asientos? "Hombrecillo de tierra, ¿de qué te ensoberbeces? Polvo y ceniza, ¿por qué te magnificas y engrandeces?" Tú no puedes tomar a Dios y medirle, y formarle según tus pasiones y tu mezquina y vil naturaleza. Déjale encumbrado, profundo, extenso, vasto, generoso.

43

El comunismo y el socialismo, estos azotes de las modernas sociedades, no han salido, no podían haber salido de un pueblo de donde cada ciudadano se contentaba con una porción de tierra que él podía labrar con sus manos.

44

Demos de mano la disputa, porque en presencia de Dios, como dice el Apóstol, la humana sabiduría no es sino locura; y lo que en Dios parece incuerdo, es más cuerdo que toda la sabiduría de los hombres, y lo que en Dios parece flaco, es más fuerte que toda la fuerza de los hombres.

45

Hay, digo, mucho de vil, de cobarde e indecente en ocultar su nombre cuando se hiere a otro: el anónimo infama, no al que es víctima de él, sino al que tras él se oculta. Asestar un garrotazo a un transeunte por la espalda, y echar a huir ¿no es quedar infame? Ni la verdad, ni la justicia, ni la dignidad toman parte con el anónimo, ni gozan de la menor garantía. El anónimo no es más que la injusticia, la mentira, la cobardía y la indecencia con coraza: no hay cosa que pueda decir ni diga el anónimo, y por lo mismo alcanza poco crédito y menos aprecio de parte de los dignos. Los ladrones procuran que no se note en ellos; los asesinos andan a esconderse; los pícaros consumados cambian de nombre: los anónimos, los libelistas son con ellos una misma cosa. Los Partos estaban obligados a grabar sus nombres en sus flechas: así fué como a la muerte del rey Filipo de Macedonia se encontró que el dardo que le había arrancado la vida decía: "Asterio ha lanzado esta flecha mortal a Filipo".

46

El censor, el crítico razonable y justo es personaje esencial en la república de las letras: el satírico es en la literatura lo que el verdugo en la asociación civil, no sirve sino para matar.

47

La poesía es más bien obra del corazón que de la cabeza.

48

En la franqueza hay mucha nobleza: cuando el autor apoya con su firma sus escritos, no dice sino lo que puede decir con decoro, y si el caso lo pide, sostener con el brazo. El anónimo es el germen de la inmoralidad, y el primer día de nuestra civilización será el en que todos firmemos nuestras obras.

49

El cristianismo consiste en el conocimiento y la práctica de las virtudes, no en esas viles y afrentosas humillaciones... En la doctrina de Jesucristo nada hay falso, y no es religioso quien pervierte la verdad y se ocupa en el daño de sus semejantes.

50

Las grandes ideas necesitan mucho tiempo para madurar; los grandes proyectos son primero grandes utopías; las grandes obras pasan por largos noviciados, si cabe la expresión, y después de las pruebas a que las sujeta el egoísmo, la imposibilidad o la ignorancia, vienen a ser grandes realidades en manos de los sabios y de los gobiernos filantrópicos e ilustrados.

51

Dadnos vías de comunicación, no caminos de perdición; romped montes, atravesad por todas sus entrañas, no paséis por nuestros pechos; erigid templos a la luz, no cadalsos; trabajad por la vida, no por la muerte: cesen las revoluciones, principie la paz y la concordia, madre del progreso.

EL CORREO DE ULTRAMAR

Hugo Moncayo

LA ROSA DE LOS VIENTOS:— Juana de Ibarbourou.— 1930. Palacio del Libro.— Montevideo.

Los versos de Juana de Ibarbourou me llegan inesperadamente, cuando el corazón los llamaba a gritos. También yo estaba en potencia para "ir a conquistar el destino" o cantar el "día de felicidad sin causa", "el mar de jacinto" y "la luna fina"... La votiva lámpara recomendada por el dulce Ovidio alumbraba en mis manos celosas y en mis recuerdos, un gran ventanal se abría junto a los montes roqueros, para dar luz de playa lejana, de paisaje marino, a mi juventud prisionera.

Juana de América ha oficiado el milagro de la gracia también para mí. Al leerla ahora, la he juzgado mejor que antes, porque para penetrar en un espíritu no se requiere ni azada brillante ni piqueta recia: basta el candil amable de óleo sensitivo, el generoso desmayo de una alma que se prolonga en otra alma, o la fiebre del corazón que anuncia su incendio en la vana humareda de la queja...

*

Que llegue a sus plantas este mensaje, con la última gaviota de la tarde. Vive junto al mar, al mar de jacinto.

**"como un ramo inmenso de violetas abiertas en el alba
y desgajadas en el viento!"**

Sueña cerca del mar "color de hojas", del mar "color de oruga",
mientras.

**"los vientos, marineros de piernas ágiles
se han quedado dormidos en la otra rivera,
bajo la luna..."**

Canta frente al mar:

**"al mar de madrugada,
sin barcas pescadoras ni navíos,
vacío y claro, como las pupilas
de los recién nacidos!"**

Y por eso, su voz transparente, apenas salobre, llena de alas, de velas y de finas arenas, llega a mí.

*

También yo he vivido junto al mar. Y tal fué la emoción infinita del paisaje en mi pupila, y tal mi sorpresa para mí vaso interior, que contuvo y retiene toda su inmensidad, que nada he dicho acerca de él o de mí, desde entonces. Nada.

Mi gran silencio ahora tiene su voz en **La Rosa de los Vientos**.

¡Oh, ya sé cuánta pretenciosa savia contiene este retoño! Ya sé que no debía escribir nunca mi grito! Pero Juana de Ibarbourou es generosa y es mujer. Por alta que se encuentre, en una voz sincera hallará perfume de perdón. Por homenajes valiosos que reciba, el mío también será leído.

*

Juana: El mar no siempre es de jacinto y a veces tiene terribles expresiones.

En las mañanas, se retira para que le gane el sol su trecho de playa y descansa en su ociosa faena: no arrulla, trabaja. El hombre avanza a lo largo de la orilla y aspira el nuevo aire propicio a su alegría. Busca horizontes involuntariamente, y se cree fuerte. De pronto, encuentra la concha rosa que le descubre el secreto del mundo y juega con ella: sueña. El mar es gris y está húmedo aún. Se siente que las nubes lo arropan todavía.

Pero cuando el sol baja a tomar su baño, anticipa su fragua a su deseo y arde en la arena y arde en la ola. Es el momento del mar cantarino, decididor, ágil. Tratan de perseguir las ondas mayores a sus hijas que huyen. A veces las reintegran a su gran voracidad y otras logran escapar a ella y se rompen en tierra, en un gracioso abanico. El mar luminoso ciega y reparte su gran fuerza, asilado en cualquier vela blanca de pescadores...

La línea azul se borra, se difumina, se aleja de la tarde hasta perderse. Las espumas rizan su verde y móvil sustancia y desprenden a veces, blancas aves inquietas que resbalan al posarse en las rocas, náufragas de lejanos navíos. Es el mar adulto. Están para abrirse los ramajes del sueño. El crepúsculo se presenta suntuoso; justamente infinito. Hay una paz hermana del ángelus serrano; los valles tienen algo del mar. Podría decirse, como tú has dicho,

**"que el espíritu se hecha a andar solo
por los caminos blandos del sueño..."**

En la noche, el mar, si hay luna, agudiza su tibieza y se torna en lamento. Si no la hay, sólo vive auditivamente en el marinero. Es una gran manta de ónix que se deslizara sobre otra, siempre con el mismo sonido. Tengo en mí su voz. No me la quitará ni la muerte.

¿Cómo estará el mar cuando estas palabras del amigo preso en los Andes lleguen a su destino? ¿Será el "gran cristal azogado", el vaso de jacinto o el abismo negro?...

*

No he querido darme de crítico porque no tendría valor alguno para escritora tan ilustre mi palabra, y porque los críticos me intoxican. Amo el juicio literario, cuando él cumple con su único fin: ser autobiográfico. Nadie debe emitir su fallo, sin sentirse reo previamente; nadie puede comprender sin vivir. El crítico de arte no interpreta, expone. Cada cual tiene su zoco sensorial abierto. Entra el sol ecuatorialmente, y los tapices cobran mérito: no los alumbrá, y desmejoran. En uno y otro caso, el vendedor estima su riqueza y juzga la ajena, partiendo de la suya propia.

*

He divagado sobre el mar, como un homenaje a la poetisa uruguaya y como una satisfacción a mi antiguo recuerdo, hoy actualizado por sus versos.

Ella vive en Malvín, frente al Atlántico. Tiene su casa llena de trinos, de risas y de alientos.

En la tarde, en los inviernos, gusta sentarse frente a su chimenea, a hojear tanto elogio, tanta crítica laudatoria, tanto libro nuevo como deben llegarle.

Alguna vez su mirada va inquieta y lenta, del ventanal malva a la fogata roja. Y el último sarmiento que se torna ceniza, o el lampo trémulo que se pierde en la espuma, le dicen:

Vuelve a tu antigua manera. Deja caer tu emoción libremente, en el verso espontáneo que puso Dios en ti. Has florido como querían viejas escrituras: tienes un hijo, un árbol, muchos libros... Canta junto al fuego, frente al mar. Eres también una fuerza de la naturaleza, como decía Pascal. Sé generosa de tí misma, ya que has nacido eterna!

GENESIS Y ESENCIA DEL ARTE MEDIOEVAL:—
Enrique de Gandía.— Ed. "La Facultad". Buenos
Aires.— 1930.

Dice Arnold en su **Cultura del Renacimiento** que en los dominios de la Historia rige también una ley semejante a la física de conservación de la energía y que así, ningún impulso puede perderse por completo, aunque permanezca latente durante mucho tiempo. Deduce de este principio que el mundo antiguo, por diversos e indirectos conductos, siguió influenciando en la marcha social de la Edad Media y que cuando tan silenciosos cauces se confundieron en un solo gran torrente, el Renacimiento limitó en la vida política, religiosa, filosófica y artística, su peculiar fisonomía.

Así pues, la Edad Media fué, si lo preferimos, la voluntad ardiente de este alambique infinito, en el que la palabra griega, el civismo romano o la formidable cultura bizantina, hallaron su continuación a través del tiempo, en Dante, Petrarca y Boccaccio; en Erasmo, Lutero y Zuinglio; en Maquiavelo, Alberti, Bojardo, Mirándola, Miguel Angel, Cellini y Vinci, representantes del **uomo universale**, del virtuoso en todos los terrenos, dominador de cuantos conocimientos acaparó una época. Esta aspiración a tan erudita plenitud, caracteriza el Renacimiento, lo determina.

Si consideramos el problema de esta manera, la rectificación del valor de la **Media Aetas** es evidente. Aquella larga noche fue mejor un plenilunio de paisajes constelados y frondosas perspectivas en el que podemos encontrar la iniciación de las más decantadas conquistas de la mal llamada Edad Moderna, pasando el puente cincelado que los siglos XVI y XVII tendieron para que con el coturno de la corte de Teodora, Lucrecia ataviada se presentase al tiempo.

Don Enrique de Gandía no discute estas cuestiones en el libro que se ha dignado dedicarnos. Las dá por resueltas y enfoca su actividad a un problema nuevo para los americanos y que requiere la erudición y penetrante sagacidad que, afortunadamente, le distinguen: el presentar el estado actual del arte cristiano hasta el siglo XIII analizando su origen y expansión y el espíritu místico que constituye su esencia.

Al considerar "la expansión", niega la difundida creencia de que el arte románico y el arte gótico desciendan de Norte a Sud y que Francia, en la Edad Media fuera "la luz que irradió la civilización sobre el resto de Europa". Esta luz corresponde a España, dice. "Que en cuanto a la expansión del románico y del gótico, han ascendido de Sud a Norte, llevados a toda Europa por los peregrinos que regresaban de Santiago de Compostela. Las formas arquitectónicas y artísticas que se supuso originarias de Francia y de Alemania, hallábanse con anterioridad en la Península Ibérica, importadas desde el Oriente. Como se ve, la tesis es seductora. Ya no deberemos buscar el origen del arte cristiano en las Catacumbas ni en la mente de los monjes occidentales de los siglos XI y XII. Los marfiles hispano arábigos, las miniaturas de códices de estilo oriental esculpidos en España antes que en Francia,— bajo la inmediata influencia de los modelos de Egipto, de Siria, de Capadocia, de Constantinopla y de las ciudades griegas de oriente del Mediterráneo—, mostrarán su paternidad respecto de las esculturas de los claustros o de las catedrales medioevales del resto de Europa.

Este es el programa que se ha trazado el señor de Gandía y que desarrolla con una sorprendente claridad de expresión, unida a severidad en el juicio y acierto en la retórica. Nada superfluo puede encontrarse en su libro. Es como muy bien lo califica el mismo autor, una obra de páginas sintéticas en las cuales se ha desmenuzado prolijamente el proceso mental que debe seguirse para apreciar en su totalidad la tesis proclamada.

Hacer un examen detenido de tan valioso aporte a la bibliografía histórica medioeval, sería labor de más reflexivo estudio. En la cátedra, como en algún próximo ensayo que daremos a luz sobre tópicos análogos, el ilustrado dictamen de don Enrique de Gandía volverá a ocupar nuestra cita en el lugar de consideración a que es acreedor.

EL GRUPO AMERICA

CONSIDERANDO:

Que ha fallecido el señor doctor don Gonzalo Cordero Dávila, ilustre poeta cuencano;

Y que esta pérdida significa un motivo de duelo para las letras americanas,

ACUERDA:

Hacer público su sentimiento; y

Comunicarlo a la familia del extinto y al Concejo Municipal de Cuenca.

Quito, a 20 de Abril de 1931.

Gonzalo Zaldumbide,— Hipatia Cárdenas de Bustamante,— J. M. Velasco Ibarra,— Gonzalo Escudero,— César E. Arroyo,— Isaac J. Barrera,— Oscar Efrén Reyes,— Augusto Arias,— Alfredo Martínez,— Luis Bossano,— Antonio Montalvo.

El Secretario,

HUGO MONCAYO

NOTAS

ORGANIZACION DEL "GRUPO AMERICA"

En los salones de la Sociedad Jurídico Literaria, el 13 de abril último, XCIX aniversario del nacimiento de don Juan Montalvo, previa invitación de los antiguos redactores de la Revista *América*, se reunieron los escritores ecuatorianos que a continuación nombramos y decidieron declarar constituido el Grupo *América* de difusión de las letras nacionales en el exterior y especialmente de la obra del Cosmopolita, para desarrollar su programa de acción cultural, de acuerdo con la siguiente pauta:

Propósitos que persigue

- a) Laborar por los ideales de Hispánico América.
- b) Acercamiento espiritual entre los impulsores del pensamiento americano.
- c) Adhesión a los centros de cultura encargados de trabajar por la fraternidad de la raza.

Primeras resoluciones

Publicar la revista *AMERICA*.

Celebrar el centenario del nacimiento de don Juan Montalvo, con la cooperación del Gobierno, Municipalidades, centros culturales y admiradores del inmortal escritor.

Publicar, con motivo del centenario, un libro de páginas escogidas de las obras de Montalvo.

Encargar a un escritor francés, de fama continental, la composición de la biografía del Cosmopolita, de cuya versión española se encargará el señor don Gonzalo Zaldumbide.

Enviar un acuerdo de condolencia a los deudos del poeta Gonzalo Cordero Dávila.

Nombrar representantes del Grupo en el Exterior.

Fundar la Biblioteca de Autores Americanos.

Organizar, anualmente, "La Semana del Libro", en los días del 13 al 19 de abril, en honor del aniversario del nacimiento del Cosmopolita.

Crear el premio literario Juan Montalvo para escritores nacionales.

Compilar producciones inéditas o publicadas de autores ecuatorianos para el arreglo de la Antología Ecuatoriana.

Organizar un concurso americano, con un premio pecuniario, para la mejor biografía o estudio crítico de las obras de don Juan.

Dirigir una circular a los Municipios de la República solicitándoles su adhesión y cooperación.

Dignatarios

Se decidió no designar presidente ni director sino únicamente Secretario, Tesorero, Bibliotecario y Directores de la Revista.

Fueron elegidos, para el presente año, los siguientes consocios:

Secretario: señor Hugo Moncayo
Tesorero: Doña Hipatia Cárdenas de Bustamante

Bibliotecario: señor Alfredo Martínez, y

Directores de la Revista: los señores César E. Arroyo, Augusto Arias y Alfredo Martínez.

Socios

El Grupo América está integrado por Socios Activos y Colaboradores; lo son actualmente,

Activos:

Arroyo César
Arias Augusto

Albornoz Miguel Angel
Bossano Luis
Barrera Isaac J.
Cárdenas de Bustamante Hipatia
Escudero Gonzalo
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Velasco Ibarra José María
Zaldumbide Gonzalo.

Colaboradores:

En Guayaquil: Srtas. Adelaida Velasco Galdós y María de la Torre.
En Buenos Aires: Guillermo Bustamante.

En Lima: Benjamín Carrión.
En Caracas: Víctor Hugo Escala.
En Roma: Hernán Pallares Z.

Próximamente se integrarán nuestras representaciones en todas las provincias de la República y en las capitales americanas y extranjeras.

Circular

Señor Presidente
del M. I. Concejo Municipal de...

Señor:

Por la adjunta nómina se impondrá usted de las personas que integran el GRUPO AMERICA, establecido en esta ciudad con el fin de preparar la atención continental para la mejor celebración del centenario de Don Juan Mon-

talvo que se avecina. Tan laudable propósito espero merecerá su simpatía y la del ilustre Municipio de su digna presidencia, interesado como el que más, de seguro, en que se reaviva y se mantenga el culto admirativo a que es acreedor el genio del Cospolita.

Esta asociación literaria, integrada por los antiguos AMIGOS DE MONTALVO, para realizar sus deseos me ha encargado comuniqué a usted su instalación, manifestándole su esperanza porque esa ciudad, representada por su entidad edilicia, coadyuve, en la manera que estime conveniente, a la indicada finalidad.

Se ha decidido, para propender así de modo más eficaz a la difusión de tan significativa figura intelectual, el encomendar a un escritor francés la composición de su biografía, previo un ofrecimiento retributivo no menor de diez mil francos; la convocatoria a un concurso nacional o americano sobre el mismo objeto, también con un premio pecuniario; la publicación, por parte del Grupo, de un libro de fragmentos entresacados de las obras del genial prosista; la fundación de una Biblioteca de Autores Americanos, y el sostenimiento de AMERICA, revista de literatura y labor americanista y antiguo órgano de AMIGOS DE MONTALVO, dedicado a mantener latente, durante todo

este año, el pensamiento y la obra montalvina.

Además, se procurará que, con el apoyo de los Municipios de la República, el Mausoleo que debe conservar los despojos de Don Juan, sea una realidad en su ciudad natal, para que constituya el homenaje votivo de las celebraciones que en Abril de 1932 deben verificarse.

La mente de la agrupación que represento es la de que tratándose de un hombre como Don Juan Montalvo, gloria americana y de la más inconfundible personalidad en las letras ecuatorianas, es deber nacional considerar como propia, en todas las provincias que integran el Ecuador, esta justa celebración; de modo que confía en el aplauso y en la colaboración que esa ilustre entidad ofrecerá a esta desinteresada iniciativa.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecer a usted el testimonio de mi consideración.

De usted atto. y S. S.,

Hugo Moncayo.

La invitación nacional

Esta circular fué enviada a las siguientes colectividades ecuatorianas: M. I. Concejo Municipal de Tulcán
Montúfar
Ibarra
Otavalo
Cotacachi

Quito
 Cayambe
 Pedro Moncayo
 Mejía
 Latacunga
 Salcedo
 Pujilí
 Ambato
 Pelileo
 Pillaro
 Rlobamba
 Guano
 Colta
 Alausí
 Guaranda
 Chimbo
 San Miguel
 Azogues
 Cañar
 Cuenca
 Gualaceo
 Paute
 Girón
 Gualaquiza
 Loja
 Saraguro
 Paltas
 Celica
 Calvas
 Macará
 Machala
 Santa Rosa
 Zaruma
 Pasaje
 Guayaquil
 Yaguachi
 Daule
 Balzar
 Santa Elena
 Milagro

Babahoyo
 Baba
 Vinces
 Puebloviejo
 Urdaneta
 Portoviejo
 Montecristi
 Manta
 Jipijapa
 Rocafuerte
 Santa Ana
 Sucre
 Chone
 Bolívar
 Esmeraldas

*

DON JOSE AUSTRIA

La noticia de su muerte nos llega con la inminencia de las grandes desgracias. Lo admirábamos. Lo queríamos. Era sensible su gran corazón, era poderoso su intelecto. Su casa, la casa nacional de Venezuela, acogió siempre cordial, como un templo de grato esparcimiento, a cuantos perseguíamos una idea y aspirábamos a verterla en el verso, en la página juvenil, o en el ensueño. El tuvo para todos, su palabra alentadora, su ejemplo de erudita sagacidad y la enseñanza viva de sus admirables estudios.

Quito lo acogió sin reservas, con ponderado cariño, con respetuosa intimidad. No parecía sino que el uno y la otra se habían cubierto lentamente de recuerdos,

para templar el tono violento de las pasiones, con la pátina amable de la experiencia. Porque, realmente, Don José Austria era milenario en eso de esprimir la esencia más fina del viejo árbol del bien y del mal, y de ella vaporizar un aliento infinito de ilusión, de tónico fortificante, de llama clarivente.

Ha muerto cuando en Panamá continuaba su gestión diplomática. Esta nota rápidamente escrita, no aspira sino a dejar vibrando nuestro pesar y nuestro culto por él. Próximamente, dedicaremos unas páginas de nuestra Revista, a su memoria, a su memoria milenaria, como esta ciudad que lo recuerda.

PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA

Siempre habíamos esperado del Ministerio de Educación una obra de propaganda de la cultura de nuestro país, pero la incomprensión de unos, el poco interés por el cultivo del arte y en algunos el desconocimiento del valor de la producción nacional, no permitieron al Estado hacer ningún gasto en este sentido. El actual Ministro de Educación, sin embargo de no contar con una cantidad apreciable en el Presupuesto del Es-

tado, atiende recomendablemente esta necesidad.

Nosotros que nos afanamos por el desarrollo de la cultura científica y literaria, y que nos duele profundamente que el Ecuador aparezca al margen de las naciones que se preocupan más de la educación, hemos visto con enorme complacencia la iniciativa del Ministerio cuya labor de indiscutible trascendencia en la vida de Hispanoamérica, nos permitimos señalar.

A continuación copiamos la nómina de las publicaciones editadas hasta este momento.

Nueva orientación de la Escuela Rural Ecuatoriana.— Conclusiones del Congreso Nacional de Educación Primaria y Normal.— Conferencias: Adolfo Ferrière; traducción de Julio Aráuz.—**Virgilio en castellano:** Augusto Arias.—**Marcha escolar bolívariana:** letra de Augusto Arias y Música de Sixto M. Durán.—**Simón Bolívar:** Isaac J. Barrera.—**Síntesis de la biografía del Libertador Simón Bolívar:** Luis Bossano.—**La exploración al Reventador:** Telmo Paz y Miño, Jonás Guerrero y Cristóbal Bonifaz.—**Centenarios y milenarios:** Alejandro Andrade Coello.—**Nueva orientación de la Escuela Rural Ecuatoriana. Decreto orgánico y programas sintéticos.— González Suárez:** Nicolás Jiménez. **Educación,** revista mensual de Pedagogía.

Y próximamente se anuncia la interesante obra de Gustavo Lemos: **Gramática Española.**

*

UNA INVITACION A LOS ESCRITORES ECUATORIANOS

El distinguido escritor argentino doctor Emilio De Matteis, que reside en Génova, ha sido designado por los dirigentes de la Enciclopedia Italiana para que dé a conocer al público italiano un panorama completo de la literatura, ciencias y filosofía latinoamericana, para lo cual ha solicitado, por intermedio de **America**, el envío de obras ecuatorianas adjuntando una hoja en la que se consignen ligeros rasgos biográficos de sus autores.

Creemos, por el prestigio del país y el bien de nuestra producción, que nuestros escritores prestarán la atención debida a la atenta invitación del señor Matteis.

Indicamos la dirección:

Emilio de Matteis. Vía Gropallo 4—12. Génova, Italia.

*

LOS EDUCADORES AMBATEÑOS Y MONTALVO

"En la ciudad de San Juan de Dios de Ambato, a los veinte días del mes de abril del año de gracia de mil novecientos treinta y uno, los infrascritos miembros del Personal de Educación Primaria de Tungurahua, reunidos en el sa-

lón de actos de la Escuela "Luis A. Martínez", considerando que se avecina el primer centenario del nacimiento del Gran Maestro de América, don Juan Montalvo y atentos a la sugerencia altamente patriótica del señor don Segundino Egúez, Director de Estudios de la provincia, en el sentido de que se haga trabajar una urna cineraria que guarde noblemente las venerandas cenizas del Apóstol, que hoy descansan lejos de su tierra nativa, acogiendo entusiasta y unánimemente tan laudable iniciativa, acuerdan contribuir para el objeto con el diez por ciento de sus haberes, por una sola vez y trabajar tesoneramente porque tenga cumplida y eficaz realización. Para constancia histórica suscriben la presente acta por duplicado, en el lugar y fechas arriba expresados.—S. Egúez, Nicolás Rubio Vásquez, Luis E. Jativa E., Wellington E. Soto, Raquel Naranjo G., Luelda Georgina Oliva, Amable Aráuz, Gonzalo Grifalva C., Manuel I. Sánchez G., Raquel Verdesoto, Ana Elvira Toledo, Rosario Recalde, S. Rafael López, Agustín Castro, Angela D. Arellano. (Siguen las firmas del resto del Profesorado Primario de esta provincia)"

Es fiel copia del original.

El Secretario de la Dirección de Estudios de Tungurahua,

Nicolás Rubio Vásquez.

BIBLIOGRAFIA NACIONAL

Últimas publicaciones

En la torre de marfil (poemas): Manuel Moreno Mora.—Cuenca.

Los que se van (cuentos del cholo y del montuvío): D. Aguilar Malta, E. Gil Gilbert y J. Gallegos Lara. Guayaquil.

Mapa de América: Benjamin Carrión. Publicado por la sociedad General Española de Librería, de Madrid. Actualmente reside en Lima.

En la ciudad he perdido una novela...: Humberto Salvador. Quito.

Boletines de mar y tierra (poemas): Jorge Carrera Andrade. Prólogo de Gabriela Mistral. Publicado por la Editorial Cervantes de Barcelona.

Galdós: César E. Arroyo. Publicado por la Sociedad General Española de Librería, Madrid. Reside en Quito.

Surtidores blancos (poemas): Carlos Donsdebés. Editores: Alfonso y José Rumazo González. Quito.

Sinfonía de América (poemas): Telmo N. Vaca. Guayaquil.

El descomulgado (drama en cinco actos): Juan Montalvo. Publicado por la Casa de Montalvo—Biblioteca de Autores Nacionales. Ambato.

Cuestiones americanas: J. M. Velasco Ibarra. Quito.

La romería de las carabelas (poemas): Remigio Romero y Cordero. Editorial Bolívar. Quito.

Historia de la República: Oscar Efrén Reyes. Valioso libro que acaba de editar el Ministerio de Educación.

EDITORIAL CENIT, S. A.

Ultimas obras publicadas

Antología negra, por Blaise Cendrars, traducida del francés por Manuel Azaña; 374 páginas, 7,50 pesetas.

Mijail, mocedades de Adrián Zograffi, por Panait Istrati, traducción de E. Díez-Canedo; 222 páginas, 5 pesetas.

El burgués, por Leonhard Frank, versión directa del alemán, por Luis López Ballesteros y de Torres; 286 páginas, 6 pesetas.

Memorias de un terrorista, por Boris Savinkov, traducción directa del ruso por Andrés Nin; 444 páginas, 7,50 pesetas.

El tungsteno (novela), por César Vallejo; 266 páginas, 5 pesetas.

El proceso Dreyfus, por el Dr. Bruno Well, traducido de la edición francesa y revisado sobre la alemana por Villa; 266 páginas, 6 pesetas.

EDITORIAL CENIT, S. A.

Apartado 1229.

Madrid, España.

ATENEA LA NAVE

al cuidado y dirección

DE HUMANES

Acontecimiento literario

UNIVERSAL

Últimos volúmenes (encuadrados)

	Ptas.
Amadeo Vives: Sofía	4.50
O. Wilde: O. C. 4. Teatro 1	3.50
O. Wilde: O. C. 5. Teatro 2	3.50
R. Turró: La disciplina mental	2.00
Wells: Esquema de la Historia (2 t.)	40.00
F. Dostoiewski: El idiota (3 tomos)	7.50
H. G. Wells: Paz o Guerra	4.00
R. L. Stevenson: La Resaca	4.00
O. Wilde: T. blanco	4.50
Dostoiewski: Los hermanos Karamazow	8.00
Loos: Los C. las prefieren rubias	4.00
F. Dostoiewski: El Eterno Marido	3.50
O. Wilde: O. C. 7. Teatro 4	4.50
Wilde: El crimen de L. Arturo	4.50
Dostoiewski: Stepanchikovo	3.50
G. Miró: El Libro de Sigüenza	4.00
Stevenson: Aventuras	4.50
Stevenson: La Casa Solitaria	3.50
Salazar: La Música Contemporánea	9.00
Dostoiewski: La Timida	3.50
Dostoiewski: Novela en 9 cartas	3.50
Dostoiewski: El Doble (3ª edición)	4.00
Wilde: Intenciones	4.50
Wilde: El Alma del Hombre	4.50
Dostoiewski: Un pequeño héroe	3.50
R. Gómez de la Serna: Azorín	10.00

Remítanos el importe de su pedido por giro postal o cheque sobre Madrid y le enviaremos los volúmenes que indique por correo certificado, libre de todo gasto. Los pedidos contra reembolso se recargan de los gastos de envío.

LA NAVE.—Apartado 644—Madrid.

CULTURA VENEZOLANA

Revista mensual

Director:

JOSE A. TAGLIAFERRO

Suscripción anual, 6 dólares

Dirección:

Apartado No. 293

Caracas, Venezuela

REVISTA CHILENA

Diplomacia, Política, Historia,
Artes, Letras

Fundador:

ENRIQUE MATTA V.

Director:

FELIX NIETO DEL RIO

Dirección:

CORREO 8

Santiago, Chile

MERCURIO PERUANO

Revista de Ciencias Sociales
y Letras

Director—Fundador:

VICTOR ANDRES BELAUNDE

Suscripción: 6 dólares

Apartado N° 176

Lima, Perú

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y Letras

TRIBUNA DEL PENSAMIENTO
IZQUIERDISTA

Director:

ANTONIO ZAMORA

Casilla de Correo N° 736

Buenos Aires, Argentina

REVISTA BIMESTRE CUBANA

Publicación de la Sociedad
Económica de Amigos del País

Director:

FERNANDO ORTIZ

Apartado N 214

Habana, Cuba

TIERRA NATIVA

Revista Gráfica Semanal

Director:

J. M. SALAZAR ALVAREZ

Dirección:

Carrera 10 Sur, N° 536

Bucaramanga, Colombia

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

De Filosofía y Letras, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos

DIRECTOR:

J. GARCIA MONGE

Suscripción anual: 6 dólares

DIRECCION:

Apartado Letra X.

SAN JOSE DE COSTA RICA, CENTRO AMERICA.

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS, ARTE, HISTORIA,
FILOSOFIA Y CIENCIAS SOCIALES.

DIRECTORES:

ALFREDO A BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

SECRETARIO:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

Suscripción anual: ocho dólares

Dirección y Administración:

LAVALLE 1430. U. T. (38) 4341 Mayo

BUENOS AIRES, ARGENTINA